

HOJAS SELECTAS



REVISTA PARA TODOS

SUMARIO

FEBRERO de 1904

N.º 26

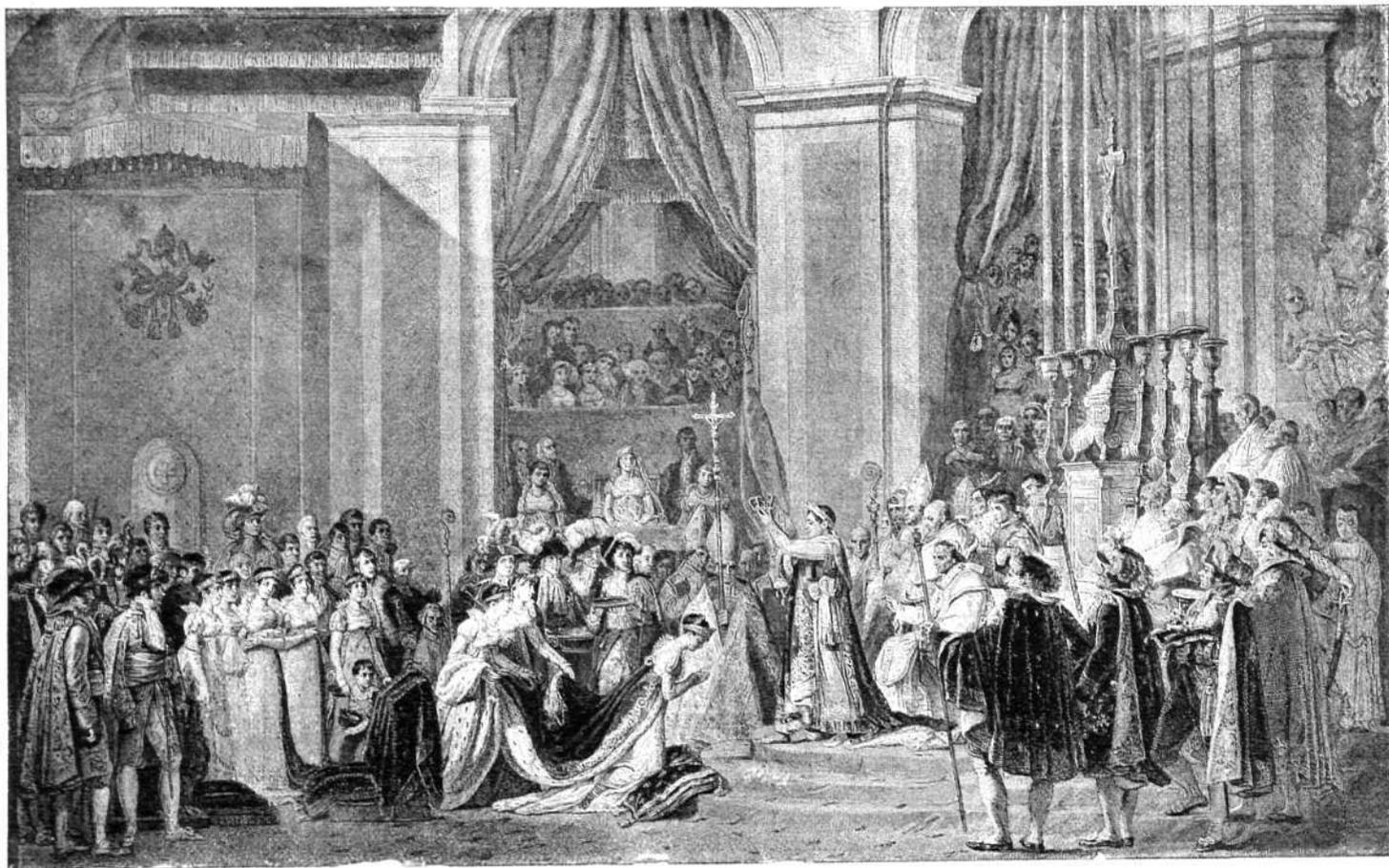
Págs.

LA EMPERATRIZ JOSEFINA , por ADOLFO BONILLA y SAN MARTÍN, <i>con cuatro dibujos de Carlos Vázquez y cinco grabados.</i>	99
MINUETO original del Mtro. FRANCESCH PUJOL, <i>ilustrado con seis dibujos de R. Opisso, impresos a dos tintas.</i>	107
UNA VISITA A LA REGIÓN PIRENAICA SANTIFICADA POR LA FE (relación de un viaje á Lourdes), <i>con doce fotografabados.</i>	113
EL SISTEMA SOLAR (comparsa modernista), por LUIS GABALDÓN, <i>con diez dibujos de E. Saiz Abascal y orlas tiradas a tres colores.</i>	123
PEINES, PEINETAS Y PEINETONES (más divagaciones de indumentaria femenina), por MARCOS JESÚS BERTRÁN, <i>con una tricromía y treinta y un fotografabados.</i>	127
VIAJES DESPAMPANANTES DEL CAPITÁN DARCY. <i>Nota cómica en treinta y dos viñetas, originales de E. Saiz Abascal.</i>	145
CRUZADA DE AMOR (continuación), novela de los tiempos medioevales, por RAMÓN PÉREZ DE AYALA, <i>con cuatro dibujos de J. Pey.</i>	151
VIAJE DEL REY DE ESPAÑA A LA CORTE DE PORTUGAL , <i>con trece fotografabados,</i>	161
PANORAMA UNIVERSAL , <i>con trece fotografabados.</i>	170
COLÓN , poema de RAMÓN DE CAMPOAMOR, <i>con cinco dibujos de J. Pascó.</i>	177
ENTRE DOS OCÉANOS (continuación), viajes y aventuras, por LUCIANO BIART, <i>con un dibujo de F. Lix.</i>	185

NOTA POLÍTICA * LA MODA PARISIENSE * PASATIEMPOS

Talavera

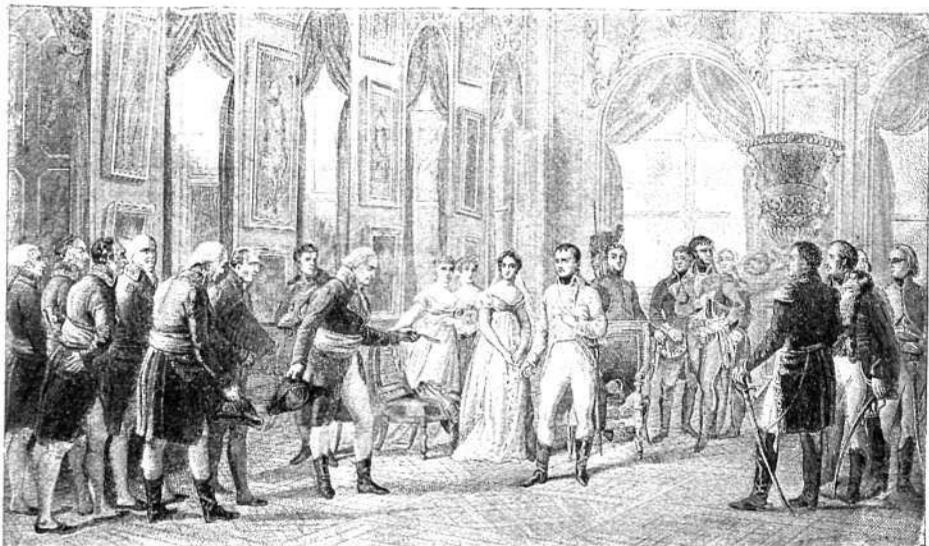




CONSAGRACIÓN DEL EMPERADOR NAPOLEÓN Y CORONACIÓN DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA EN LA CATEDRAL DE PARÍS (2 DE DICIEMBRE DE 1804).

(Cuadro de David, en el Museo del Louvre.)

El rey de Nápoles.	La princesa Borghese.	El arzobispo de París.	La Emperatriz.	El Emperador.	El cardenal Caprara.	El príncipe de Neuchâtel.	El cardenal Fesch	
Los chambelanes.	La princesa Baciocchi.	Bessiers.	La madre del Emperador.	El Papa.	El príncipe de Benevento.	El príncipe de Benevento.	El príncipe de Benevento.	
El rey de Holanda.	Duroc.	Junot.	La reina de Nápoles.	Monecy.	Serurier.	El cardenal Braschi.	El archicanciller.	El virrey de Italia.
						El archicanciller.		



Napoleón recibe en Saint-Cloud el decreto que le proclama emperador de los franceses (18 de Mayo de 1804).—Cuadro de Rouget, en el Museo de Versalles.

Cambaceres, presidente, y Lebrún, entregan el documento á Bonaparte. Junto á éste se hallan: su esposa, la hija de ésta y su hermana Carolina: algo apartados, ayudantes y altos dignatarios.

LA EMPERATRIZ JOSEFINA

(1763 — 1814)

POR

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

La leyenda, idealizando la figura de la primera esposa de Napoleón, borró en ella todos los contornos ásperos, todas las impurezas de la historia, de tal suerte y hasta tal punto, que hoy la emperatriz Josefina representaría únicamente para nosotros la elegancia y el esplendor exquisitos del Imperio, si la implacable curiosidad del investigador no hubiera puesto en claro la debilidad y los errores de aquella célebre mujer. Nos referimos principalmente á los trabajos de M. Federico Masson (1), que han esclarecido de un modo notable ese período histórico. Tomándolos por guía, procuraremos nosotros trazar en breves líneas el retrato y vida de la famosa emperatriz.

(1) *Joséphine de Beauharnais* (1763-1796).—*Joséphine Impératrice et Reine* (1804-1809).—*Joséphine repudiée* (1809-1814).

María Francisca Josefina Tascher de la Pagerie nació el 23 de Junio de 1763 en San Pedro de la Martinica. Su padre la llevó muy pronto á París, centro entonces de la mayor efervescencia política.

Apenas hay período histórico más digno de estudio que éste de los preliminares de la gran Revolución. La agonía del antiguo régimen, la universal agitación de las inteligencias, el movimiento artístico, el lujo y la ostentación fastuosa de la aristocracia, todo contribuye á interesar en grado singular al espíritu, que parece perderse luego en el inmenso dédalo de la inevitable bacanal revolucionaria.

El relajamiento de las costumbres iba á la par de todo lo expuesto. Aquella situación de espíritu, que tan admirablemente describió después Musset



JOSEFINA TASCHER DE LA PAGERIE
en la época de su matrimonio con Napoleón.

en *La confesión de un hijo del siglo*, se determinaba con claridad. No había ya fe en los antiguos ideales, sólo subsistían las formas; había en cambio una guerra declarada á cuanto significase imposición y tiranía en todas las esferas, y una confianza ilimitada en el poder de la razón humana, desligada ya de las ataduras tradicionales.

En aquel medio de agitación, de lucha política y moral, se educó Josefina, y en esa educación suya es preciso buscar el fundamento de su carácter y la explicación de su conducta como esposa y como madre.

Allí en París conoció al vizconde de Beauharnais, con quien llegó á contraer matrimonio, del cual tuvo dos hijos: Hortensia y Eugenio.

Regresó Josefina á su país natal, pero muy pronto, en 1790, las contiendas políticas obligaron á los vizcondes de Beauharnais á regresar á París, donde suerte fatal aguardaba al esposo.

Su significación nobiliaria hizo sospechoso al vizconde á los ojos del Tribunal revolucionario. Fué preso y decapitado, estando á punto Josefina de sufrir aná-

logo trato de parte de aquellos exaltados que no respetaron,—y quizás en esto consistió su mérito,—edad, sexo, religión ni estado. Josefina debió la libertad á los buenos oficios de Tallien, á quien no habían podido menos de impresionar la natural belleza y el encanto excepcional que adornaban á la joven vizcondesa de Beauharnais.

* * *

Sean cualesquiera las flaquezas que la historia reproche á Josefina por su conducta durante esa época, siempre resultará que su vida no fué entonces mejor ni peor que la de otras damas de su categoría y estado.

De este tiempo datan sus relaciones con Napoleón.

Que Bonaparte conocía perfectamente el género de vida de Josefina antes de contraer matrimonio con ella, es hecho indudable. Que sabía muy bien que había tenido varios amantes,—uno de ellos quince días antes del casamiento,—es cosa que no puede negarse. Pero Napoleón se sintió impresionado por la elegancia incomparable y la belleza seductora de aquella mujer, tan distinta de él en aptitudes y en gustos. El daba al olvido lo pasado; no aspiraba más que al amor de Josefina, persuadido,—y no sin fundamento,—de que aquel su ascendiente, aquella su influencia dominadora sobre todos cuantos respiraban en su derredor, habían de ejercerse también sobre Josefina.

Así fué que el 19 Ventoso del año 14 Napoleón Bonaparte y Josefina contrajeron matrimonio civil, siendo testigos del marido: Pablo Barrás, miembro del Directorio ejecutivo, y Juan Lemarois, capitán; y de la esposa: Juan Lamberto Tallien y Esteban Jerónimo Calmelet.

Pero el temperamento de Josefina no era el más apropiado para satisfacer las exigencias de Napoleón. Como ha hecho notar Masson, el matrimonio con Bonaparte no fué para ella más que uno de tantos expedientes á que hubo de recurrir durante su vida para librarse de apuros.

«No es que calcule; podría creerse esto y entonces seríamos injustos. Ade-

más de que los sentidos imperan en ella á veces hasta el extremo de hacerla imprudente y desaconsejada, depende de lo que se llama *el placer* y es esclava del mismo; no es ni más ni menos que la necesidad que experimentan las mujeres de moverse, de ver, de ser vistas, de organizar fiestas, de mostrarse en teatros, de encontrarse fuera de su casa y de tratar con gente. A esto, Josefina ha de sacrificarlo todo: hijos, familia, hasta el amor, y aun los cálculos para el porvenir. En las sociedades donde faltan una jerarquía, un centro, una corte y salones, *la fiesta* se impone, con el obligatorio encanallamiento en los pretendidos lugares de diversión... Engranada de esta suerte, la vida pasa sin que se pueda distraer un solo día de las frivolidades que han llegado á ser su ocupación, su deber y su razón de ser (1).»

Esta existencia es la de Josefina, mientras Napoleón marcha á reunirse con su ejército y á conseguir victoria tras victoria en Italia. Pero él ama, adora á su mujer; siente loca pasión por ella y quisiera que estuviese siempre á su lado, con el cual objeto escríbele cartas apremiantes.

La leyenda, á que en un principio nos referíamos, ha pintado aquí una esposa modelo, que deja fiestas y diversiones para correr á reunirse con su marido, á vivir con él bajo el techo de una misma tienda y á compartir las penalidades de la guerra.

Nada más lejos de la verdad. Inútiles son las súplicas de Napoleón para que Josefina parta

(1) Masson, obra citada.

á reunirse con él. Encuentra preferible continuar en París, aturdida por aquella existencia de continuo placer.

Napoleón, cansado de rogar, amenaza; el Directorio mismo constriñe á Josefina, temeroso de que el héroe lo deje todo y regrese á París para ver al ídolo de su corazón; y Josefina se dispone á salir de la capital, no sin lamentar amargamente esta crueldad de su esposo y de las circunstancias, que la obligan á separarse del lugar favorito de sus diversiones.

Y no parte sola; con ella va M. Charles, el ayudante de Leclerc, un joven de



Josefina siente en la Malmaison la nostalgia de París; todo lo encuentra triste, sombrío, desierto...

notable elegancia y de amenísima conversación, que sabe distraerla muy agradablemente.

Napoleón tardó bastante en abrir los ojos acerca de la conducta de su esposa, pero al cabo llegó á convencerse de su trivialidad. La manera cómo hizo este

has visto en esa ciudad, que has estado con él en los Italianos en un palco, que te ha dado el perrito, y que aun en estos momentos está cerca de ti; he aquí lo que, en frases entrecortadas, he oído... Desde luego pensarás que yo no creo nada de esto, pero lo indudable es que el general se halla muy impresionado. Sin embargo, duplica su amabilidad para conmigo: parece querer decir con sus actos que los hijos no son responsables de las faltas de su madre.

»Pero tu hijo se complace en creer todas estas habladurías inventadas por tus enemigos. No te ama menos por eso, y tampoco desea con menos ardor abrazarte. Espero que cuando vengas todo se habrá olvidado.»

* * *

Esto ocurría durante la expedición á Egipto. Al regreso tuvo lugar la escena que se esperaba. Josefina lloró; Napoleón acabó por perdonar, pero desde entonces la idea del divorcio germinó en su mente.

La consagración de Napoleón como emperador determinó que su matrimonio con Josefina, meramente civil, revistiera carácter religioso. El Papa no podía consagrar como emperatriz á Josefina sin que ésta se hallase unida con Napoleón



HORTENSIA BEAUHARNAIS

Hija de Josefina y de su primer marido el general Beauharnais, más tarde esposa de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y madre de Napoleón III. (Copia de un cuadro al óleo de Regnault.)

descubrimiento se declara en una carta de Eugenio, — el futuro virrey de Italia, — á su madre, carta verdaderamente singular y que revela el rebajamiento moral de la época. «Bonaparte, — escribe Eugenio, — parece estar bastante triste desde hace cinco días, y ello procede de una conversación que ha tenido con Julien, Junot y Berthier; ha quedado más impresionado de lo que yo me figuraba por estos coloquios. Todo cuanto he oído se refiere á que Carlos ha llegado en tu coche hasta tres postas de París, que le

por los vínculos de un enlace legítimo á los ojos de la Iglesia. Y en efecto, el gran limosnero los unió secretamente en matrimonio, salvando así la dificultad.

En 1807 reveláanse ya claramente los propósitos del emperador. Ve que Josefina no le da descendencia, y cree necesario tenerla para tranquilidad del Estado; pero la lucha que hubo de sostener antes de resolverse á dar el paso definitivo, fué indudablemente grande. Josefina ejerció siempre notable ascendiente sobre Napoleón; éste transigió repetidas

veces con sus caprichos, pagó en varias ocasiones las considerables sumas á que ascendían las deudas de la emperatriz, y todavía después de su matrimonio con María Luisa, escribíale cartas llenas de afecto y de seguridades respecto á sus



«Haré votos continuamente porque V. M. sea feliz. Tal vez los haga también por verle; pero, esté seguro de ello V. M., respetaré siempre su nueva situación.»

sentimientos. «La razón de Estado, — decía Napoleón cuando pensaba en el divorcio, — podrá obligarme á contraer otro matrimonio, pero sólo Josefina habrá sido la compañera de mi vida.»

Resuelto el divorcio, el emperador evita toda entrevista con su esposa. No sabe cómo poner en su conocimiento la fatal determinación; al fin, la comunica á Hortensia y á Eugenio, quienes resuel-



MARÍA LUISA, segunda esposa de Napoleón.
(Dibujo de Proud'hon.)

ven seguir la suerte de su madre, hasta que Napoleón les convence de que no se trata de destierro ni de desgracia, sino de sacrificar el interés particular á la salud del Estado.

En Diciembre de 1809 el divorcio se lleva á cabo, y en solemne ceremonia, celebrada con extraordinario esplendor en la sala del Trono, queda definitivamente declarada la separación del emperador y de Josefina.

* * *

El período más interesante de la vida de la ex emperatriz, aquel en que más resaltan su carácter y sus sentimientos, es el que transcurre de 1809 á 1814.

Napoleón señaló á Josefina, verificado el divorcio, una renta anual de dos millones de francos á cargo del Tesoro público, á la cual agregó, como suplemento, la cantidad anual de un millón que había de satisfacer el Tesoro de la Corona.

Declaró, además, que Malmaison y sus dependencias pertenecerían á la emperatriz Josefina, y que renunciaba en

favor suyo todo lo que allí podía poseer.

Malmaison era, después de París, el lugar preferido por Josefina. Allí acumuló preciosas colecciones, animales raros, plantas y flores de extraordinario mérito; allí celebró reuniones en que hizo brillar su ingenio y su belleza; ese fué el lugar que con mayor anhelo quiso salvar de las depredaciones de los aliados en 1814. Napoleón, antes de entregar á Josefina los dominios que le había cedido, quiso normalizar el estado de su hacienda, é hizo detallar las deudas de la emperatriz, que habían sido liquidadas ya *por cuarta vez* en 1806.

En 1.º de Enero de 1810, el estado de deudas de Josefina ascendía á francos 1.898.098'98, de los que sólo 290.733'26 correspondían á Leroy, el célebre modisto, y 587.411'62 á los joyeros.

Introdujose orden en todo esto, y la situación económica de la ex emperatriz pareció quedar resuelta. ¡Cuán poco había de durar esta regularidad, y qué pronto iban á ser de nuevo necesarios los auxilios de Napoleón!

El 16 de Diciembre de 1809 salió de París Josefina, dirigiéndose á Malmaison. Lo encuentra triste, sombrío, desierto. Siente la nostalgia de París, y á medida que transcurre el tiempo, parece presentir la prohibición de su regreso á la gran ciudad, y la conmueven profundamente los rumores que acerca de esta prohibición circulan.

El matrimonio de Napoleón con la princesa María Luisa, y la forzosa reclusión en el ducado de Navarra, fueron graves golpes para Josefina. Vió apartarse de ella, para ir á hacer la corte á su rival, á damas distinguidas que creía afectas á su persona y que le debían señalados favores; vióse constantemente alejada de aquel París que constituía el objeto de sus aspiraciones, y aunque procuró distraerse y no dejó nunca de corresponderse con el emperador, que constantemente le daba pruebas de su benevolencia, parécenos indudable que un secreto pesar fué poco á poco minando su existencia.

En carta á Napoleón, fechada en 19 de Abril de 1810, escribe Josefina: «Haré votos continuamente por que sea feliz

vuestra majestad. Tal vez los haga también por verle; pero, esté seguro de ello vuestra majestad, respetaré siempre su nueva situación; la respetaré en silencio; fiada en los sentimientos que por mí experimentaba en otro tiempo, no provocaré ninguna nueva prueba de ellos, esperándolo todo de su justicia y de su corazón.

»Me limito á pedirle una merced: que se digne buscar por sí mismo un medio de convencer alguna vez, tanto á mí misma como á los que me rodean, de que ocupó siempre un rinconcito en su memoria y un elevado lugar en su estimación y amistad. Este medio, cualquiera que sea, dulcificará mis penas, sin llegar, según creo, á comprometer lo que

ante todo me interesa: la dicha de vuestra majestad.»

* * *

No por esto suspendió Josefina la vida de prodigalidad á que estaba acostumbrada. A pesar de los dos millones de francos percibidos en 1811, bien pronto, sin saber cómo, se halla debiendo otro millón. Y es en vano que el emperador nombre comisarios que inspeccionen el estado de cuentas; la normalidad se restablece sólo momentáneamente. Josefina parece ignorar el valor del dinero ó no saber gastarlo con provecho. Encarga cuadros á Couprin de la Couperie, estatuas á Canova; apadrina bodas sin cuento, constituyendo dotes con profusión; hace



«Abrigaos con esto, señora, y conservadlo en memoria mía.»

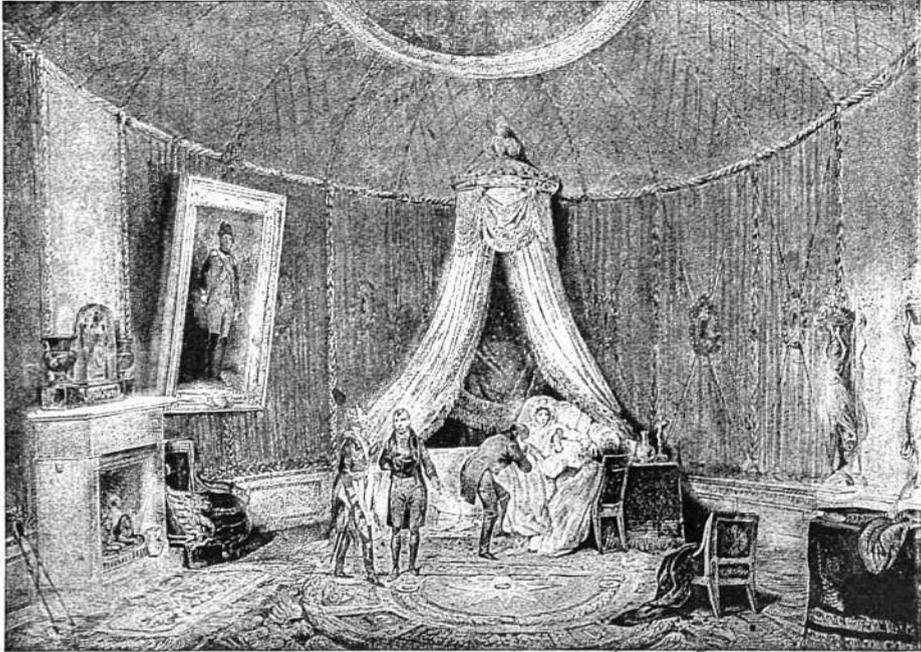
T III.



donativos inconsiderados. Una dama de Bolonia, la condesa Martinetti, va á verla un día á Malmaison. Dan una vuelta por el parque; Josefina habla de la temperatura, quitase de los hombros un magnífico chal de cachemira y lo pone sobre los de la condesa, diciendo: «Abri-

gaos con esto, señora, y conservadlo en memoria mía.»

Caído el Imperio, las primeras inquietudes de Josefina son por sí misma y por Malmaison. ¿Se le conservarán su rango y sus títulos? ¿Sufrirá algún detrimento su fortuna, se arruinarán los



Muerte de Josefina, en Malmaison. (Dibujo de Tirpenne, en la colección Hennin.)

suyos? Para evitar todo contratiempo, busca amistades con los Borbones, vuelve á Malmaison, y durante algunos meses lo convierte en lugar de cita de todos los príncipes y soberanos á la sazón en París. El más solícito de éstos para con ella, fué Alejandro de Rusia.

El 26 de Mayo de 1814 era esperada en las Tullerías para ser presentada á Luis XVIII. Ese mismo día cayó gravemente enferma, atacada de fiebre pútrida; el 29, á mediodía, había muerto.

* * *

Pocos ejemplos hay de dispersión tan lamentable como la que acaeció con los bienes de la emperatriz Josefina. Al cabo de unos cuantos años apenas si quedaban restos de las muchas riquezas que atesoraba el palacio de Malmaison. No parece sino que la fortuna, que tan alto había elevado á Josefina y tan humillante hizo

su caída, pretendió borrar hasta las últimas huellas de su paso sobre la tierra.

Napoleón volvió á visitar á Malmaison cuando regresó de la isla de Elba, y cuéntase que derramó lágrimas en honor de la memoria de Josefina, única mujer quizá á la que realmente amó.

La misma dispersión de todos los objetos que amaba y la duración breve de su gloria, contribuyen á dar un tinte suavemente melancólico á la figura de Josefina. Podrá censurarse su frivolidad, será lícito vituperar su inconstancia, pero no puede menos de aplaudirse la resignación con que soportó la desgracia y la sin igual brillantez de que supo rodearse hasta en sus últimos momentos. Fué como la estrella de la tarde: compañera discreta del sol durante el día, reina y señora de los demás luceros en la obscuridad de la noche.

(Dibujos de C. Vázquez.)

Francesch Pujol

MINUETO



PIANO.



Op. 55





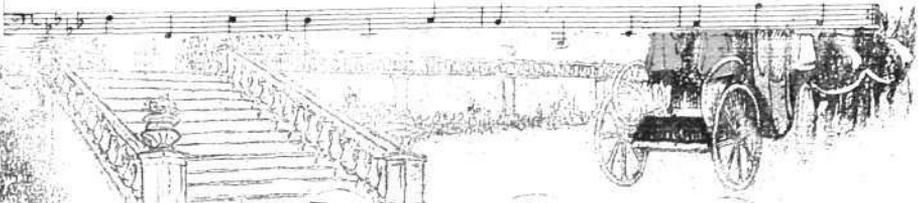




Trio.

p.

facilitado.





VISTA GENERAL DE LOURDES

tomada por el lado de la vía férrea y carretera de Pau, destacándose en primer término la airosa mole de la basilica y en lontananza el caserío de la ciudad, dominado por el castillo.

UNA VISITA Á LA REGIÓN PIRENAICA

SANTIFICADA POR LA FE

CUANDO el calor sofoca en las pobladas urbes, indispensable es dar unos cuantos días de solaz al espíritu y de refrigerio al cuerpo para volver con renovados bríos á las cotidianas tareas exigidas por la santa ley del trabajo. Pero el espíritu, demostrando con ello la inmortalidad de su ser, no tiene necesidad de descanso absoluto, ó mejor dicho, le es imposible descansar, y sólo en la diversidad de ocupaciones halla nutrición y reparo. Así es que en cuanto á mí se refiere, y lo mismo he observado en muchas gentes de fatigada actividad intelectual, el mejor descanso para el espíritu es el movimiento del cuerpo, la locomoción, la vista de sitios y paisajes distintos de aquellos que de morada le sirven; los viajes, en una palabra.

El conocido adagio francés que traducido á nuestro idioma dice: *todo pasa*.

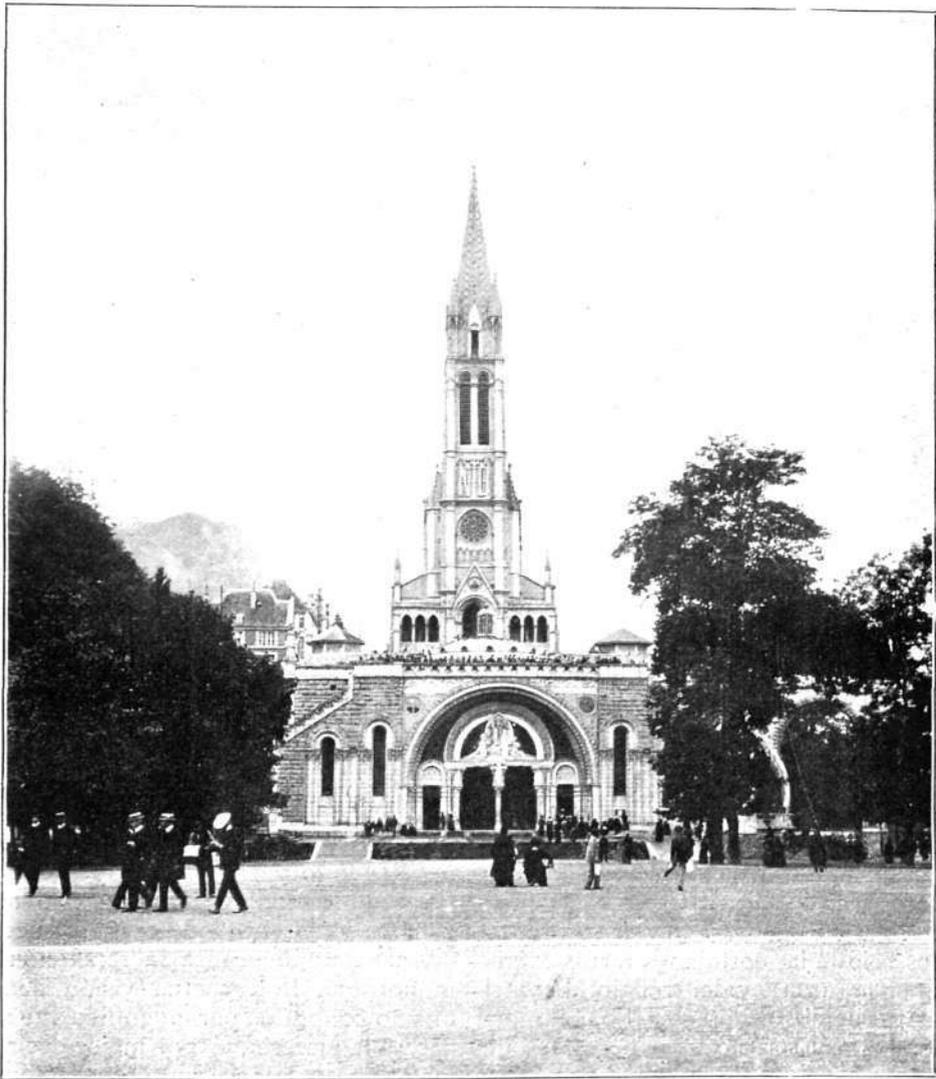
T. III.

todo cansa, todo perece, tiene excepción notoria en lo referente á la vida del espíritu y de la inteligencia. Pasa el tiempo y en su sima sin fondo caen los sucesos de nuestra vida; cansa la repetición, la monotonía, la perpetua visión de un mismo panorama por magnífico que sea; perece la materia, ó por mejor decir, la forma, y en la incesante renovación de ella, en lo distinto, en lo inesperado halla el alma humana sus más profundas emociones. Y los viajes ofrecen por doquiera la sorprendente novedad de los encantos de la naturaleza siempre una y siempre varia, como varia y una y siempre nueva es la humanidad que puebla la superficie del planeta.

Aquel año logré sin forzar el ruego que mi entrañable amigo P... me acompañase á San Sebastián, la corte veraniega de España, ciudad rica, no muy

grande, pero aseada y linda, cuyos mayores encantos son sus poéticos contornos, limitados por las estribaciones pirc-

naicas, cubiertas con el verde manto de sus robles, castaños y pinos, por entre los cuales como níveas manchas de armiño



BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.

Templo erigido á expensas de los fieles de todo el orbe católico en el cerro de Massabielle. Es de estilo románico francés moderno y en su interior cuelgan de los muros infinidad de exvotos de gran precio, como testimonio de los beneficios recibidos.

resaltan los diseminados caseríos, semejantes á palomas posadas en aterciopelada alfombra.

Nuestro viaje no tenía más itinerario que nuestro antojo, aunque ceñido éste á la hinchazón de nuestros bolsillos; y así, luego de pasear unos cuantos días

por la capital donostiarra nos alargamos hasta Biarritz, cuya playa, no tan naturalmente deleitosa como la de San Sebastián, fué, por extravagancias de la moda, salón de la aristocracia europea y gabinete de la política de alto vuelo en los primeros años de la Restauración.

Hoy ha perdido gran parte del favor que el mundo elegante le otorgara, y difícil es predecir si las veleidades femeninas hollarán de nuevo las famosas playas.

Después de admirar á nuestro sabor la majestuosa hermosura del Atlántico, en cuyo movable espejo se miran de soslayo los ingentes picos del Pirene, parecidos á enormes plumas que escriben en el cielo los hechos más gloriosos de la historia patria, sentimos mi compañero y yo el deseo de visitar á Lourdes.

La idea no podía, en verdad, ser más oportuna ni más fácilmente realizable. A las siete pasaba por Biarritz el tren ascendente de Irún, y sólo teníamos que estacionar algunos minutos en Bayona y Pau para llegar á la ciudad casi desconocida há poco más de medio siglo y hoy famosa en todos los países católicos por las prodigiosas curaciones que la fe ha divulgado por el mundo entero desde la gruta de Massabielle. Motivo más que suficiente para determinarnos á la excursión era la coincidencia de llegar por

entonces al santuario una de las muchísimas peregrinaciones que durante el año, sin reparar en estaciones ni temporadas, acuden de todas partes á implorar la protección de la Virgen.

Deslizábase el tren á los pies de la imponente cordillera y al poco rato entrábamos en el departamento de Altos-Pirineos; detúvose en Pau, cuyo histórico castillo fué la primera morada que en extraña tierra albergó á la fugitiva reina Isabel II, y tras algunas horas de traqueteo avisó la locomotora con sus silbantes resoplidos que Lourdes estaba cerca. Tan cerca estaba que desde la ventanilla pudimos contemplar su pintoresca perspectiva. Embocan allí los siete valles del Lavedán y mueren las últimas ondulaciones que de valla sirven á la llanura de Tarbes, al paso que nacen las primeras estribaciones de la abrupta mole de la Gran-Montaña, cuya milenaria frente se yergue á lo lejos, de nieves coronada.

Las casas de Lourdes se agrupan en la falda de un solitario peñasco en poé-



UNA PEREGRINACIÓN CONGREGADA DELANTE DE LA BASÍLICA.

Los peregrinos acuden á la plaza de la basílica para esperar á los sacerdotes, con objeto de encaminarse á la gruta. Agrupados hacia la derecha se ven algunos enfermos en cochecitos ó camillas de ruedas, al cuidado de sus familias ó de personas que de ellos se encargan piadosamente.

tica disimetría, que les da el aspecto de nacimiento infantil, hasta tomar las naturales proporciones de la edificación urbana á medida que el tren se acerca. Entramos, por fin, en la estación, salimos del andén y nos sorprende el gran número de equipajes, amontonados en pilas, que llegan hasta muy cerca del techo. El tren se detiene algunos minutos



UNA PLÁTICA FERVOROSA.

El obispo dirige su voz á los peregrinos desde lo alto de la escalinata de la basilica.

más que en las otras estaciones para dar tiempo á que bajen los lisiados, paralíticos y enfermos desahuciados, sin otra esperanza que la fe. Sostenidos por sus deudos se ven gran número de impedidos, que á duras penas pueden moverse con el auxilio de las muléttas ó son llevados en brazos ó en carricoches. Entre tan variados ejemplares de la desdicha humana excita la compasión de todos, aun de los mismos enfermos, una hermosísima niña de doce años completamente paralítica, á quien su angustiada madre lleva en volandas hasta la cuna de ruedas que no lejos la aguarda.

Al salir de la estación y apenas habíamos entregado los billetes, nos acosa un

mozo de gorra galoneada, brindándonos con excelente hospedaje en hotel donde no se admiten peregrinos. Aceptamos el ofrecimiento para librarnos del asedio, y después de recogido el equipaje nos acomodamos en un faetón que enfiló por la carretera de Tarbes, frente al Hospicio de las Hermanas de Nevers, en dirección á la plaza del Mercadal, donde estaba situado el hotel con apariencias de posada antigua. Durante el trayecto tuvimos constantemente á nuestra derecha el castillo que, como nido de águila, se yergue en la cumbre del peñasco, dominando la ciudad y su término. El cochero, hijo del país, que lleva la friolera de treinta y dos años acarreando forasteros y turistas, fustiga á los caballos con la suavidad con que lo hiciera un socio de la Protectora de Animales, y ganoso de conversación, se encara conmigo, preguntándome:

—¿Querrán los señores visitar el castillo?

—¿Tiene algo digno de ser visto?, — le respondí.

—Es muy antiguo, — replicó él. — Paso á paso he recorrido la fortaleza y piedra por piedra la conozco. Aunque no hay ningún dato cierto sobre la época de su fundación, de seguro que vió nacer á la ciudad hoy á sus plantas arrebujada.

Pasábamos en esto por delante de la Rectoría, en cuya fachada campeaba el escudo de Lourdes: tres torres de oro en campo de gules sobre una peña de plata, coronada por un águila que lleva una trucha en el pico.

—¿Qué dan á entender esas armas?, — le pregunté al postillón.

—Son el emblema de una tradición antiquísima. Según dicen, estaba este país en poder de los sarracenos, que desde España se desparramaron por las estribaciones de los Pirineos, y el moro Mirat se había hecho fuerte en la cumbre del peñasco cuando aquel rey tan valiente como piadoso que por el esplendor de sus hazañas fué llamado Carlos el Magno, no quiso tolerar que los infieles hollasen por más tiempo tierra tan cristiana como la francesa. A este fin reunió sus huestes y al frente de ellas puso cer-

BENDICIÓN SOLEMNE
DE LOS PEREGRINOS
CON EL SANTÍSIMO
SACRAMENTO ANTE
LA BASÍLICA DE
LOURDES.

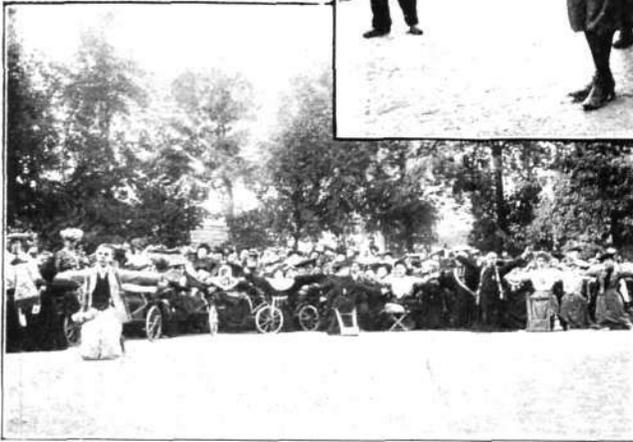
Una peregrinación en el preciso momento de recibir la bendición episcopal, antes de organizarse procesionalmente para visitar la gruta de la aparición.



co al castillo; pero toda su energia en el acometer quebrantóse ante el obstinado resistir del sarraceno, que bien aprovisionado de víveres y no falto de buenos ballesteros, rechazaba cuantos asaltos intentaban los caballeros franceses, apoyado en la natural defensa de su ventajosa posición. Convencido Carlos el Magno de que era imposible tomar la fortaleza, disponíase, muy á pesar suyo y con gran regocijo del infiel, á levantar el cerco, cuando se oyó en los aires un fortísimo rumor de alas. Alzaron los cristianos la vista y quedáronse grandemente sorprendidos al ver un águila caudal que

verdadera fe. Así lo hizo el jete sarraceno y de este modo volvió el castillo de Lourdes al poder de la cristiandad.

Complacióme el relato del postillón, y aunque en mis viajes había oído relatos parecidos con referencia á los escudos de armas de otras ciudades, no quise expresar mis dudas, porque ningún país gusta de ver desvanecidas sus leyendas.



UN ESPECTÁCULO CONMOVEDOR.

Los peregrinos y los enfermos prosternados devotamente ante la basílica de Lourdes, en súplica de los favores de la Virgen. En el numeroso grupo se ven personas de toda condición, estado, edad y sexo. Niños, sacerdotes, monjas, damas y aldeanas se confunden en un mismo sentimiento de piadosa confianza.

UN IMPOSIBILITADO.

Es conducido á la Gruta en su propio lecho por individuos que se encargan, por devoción, de prestar este servicio.

En esto llegamos al hotel, uno de los más sosegados de Lourdes y situado, como antes dije, en la plaza del Mercadal. Mientras el hostelero nos conducía á los aposentos que habíamos de ocupar, no tuve reparo en distraerle por un momento de sus negocios, preguntándole:

—¿Por qué no admite usted peregrinos en su casa? ¿Acaso no es obra de misericordia dar posada al peregrino?

—Nada tiene que ver la misericordia con la costumbre iniciada hace mucho tiempo en mi establecimiento. Para los enfermos hay hoteles á propósito con todos los elementos necesarios para atender solícitamente á su cuidado, y en mi casa posan casi todos los que estando sanos y robustos llegan á Lourdes atraídos por la fama del Santuario y lo visi-

con un pez en el pico se cernía sobre la torre más alta del castillo. No fué menor la admiración de los sarracenos, que subió de punto al ver que el águila, como si supiese lo que hacía, dejaba caer el pez en el recinto fortificado. En aquellos tiempos aun tenían los cristianos un pez por emblema, según lo fué en los primeros siglos de nuestra religión; y por ello creyó el moro Mirat que el águila había sido enviada por Dios para disuadirle de sus errores y convertirle á la

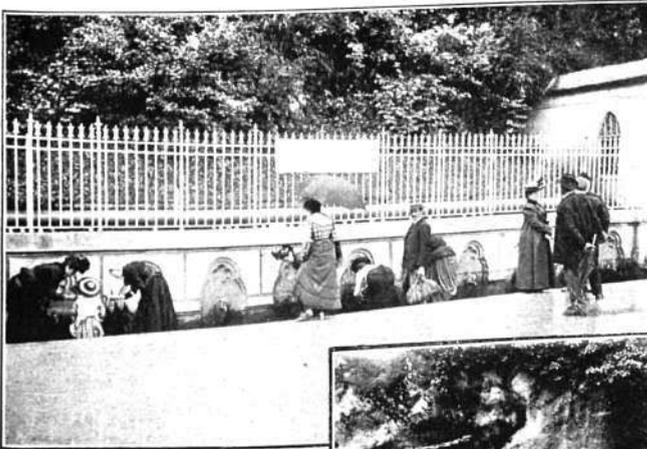
tan con curiosidad de turista unos y con devoción de cristiano otros.

Dimos las gracias al hostelero por su sincera explicación y nos encerramos en el aposento, con más ganas de dormir que de velar.

Al día siguiente visitamos la iglesia parroquial, que nada digno de mención

muñecas y los vecinos figuras de nacimiento movidas por resorte. El río Gave, de aguas turbulentas como las de un torrente, lamía el peñasco por el lado opuesto á la población, torciendo bruscamente á la derecha en querencia del Adour, hacia el camino de Pau. Chopos, fresnos y olmos sombreaban las orillas,

dando guardia de honor á las aceñas instaladas en la ribera izquierda y tamizando entre sus hojas los rayos del sol, que al quebrarse en el agua refulgían en hervideros de luz. Por el lado de la ciudad, el paisaje es un ameno mosaico de praderas, bosque, tierra de labor y risueños

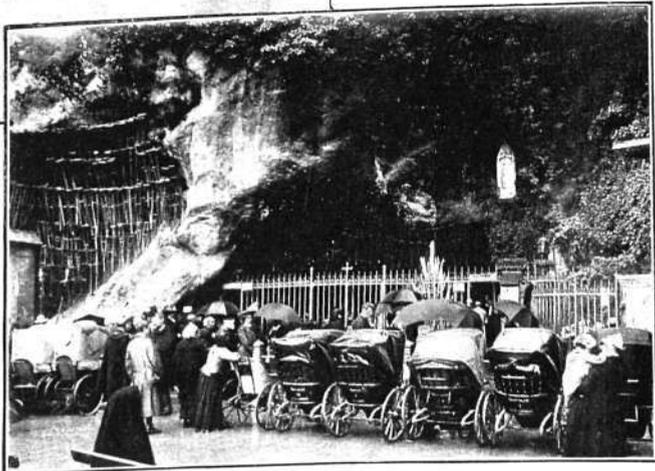


LA FUENTE MILAGROSA.

Algunos peregrinos tomando el agua de la fuente que brota en las inmediaciones de la Gruta.

tiene arquitectónicamente considerada, pero supimos que en Lourdes los gremios de oficios se llaman cofradías y cada una posee su correspondiente capilla, donde se venera al santo patrón del respectivo oficio. El de los labradores no es San Isidro, como en España, sino Ntra. Sra. de Gracia; el de los albañiles, Nuestra Sra. de Montserrat; el de los pizarros, Ntra. Sra. del Carmen; el de los sastres y modistas, Sta. Lucía; el de los ebanistas, Sta. Ana, y el de los canteros la Ascensión del Señor.

Fuimos aquel día á comer en un merendero situado en un cerrillo, no lejos del Hospicio de las Hermanas de Nevers, desde donde la vista se espaciaba en deleitoso panorama. A nuestros pies el caserío de la ciudad semejava labor de



GRUTA DE LA APARICIÓN.

El sitio donde se alza la imagen es el mismo en que, según la piadosa tradición, se apareció diferentes veces la Virgen ante los asombrados ojos de la pastora Bernardita Soubirous. Delante de la verja que sirve de valla á la Gruta, se agolpan los enfermos y paralíticos impetrando el remedio de sus males.

campos atravesados por los caminos de Pau, Poutarg y Tarbes, frecuentadísimos de peatones, carruajes y jinetes. Más allá del río cambia por completo el aspecto del paisaje, y la naturaleza muestra en él toda la magnificencia de sus agrestes soledades. En la falda del cerro de Mas-sabielle, frente á la agudísima punta de la isla del Châlet, que abarcan los dos brazos del Gave, en el recodo que éste forma junto al peñasco sobre el cerro de Mas-

sabielle, se alza el templo erigido por la fe en honor de la Virgen milagrosa, cuya imagen recibe adoración del mundo en la misma gruta donde se apareció á Bernardita Soubirous.

Iba ya muy de caída la tarde cuando nos levantamos de la mesa. La solemne calma del crepúsculo invadía el ancho

círculo, ceñido por el horizonte, cuyo centro parecía ser el montículo desde donde contemplábamos tan maravilloso espectáculo. El tañido de las campanas, que, como prisioneras golondrinas aleteaban en el campanario de la basilica, rompía melancólicamente el augusto silencio de la naturaleza próxima á dor-



CALVARIO MONUMENTAL DE LOURDES. JESÚS EN EL PRETORIO ANTE PILATOS.
Los fervorosos peregrinos, en cumplimiento de votos hechos, suben de rodillas el Calvario situado en las inmediaciones de la basilica.

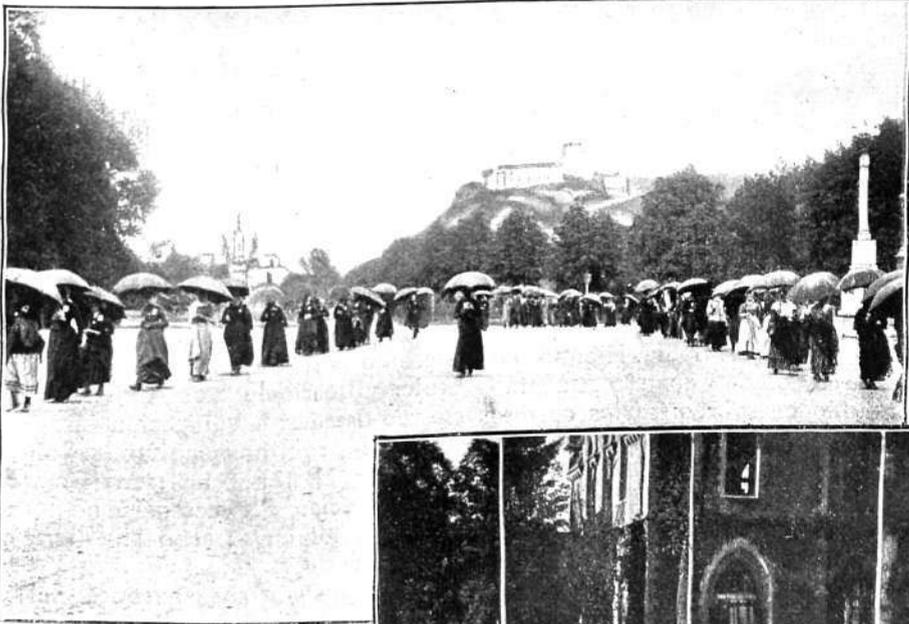
mirse. De pronto llegó á nuestros oídos el eco de lejanas voces, y vimos que en dirección á la gruta iban procesionalmente dos largas filas de peregrinos con cirios encendidos, cuyas diminutas luces brillaban como fuegos fatuos en las primeras sombras de la noche. El canto solemne y grave de los peregrinos, entonado con voz robusta, parecía atravesar las nubes y elevarse al cielo en alas de la fe. Tales eran el fervor y el devoto continente de aquella procesión en campo abierto, que recorría el mismo camino por donde con sus inocentes compañeras retozara medio siglo antes la pobre hija del molinero. Aquella misma noche

llegó la gran masa de peregrinos en trenes especiales, y por no haber sitio disponible tuvieron que pernoctar muchos de ellos á la intemperie ó bajo tiendas improvisadas, con mantas, colchas y otros abrigos.

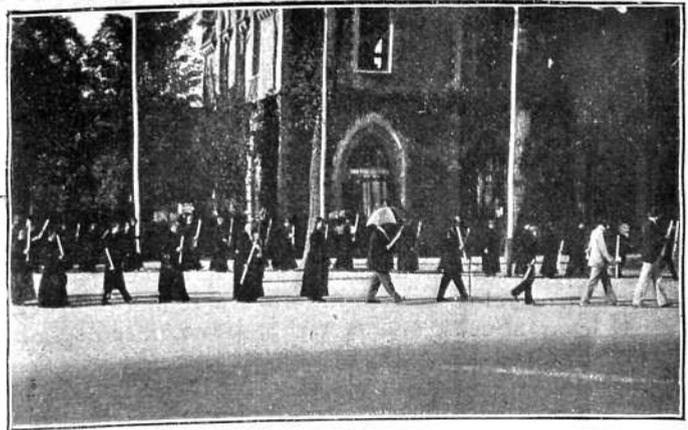
A la mañana siguiente toda aquella innumerable muchedumbre se congregó en la plaza del Mercadal, corriéndose hacia la próxima llanura del Ferial, y dirigida por los sacerdotes, se encaminaron en grupos al Santuario. Nosotros montamos al tranvía eléctrico para no perder ni un pormenor del espectáculo. Frente á la gruta estacionábanse ya desde muy temprano multitud de paráliti-

cos, ciegos y lisiados, en cochecitos unos, en literas otros, apoyados en muletas los más, é impetrando todos con devoción ardentísima un milagro que devolviese la luz á sus ojos y el movimiento á sus miembros. Al acercarse á la verja que resguarda la gruta, un grito unánime,

ensordecedor, salió de todas las gargantas, y todas las rodillas se doblaron como si el inmenso gentío no tuviera más que un cuerpo. En todos los semblantes se reflejaba la emoción sentida por las almas al verse frente á la sagrada imagen que en la cavidad del cerro de Massabielle per-



Procesión de peregrinas dirigiéndose en pleno día á la gruta de la Aparición, provistas todas de quitasoles para resguardarse del sol.



Procesión de peregrinos, guiada por sacerdotes, que se encamina á la santa gruta entonando la Letanía.

petúa el recuerdo de las famosas apariciones; allí se confundía el elegante sombrero de la dama del gran mundo con la modesta capucha de la aldeana; y el adolescente, casi niño, cuyos labios murmuraban la oración recién aprendida en el regazo de la madre, poníase brazos en cruz junto al anciano encorvado por los años, que no quería dejar este mundo sin ver el paraje santificado por la soberana presencia de la Reina del Cielo. En la misma plaza de la Basílica, después de los oficios religiosos, organizóse procesionalmente la peregrinación á la gruta, y por las cercanas colinas resonó el eco de las letanías. Muchos peregrinos, ya por devoción, ya por voto, subie-

ron de rodillas al Calvario erigido en las inmediaciones de la Basílica, sin que la fatiga rindiese sus cuerpos, enardecidos por la esperanza; y no hubo quien no se refrigerase en las aguas benditas de la salutífera fuente, ni enfermo que no bañara su cuerpo en la milagrosa piscina. Los vivas se repetían sin cesar, atronando los aires, cuando de pronto cayó la muchedumbre de hinojos en profundo silencio y dejóse oír la reposada palabra del obispo L., jefe de la peregrinación. Terminóse el religioso acto con una

Salve cantada por los millares de fieles congregados, y recibida la bendición, dispersóse ordenadamente el grupo en dirección á sus alojamientos, aprovechando el tranvía eléctrico que une la ciudad con el santuario. La mayor parte eran gentes de los pueblos comarcanos, que habían llegado la noche antes á pie unas, en caballería otras, en tren las menos, y no pudiendo alojarse en la ciudad por estar repletos no sólo los hoteles y posadas sino también las casas particulares, se quedaron á dormir en la inmensa plaza de la Basílica, hasta esperar el nuevo día y regresar á sus hogares.

Mi compañero y yo volvimos á Lourdes por nuestros pies, para librarnos de la multitud que pugnaba por subir á los tranvías.

Al llegar á la plaza del Mercadal, era ya mucho más de mediodía. Hicimos por la vida en la posada y cuando estábamos comentando de sobremesa los curiosos incidentes que habíamos presenciado durante el tiempo que llevábamos en Lourdes, nos sorprendió agradablemente la visita del postillón, que sin más preámbulos nos dijo:

—¿Quieren los señores que les guarde asientos? A las cinco en punto doy el primer latigazo.

Mi amigo y yo nos miramos con aire de interrogación, como dudando uno de otro si el respectivo intento era de marchar aquella misma tarde; pero poco duró la perplejidad, pues adelantándome al pensamiento de mi compañero, le dije al postillón:

—Puede usted contar con nosotros. Hemos resuelto partir hoy mismo; pero antes, ¿por qué no acepta una tacita de café?

—Con mucho gusto, — respondió el postillón, — y no ciertamente por saborear el aroma de tan exquisita bebida, sino por recrearme en la conversación de dos forasteros tan amables y tan cultos como demuestran ser ustedes.

—Gracias por el concepto que le hemos merecido, — le respondimos á una voz.

—Y á propósito, ¿cuál es el que han formado ustedes de Lourdes?

—Que es una ciudad cuya fama religiosa corre parejas con la cortesía y honradez de sus habitantes.

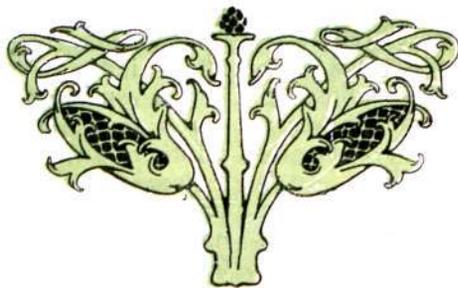
—Sin embargo, justo es decirlo, á los viajeros se lo debemos todo. Hace medio siglo no se distinguía Lourdes de cualquier villorrio de las cercanías. Hoy, ya lo ven ustedes: la edificación va aumentando, los caminos facilitan las comunicaciones, el tren y los tranvías acortan las distancias, y el vecindario no ha vuelto á conocer en su seno la miseria y la pobreza.

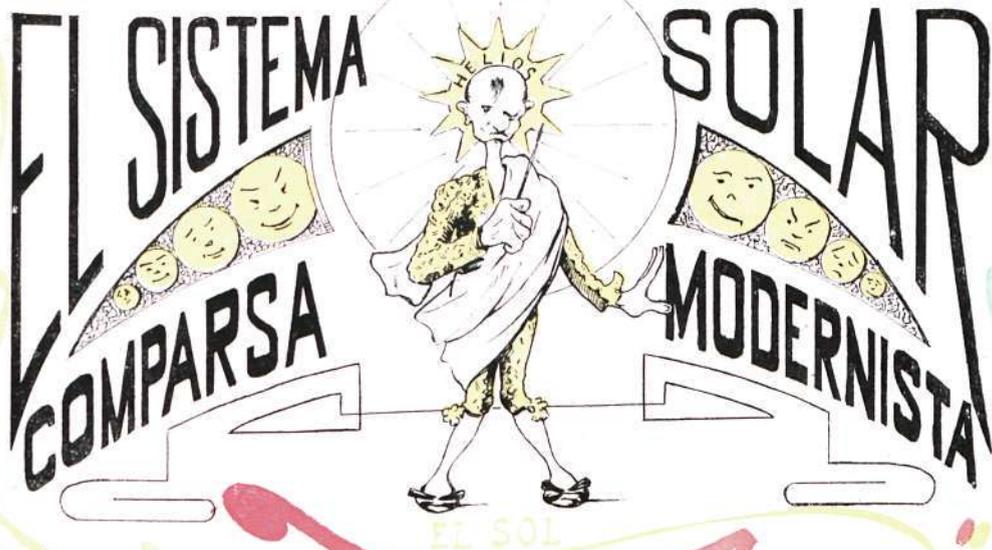
En estas y otras razones acabó el bueno del postillón de sorberse el café, y después de agradecer en sentidas frases el obsequio, nos dijo:

—En cuanto oigan ustedes el son de los cascabeles, no se detengan, porque será la señal de marcha.

Y en espera de oír el alegre sonido, nos tumbamos en las mecedoras. E.

(Fotografías de Chusseau-Flaviens.)





Y a les costó trabajo dar con el titulito á los individuos que se habían separado de *La Propia Escolar* para componer una nueva estudiantina. Para llegar á *El Sistema Solar* tuvieron que atravesar veinte ó treinta títulos y cuatro ó cinco frascos de vino. Pensaron en *La Infatigable*, pero decía poco; en *La Prerrefaelista* después; en *La Iconoclasta* luego; en *La Adacabrante*, hasta que Cachaneja, el panderetólogo que tenían los de *La Propia Escolar*, que para eso de los títulos tenía mano de santo, dijo: —¡*El Sistema Solar!* ¿Podrá hallarse nada más delicado, ni más poético, ni más sugestivo? — ¡Menudo divieso le había salido á *La Propia Escolar* con la flamante y nueva estudiantina! Se acordó el título por unanimidad de la directiva, y Cachaneja fué nombrado director de estudios de *El Sistema Solar*.

Como el Carnaval se acercaba, era forzoso aprovechar el tiempo; así que Cachaneja empezó con verdadero ahinco los ensayos de las piezas que la estudiantina necesitaba para su repertorio.

Como Víctor, el flauta de la empresa, tenía una sala muy capaz, en casa de

Víctor comenzaron los ensayos que Cachaneja dirigía escrupulosamente, justificando la más insignificante corchea, siendo, por otra parte, tan severo en la admisión de profesores, que á un colonial de la esquina, que deseaba formar

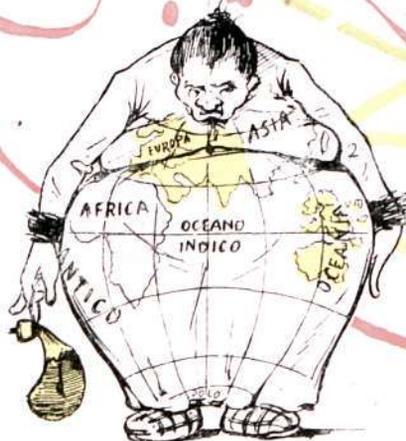


parte de *El Sistema Solar* como clarinete primero, lo desechó porque su principal no le permitía tocar más que de diez á una, y lo que necesitaba Cachaneja era un clarinete trasnochador, porque él tenía verdadero interés en que cuando *El Sistema Solar* se echará á la calle lo confundiesen con la Sociedad de Conciertos, y todo el tiempo era poco para que las cosas salieran á su gusto.

Al principio se trató de que hubiera voces; pero se tuvo en cuenta que el concierto podía degenerar en un escándalo, y se acordó que fuese exclusivamente instrumental; así que, si luego había voces, Cachaneja no era culpable. Como piezas de fuerza aprendieron los de *El Sistema Solar* el prelude de *El Anillo de Hierro*, para por las tardes, y *La Marcha de las*



Antorchas desde anochecho en adelante. Trataron de atreverse con el *Guillermo*; pero no teniendo cuerda bastante, Cachaneja prefirió dedicarse á las obras de viento, como los buñuelos, porque, como decía muy atinadamente, la cuerda en la calle puede ocasionarnos muchos tropiezos. Con los clásicos alternaron las piezas de moda; y cuando ya *El Sistema Solar* contaba con un repertorio suficiente, se lanzó por las calles abierta y en columna de honor, la capa terciada, el sombrero inclinado con gracia, como diciéndole á la multitud:— ¡Míreme usted, que soy de *El Sistema!*, y Cachaneja al frente, dirigiendo con un periódico enrollado. Pero *El Sistema Solar*, como toda sociedad que nace, necesitaba el bautismo de la publicidad, y una no-



LA TIERRA

de decirse que no hay nadie capaz de zumbarle la pandereta al señor Cachaneja »

A la mañana del otro día, la emoción de los individuos de *El Sistema Solar* fué inmensa al verse en letras de molde, muy especialmente Cachaneja, quien compró media docena de ejemplares y los guardó como oro en paño.

Por la noche volvieron á otras redacciones, pero con tan mala fortuna, que en una de ellas se encontraron con los de *La Propia Escolar*, y allí se desafina-



MARTE



LOS ASTEROIDES

che, después de haber dado serenata á los socios protectores y luego á los natos, fueron á los periódicos de mayor circulación, para que después de oírles, la prensa dijera al siguiente día: «Ayer tuvimos el gusto de ser visitados por la nueva comparsa *El Sistema Solar*, que llamará justamente la atención en estos carnavales. Luego de tocar maravillosamente algunas piezas musicales, su director, señor Cachaneja, que es un panderetólogo de primer orden, hizo maravillas con la pandereta, hasta el punto de que, hoy por hoy, bien pue-



ron los instrumentos; hubo puños como mientes y palabras de doble sentido, viniendo á las manos unos y otros, con tan adversa fortuna, que el pobre Cachaneja salió muy mal parado del lance, á pesar de decir los periódicos que «hoy por hoy nadie le zumbaba la pandereta.»

LUIS GABALDÓN.



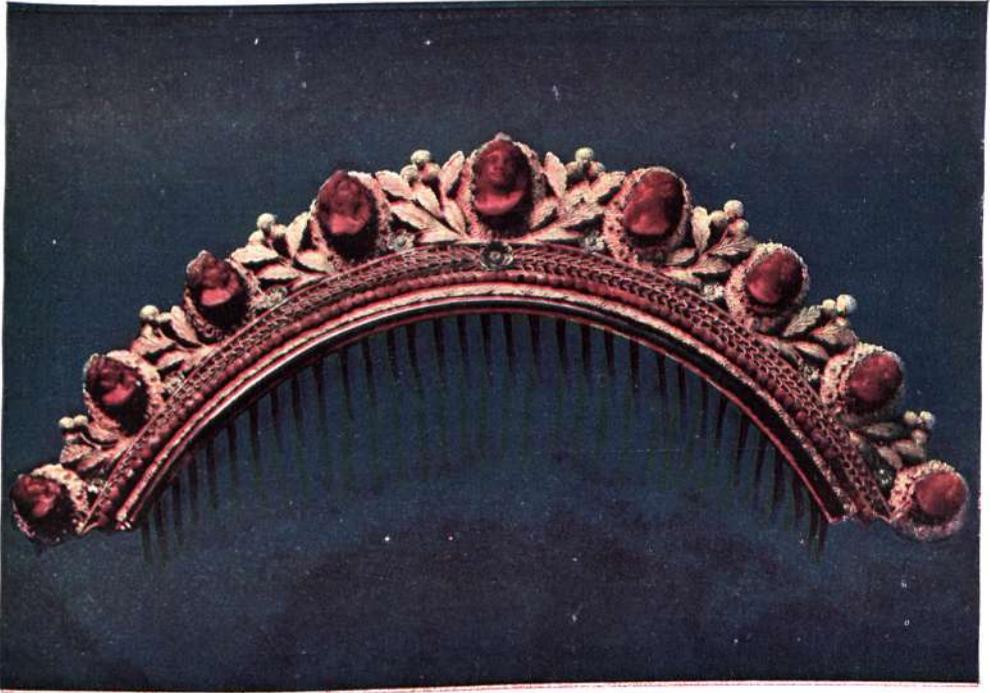
SATURNO



PLAVO



ESAIK ABASCAL



PEINETA ESTILO RENACIMIENTO, CON NUEVE CAMAFEOS DE CORAL

PEINES, PEINETAS Y PEINETONES

MÁS DIVAGACIONES DE INDUMENTARIA FEMENINA

EN la acción de una comedia de don José Echegaray interviene un personaje delicioso, un tal *Don Cástulo*, que se pasa la vida embelesado ante una magnífica colección de peines, que ha logrado reunir, según él mismo asegura, á costa de grandes sacrificios.

Cuando alguna otra figura de las que enredan en la invención de Echegaray, pretende terciar con *Don Cástulo* sobre asuntos arqueológicos, éste, con el sesudo convencimiento de la autoridad que él mismo se adjudica, suele exclamar, entre contrariado por su interlocutor y satisfecho de sí mismo:

— ¡Hombre, no insista, no insista!; ¡si querrá usted decirme á mí cuántas púas tiene un peine!

Acaso no sea cosa de tan arduo trabajo saber «cuántas púas tiene un peine,» pero ya requiere más pelendengues el poder decir con certeza cuándo los pei-

nes comenzaron á tener púas, es decir, cuándo los hombres comenzaron á usar peines.

Sin querer atribuir á este utensilio ningún origen diabólico, yo creo que debió de ser invención de alguna mujer.

Las largas hebras de su abundosa cabellera y el natural esmero en acicalarse, hacen más preciso el peine para ellas que para nosotros.

Al principio, el hombre, allá por los tiempos en que el aseo personal estaba en mantillas (y fué durante mucho más de lo que algunos creen, sin que esto sea ninguna alusión á los de ahora), el hombre primitivo, decimos, debió de alisarse el pelo pasando por él las manos y peinandolo con los dedos.

Luego, á alguna mujer de despabilado ingenio y despierta coquetería se le ocurriría servirse de las ramas de ciertos vegetales para desmadejar la mata de su

pelo, ovillándolo en ondas naturales y tendiéndolo por el cuello y los hombros hasta el pecho y más allá.

Experta bien pronto, que para ello las hembras se pintan solas, alguna *Sylis* de las de cabello de oro dió en peinar las sedas de su cabeza, tamizando aquellas hebras finísimas por entre las espinas de ciertos pescados.

De esto último tenemos datos ciertos y concluyentes.

Las mujeres primero y luego los hombres hicieron uso de las espinas de ciertos

ejecutoria de otras civilizaciones y otras edades.

En el Museo Británico se guardan, como oro en paño, un peine celta de asta de antílope y dos peines etrusco-escandinavos de la edad de hierro.

Los griegos, que según Luciano «empleaban para aderezar su cabello todos los perfumes de la Arabia,» demostraron siempre muy buen gusto en la manufactura de peines, y así los labraron al principio de madera, y luego de asta, de concha, hueso, marfil y bronce.

Pyxis llamaban á la cajita donde solían guardar los enseres para su tocado, y no había *pyxis* que no estuviera bien provista de peines de varias materias y de diversas hechuras.

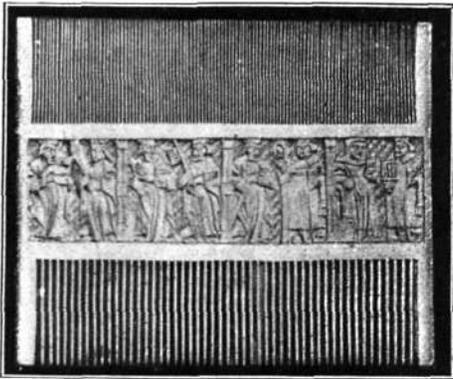
Los helenos fueron los que primero labraron peines de dos clases de púas, parecidos al *escarpidor*, padre ó abuelo de la *lendra* moderna.

El arte de hacer peines, — pues ya desde los tiempos griegos constituyó un verdadero arte, — fué perfeccionándose hasta llegar á producir obras primorosas.

Allá por el siglo v los peines fueron escogidos como objetos predilectos para regalo; y claro es que al querer hacer de ellos presente á alguna persona de distinción, el donante se esforzaba en revestir el obsequio de cuanto de rico y artístico tenía á su alcance.

Se conserva un peine que perteneció á la reina Teodolinda, mujer de Antrasis, rey de los lombardos, y después de Agrilupo, duque de Turín (589 á 625), que es una verdadera joya. Está hecho de hueso pulimentado y adornado con labor de plata y con pedrería de gran tamaño. Mide trece centímetros y tiene una sola hilera de púas, muy finas. Tal es de primoroso y exquisitamente decorativo, que cuenta la fama que la propia Teodolinda más de una vez, después de usarlo para peinar sus cabellos, habíalo dejado prendido en ellos, y hasta llegó á lucirlo en actos públicos.

Desde los esplendores de la época bizantina, — según el testimonio de Arnolfo Nigelo, — los peines constituyeron un artículo de ostentación. No trocaron su misión útil por la de adorno superfluo,



PEINE LITÚRGICO, que se conserva en la sacristía de la catedral de Reims, obra muy notable del siglo XIII. (Reproducción fotográfica.)

peces, haciendo saltar parte de las vértebras para así esclarecerlas, ó bien separándolas con ligamentos superpuestos, que al mismo tiempo que ensanchaban los intersticios, prestaban doble consistencia al eje de peine tan rudimentario.

Aleccionados aquellos artífices con el éxito de los utensilios que su descubrimiento ictiológico les daba ya medio hechos, pero al mismo tiempo escamados por lo quebradizo de las espinas, iniciaron la imitación. Que sólo imitación es el comienzo de todas las artes, y poco más el fin de algunas de ellas.

De la edad de bronce se conservan rarísimos ejemplares de tales peines rudimentarios, todos sencillos y toscos.

De los egipcios y asirios han llegado hasta nosotros algunos, hallados en sarcófagos, junto con otros objetos de uso familiar de aquellos cuya envoltura corporal conservamos momificada, como efeméride hueca, ó como apergaminada

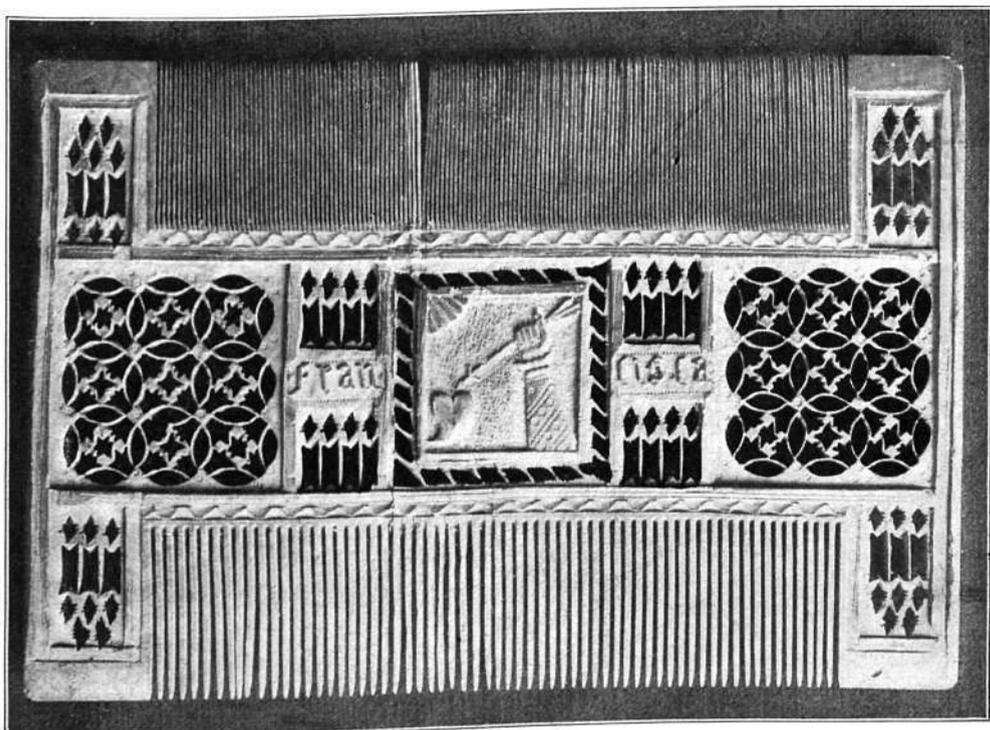
sino que conservaron su uso constante, pero convirtiéndose, de sencillos utensilios, en objetos lujosos por excelencia.

De tal manera, que lo que antes fuera simple eje ó matriz de las púas, creció y convirtiéndose en pretexto de lucimiento artístico, alarde de riqueza y aun lugar preferido de letreros y dedicatorias.

No sólo los usaron así las damas y los caballeros, sino, adecuados á su manera de ser, todas las categorías sociales.

De esta época data la importancia que adquirieron los *peines litúrgicos*.

Antes de celebrar el sacrificio de la misa, los sacerdotes debían peinarse bien el cabello y la barba; y los peines que á



1615. — PEINE ESPAÑOL, DE BOJ, CALADO Y GRABADO.
(Mide 190 x 130 milímetros.)

este objeto se destinaban, eran depositados en las iglesias junto con todos los objetos del culto, formando parte del tesoro de abadías y catedrales.

La costumbre de los *peines litúrgicos* ha subsistido hasta el siglo XVI.

En el Museo Real de Antigüedades de la *Puerta de Hal*, en Bruselas, se conservan dos ejemplares preciosísimos encontrados en Stavelot. Uno de ellos es de dos órdenes de púas; el otro, más pequeño, remata en un arco de medio punto que cobija una inscripción; es sencillo.

En todas las sacristías había peines litúrgicos para el clero parroquial, y otros reservados para los obispos.

T. III.

En Roma, todas las iglesias guardaban un peine para que se peinara el Papa. Según el canónigo Benedetto, el romano pontífice hacía uso de un peine cuando iba en procesión desde el Vaticano hasta San Juan de Letrán.

El que usó San Lupo se conserva en el tesoro de la catedral de Sens. Es espléndido, con piedras preciosas y figuras de animales simbólicos.

Esta importancia de los peines extendióse todavía más en los siglos XV y XVI. Habíalos de madera con calados primorosos, de plata, marfil, cuerno y concha; de asta incrustada en madera y de plata esmaltada.

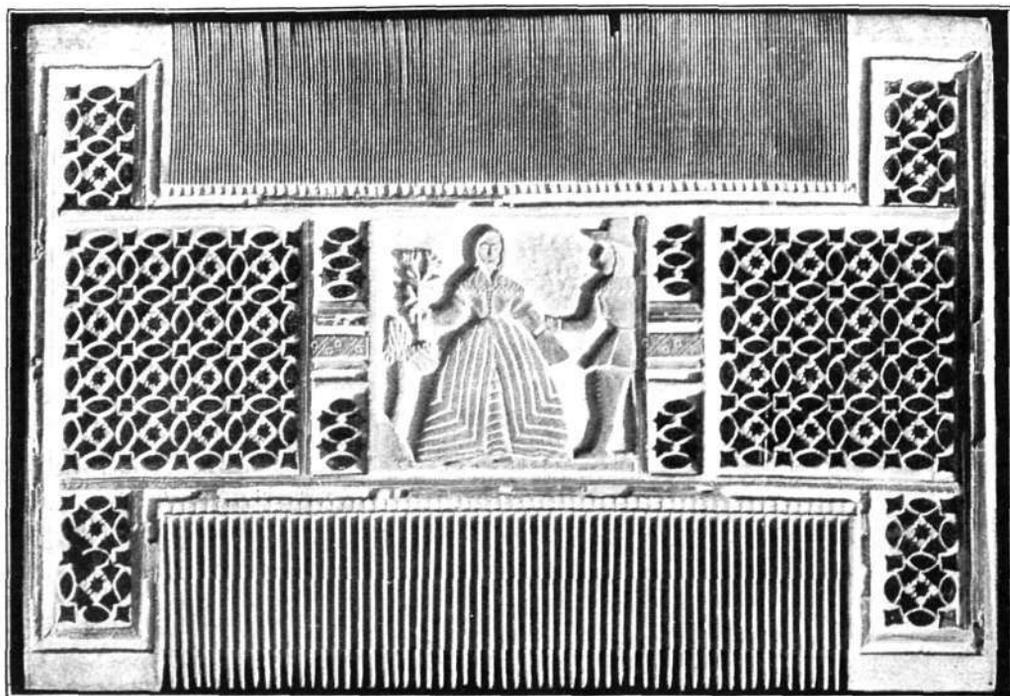
Algunos con asuntos grabados en dulce, y otros, éstos de marfil ó hueso, con escenas en bajo-relieve, reproduciendo combates y batallas, torneos y escenas cinegéticas.

Habíalos con figuras doradas de animales, de gusto indio; algunos con escudos heráldicos, y muchos, espejos escondidos bajo una recamada cubierta

corrediza, y otros con láminas de metal pulimentado, para mirarse en ellas.

El *Racinet* (t. XI, lib. XII, núm. 8) reproduce un peine que es doble; es decir, como dos peines gemelos unidos por el cuerpo y los órdenes de púas separados algunos milímetros.

Muchos de esos peines, así litúrgicos como profanos, ostentaban letreros tales



1620.— PEINE FRANCÉS, DE BOJ, PRIMOSAMENTE CALADO, GRABADO É INCRUSTADO DE ASTA NEGRA.
(Mide 220 X 155 milímetros.)

como éste: *Prenez à grè ce petit don: que la divinité supreme protege toi et la patrie.*

En Munich se guardan dos, muy interesantes (1460 á 1520); y en el Museo de Arte industrial, de Milán, hay también dos de marfil, del Renacimiento.

Casi todos ellos se custodiaban en lujosos estuches adornados de pieles y con labores sobredoradas.

De menor tamaño, es decir, de bolsillo, llevaban peines y espejos los cortesanos del siglo XIV, y esta moda duró hasta el tiempo de Molière, como puede comprobarse por la escena tercera del *Impromptu de Versailles*. Los que reproducen los grabados tercero y cuarto,

como los restantes, menos el litúrgico de Reims, son de nuestra colección.

El primero, todo de boj, sin incrustaciones de concha ni de asta, como suelen tenerlas los de su época (1615), puede presentarse como un modelo de *peine amatorio*: símbolo y letrero. Además de sus primorosos calados, tiene en el reverso un medallón floral, y en el lado que está á la vista, el símbolo, compuesto de un brazo vestido de manga de farseta, justa, de dos colores y corrida de botones, empuñando un dardo con el que va á traspasar un corazón. El mote, completado en ambas partes, dice: *A mi señora Francisca.*



1790.— PEINETA DE LABOR FILIPINA Y GUSTO ITALIANO DEL RENACIMIENTO.
Es de marfil, pulcramente labrado y de una pieza.

El otro (pág. 130) es también de boj, con incrustaciones de asta negra. Los calados son más abundantes y primorosos que los del descrito anteriormente, y su tamaño es también mayor. En la parte opuesta á la reproducida, hay un espejo de vidrio del mismo tamaño que el rectángulo del medallón.

Sus dos figuras están ataviadas al gusto fachendoso de aquella época, en que desde la cabeza al calcañar imperaba, en la indumentaria de ambos sexos, la más risible fantasía de lo feo. Este peine es francés, y no lleva dedicatoria ni inscripción alguna.

Desde las épocas señaladas hasta el siglo XVIII, continuó el uso de esos peines artísticos: fueron escaseando los litúrgicos desde el año 1530, y ya en el de 1650 eran rarísimos; en cambio, los que en sus relieves llevaban esculpidas escenas de caza, de guerra ó galantes, tanto en España como en Francia, Alemania é Italia, produjéronse en abundancia y, como hemos dicho, exquisitamente primorosos.

No queremos extender estas apuntes, quitando espacio á las que de la peinetas vamos á coleccionar.

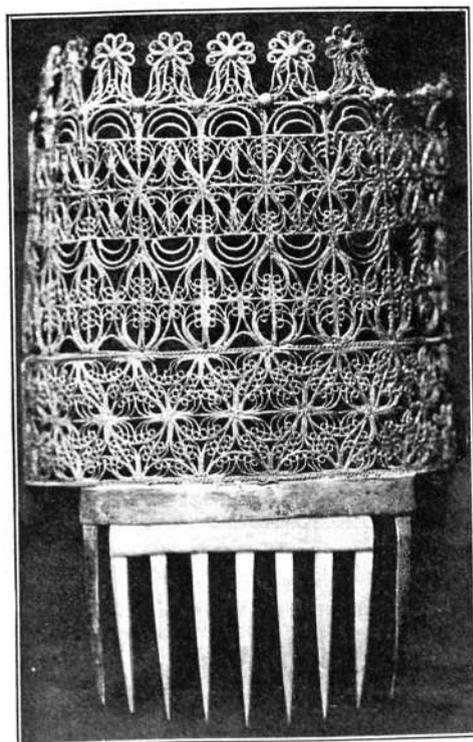
Sin el temor de echar luego de menos el que ahora empleáramos tratando del peine, podríamos todavía decir algo, y por cierto no desprovisto de interés, acerca de las modernas evoluciones por que ha pasado este utensilio.

El peine de dos órdenes de púas es ahora la sencillísima, la prosaica *lendera*, sin el menor indicio de arte, sin el más sencillo recuerdo de su buen gusto y esplendor.

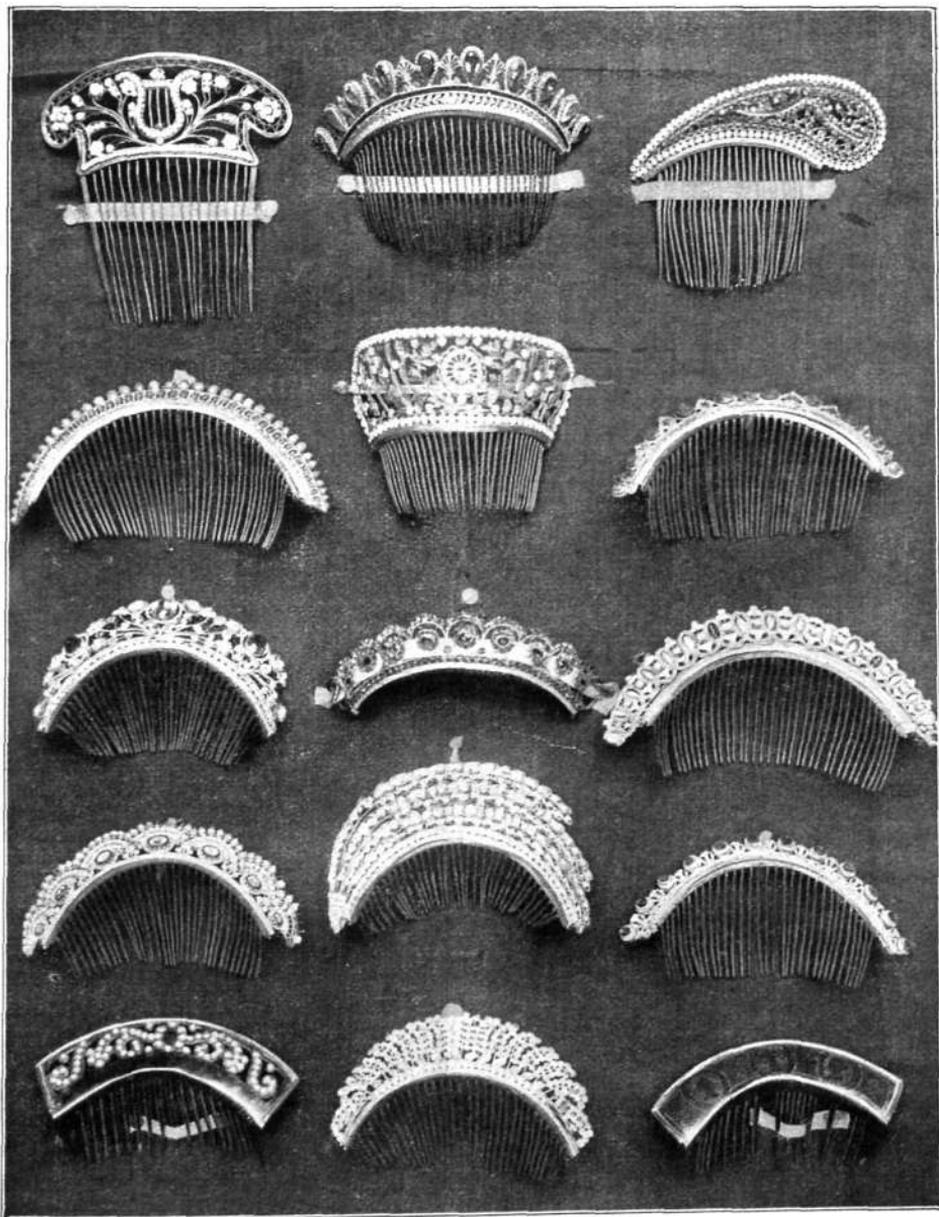
El peine más común para el tocador de hombres y mujeres es sencillamente un eje, con los dos órdenes de púas (gruesas y delgadas) puestas á un solo lado, y se llama *batidor*. Fabricase de concha, de asta, de caucho, de celuloide, de aluminio, de acero, madera, marfil y hasta de cristal.

Son más apreciados, naturalmente, los de concha.

El tamaño de una concha oceánica varía desde 9 hasta 80 centímetros, y su



1790.— PEINETA CORDOBESA, de filigrana de plata con púas de hueso. La labor de la teja, desde el remate hasta el comienzo de las púas, mide 22 centímetros.



PEINETAS ESTILO DEL PRIMERO Y SEGUNDO IMPERIOS
(1800 á 1860)

Importadas á España sin variación alguna, todas ellas son de pedrería y la última decorada con lacas y oro. Por el orden en que están en el grabado, en sus monturas de plata dorada tienen engarzadas perlas, topacios, esmeraldas, coral, estrás, medalloncitos de mosaico primoroso, amatistas, esmeraldas, camifeos, brillantes, medias-perlas y cristal de roca pulcramente tallado.

espesor desde 2 hasta 5; cuesta 50 francos el kilogramo, y se necesitan tres para producir uno de peines elaborados. Con estos datos podrá calcular el curioso y desocupado lector, el por qué los

peines de concha escasean tanto; y hallará la razón de por qué la industria moderna se ha dado tal maña en imitar el *carey*, hasta el punto que precisa ser muy inteligente en la materia para po-

derlos distinguir con seguridad de los auténticos.

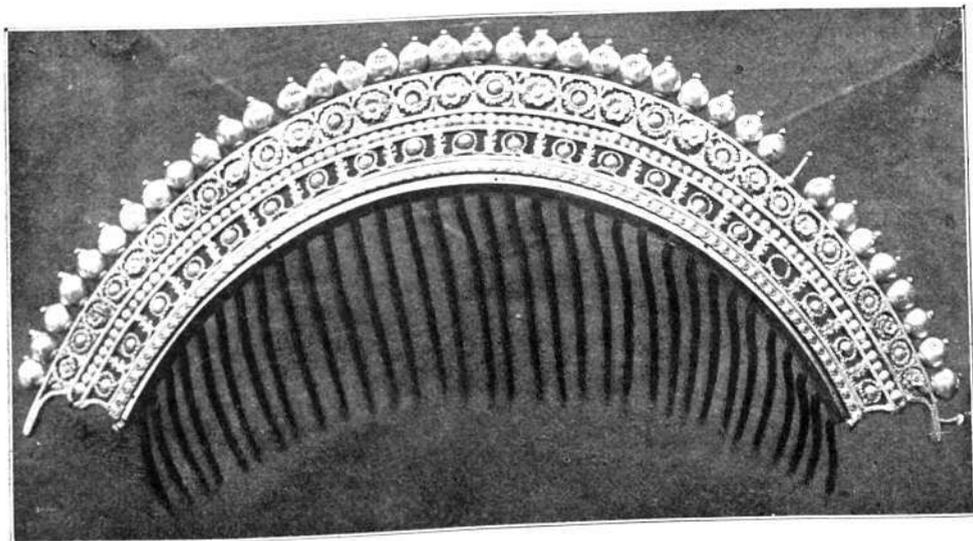
La imitación se hace sobre cuerno transparente, pintando las manchas con una mezcla corrosiva de minio y potasa cáustica. Es una industria importantísima, constituyendo la venta de cuernos de buey un ingreso de gran valía.

La casa moderna que mayores cantidades de asta suministra es la de *Fray-*

Bentos et Company, la misma que elabora el extracto de carne Liebig.

* * *

Si hemos aceptado que el peine, al fin y al cabo objeto útil y hasta necesario, fué invención femenina, con mayor razón hemos de admitir que fué idea de la mujer cuanto inventó y compuso sólo para adorno de su cabeza.



1810.—DIADEMA DE PLATA DORADA, CINCELADA Y CON PERLAS BLANCAS.

Es de una labor de orfebrería delicadísima, haciéndola su sabor clásico, tan bien entendido y bien resuelto, un ejemplar tipo del más depurado gusto de la época. Mide unos 12 centímetros de largo.

De todo lo que sobre ella surtió la moda para completar el peinado de los cabellos, realizándolos con diademas, joyas y alfileres, la actual peineta es lo que ha quedado de rigor en los tocados femeninos; y como queremos dar algunos datos concisos, breves y sencillos, sin entretenernos en más enrevesadas disquisiciones de indumentaria, no comenzaremos divagando acerca del peinado griego, romano, bizantino ni visigodo, sino que reduciremos nuestro discurso á más modestos límites y á más modernos razonamientos.

Las griegas y romanas usaron peinetas de metal, de concha y de marfil, pero no llegaron á generalizarlas ni á concederlas la importancia que á los adornos que ponían sobre la frente. Dice Petronio que entre sus coetáneos era convic-

ción arraigada la de que una frente descubierta indicaba vejez, porque el tiempo desnuda las sienas, y que el *frons mínima* era signo de juventud.

Ante tan autorizada opinión, hemos de creer que los griegos idearon la venda de lino, llamada *nimbus*, y el *estroffio* ó cinta de lana, con el solo propósito de rejuvenecerse, siquiera en apariencia.

El *nembé* (cerquillo sobre las sienas), la *anadema*, la *diadema*, la *caliptra*, la *tholia*, detalles fueron todos de la indumentaria clásica, que luego copiaron los demás pueblos de Europa. El *reticulum* de los romanos no era otra cosa que la *cryphala* griega, y ésta sólo una variante, lo que pudiéramos llamar el reverso, del *sphendons*, precursor de la *mitella*.

Las romanas fueron mujeres de inagotables recursos para aderezar y embe-

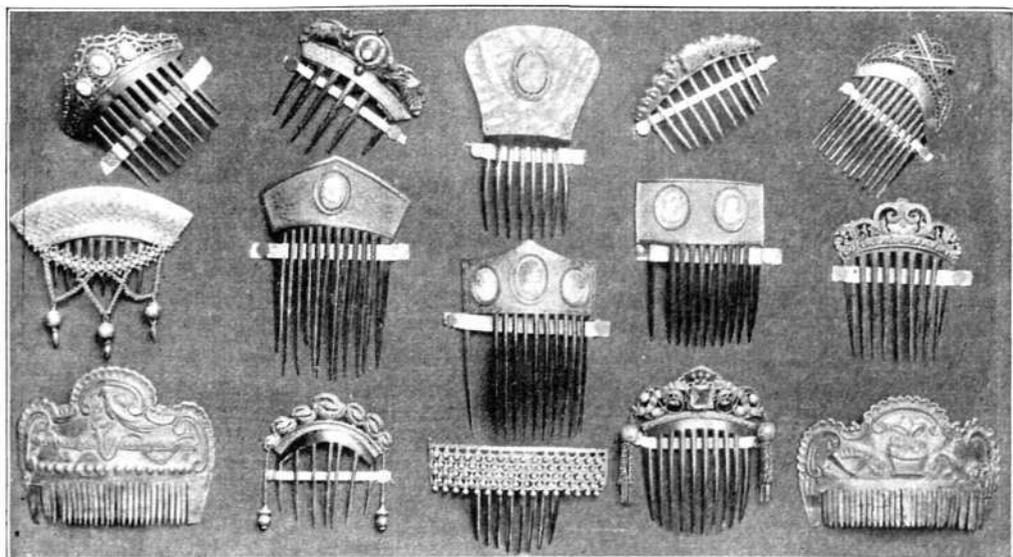
llecer el tocado de sus cabellos; y ya aprisionándolos dentro de redcillas de seda recamadas de oro, ya trenzándolos con vendillas de sirgo y púrpura, ó bien cobijándolos bajo turbantillos con medias carrilleras, prestan siempre gran atención al arte de peinarse.

Bizantinos, visigodos, románicos y merovingios tomaron de griegos y romanos detalles de indumentaria, que en sus evoluciones inevitables conservaron

siempre como un recuerdo el origen que remedaban.

Existe una miniatura en que aparece Haroldo el danés, con su mujer y la reina Judith, y éstas llevan *diademas*, que no son más que *frontales* abigarrados de ostentosa pedrería.

A mediados del siglo XII el tocado mujeril hubo de alcanzar tan desmesurado fausto y tal exageración de trenzas, bucles y moños, con el consiguiente ade-



1810.— PEINETAS DEL IMPERIO, DE ORO, PLATA DORADA, PLATA, ACERO Y NÁCAR.

No es preciso señalar cuáles sean las más típicas; sus camafeos les imprimen un carácter tan peculiar que basta verlas para no confundirlas con las otras, remembranzas de aquel estilo francés.

rezo de aditamentos de oro y pedrería, que Gregorio XI, en el Concilio de Lyon, condenólos sin rodeos, y en 1154 Juan de Vicenza, calificándolas con acre y acerba frase, culpó á las hembras que adornaban su cabeza con joyas y guirnaldas.

Sería cosa de no acabar en algunos cientos de páginas, si quisiéramos ir siguiendo las evoluciones, altibajos y vicisitudes por que han pasado los detalles del peinado femenino. Y como no es tal el objeto de estas breves apuntaciones, prescindamos, como hemos convenido, de husmear en épocas de las que no hemos de reproducir documentos gráficos y ciñamos nuestra atención al renacimiento de la peineta, con carácter propio y verdadera importancia histórica.

En las cortes de María de Médicis y de Luis XIII, tanto como en las de Leopoldo de Alemania, de Isabel de Inglaterra y de nuestro Felipe III, parecía como si la indumentaria, divagando en creciente descompostura, no encontrara asiento ni descanso en nada serio, discreto ni estable. Así inicióse un verdadero concurso de exageraciones, hasta encauzarse en blanduras afeminadas y en lujos desmesurados. Que fué, por cierto, bien discutible encauzamiento.

Cada cortesana ideaba una moda nueva: todas querían que prevaleciese su capricho.

Margarita de Valois iniciaba en Francia la de teñirse los cabellos de rubio, cosa que habían ya practicado las roma-



1815.— PEINETA DE RÍQUÍSIMO CAREY, adornado de relieve gótico y con la siguiente inscripción: «En el variar consiste el placer.»

nas, mezclando con su pelo trenzas y rizos postizos que se vendían á buen precio y tenían en gran estima, sobre todo si procedían de Germania.

La moda de la Valois duró hasta 1627. La corte francesa disputaba su predominio á la española, y en cuanto á frivolidades de indumentaria y á detalles del *savoir-vivre*, llegó á imponerlos á toda Europa.

La corrupción cortesana iba acentuándose rápidamente, preparando los esplendores de la corte del Rey-Sol y revistiéndolos de cuanto superfluo pudiera imaginar la inventiva más refinada de la mujer más desocupada del mundo.



1815.— PEINETA DE CONCHA OPACA, CALADA EN PRIMOROSA CRESTERÍA.—Es de tamaño colosal, como puede verse comparándola con la que tiene al lado, que es una peineta usual.

Sieur de Courval, en unos versos dedicados á la propia María de Médicis, dice que las damas de su época, sin contar los untos y mejunjes con que embadurnaban su cabellera, usaban en su apoteósico tocador:

*Eaux qu'on alambiquait, pour laver le visage;
Des lis, de nénufar, de concombre sauvage,
Des fèves, de bouillons et de jus de limons,
Graine de psyllium, semence de melons,
Pour effacer du teint les taches apparentes...*

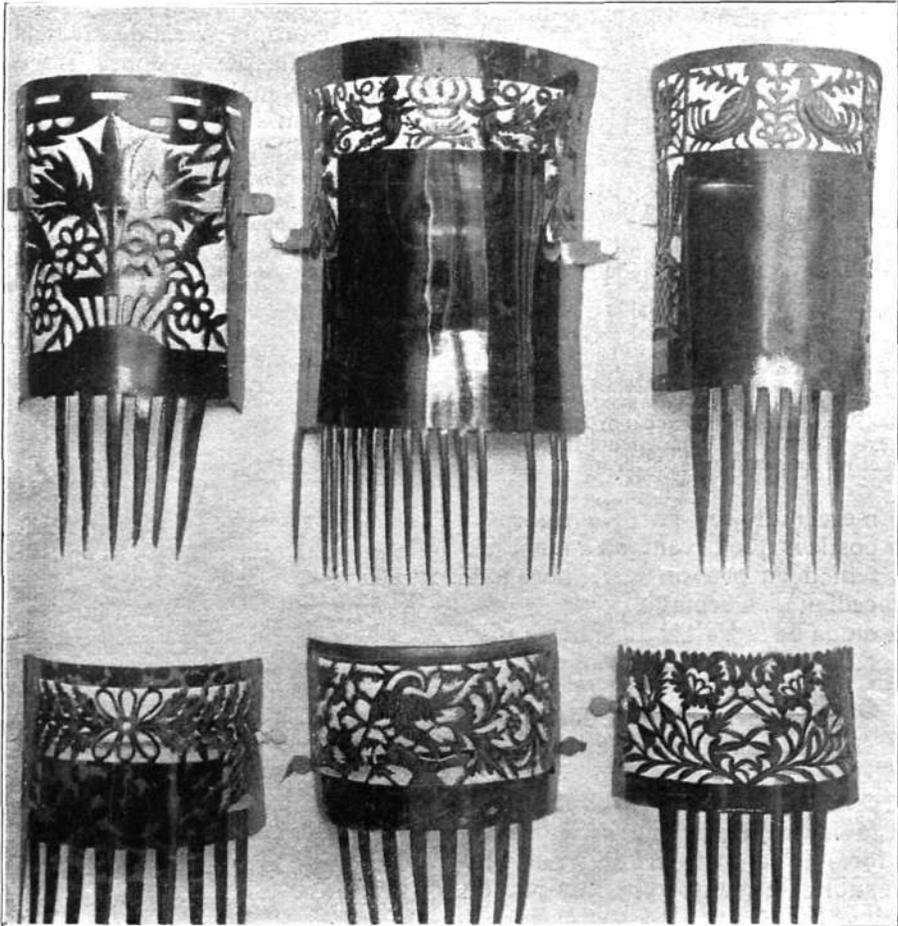


1820.— PEINETA DEL PRIMER IMPERIO, de concha rubia y finísima labor, cincelada y calada.

Por su parte, las damas españolas no eran más parcas ni circunspectas en el arte de afeitarse el rostro y peinarse el cabello.

A pesar, sin embargo, del proverbial orgullo de nuestra raza, no pudieron substraerse á la influencia francesa, si quiera fuese en lo superfluo y vicioso. Prueba bien manifiesta de esta influencia es la coincidencia de aparecer en España la mantilla garbosamente levantada por peines de teja, á la sazón en que mayor era el éxito del peinado francés que llamaban de *fontange*.

En la corte de Luis XIV brillaba por su hermosura mademoiselle de Fontanges, que fué quien inventó el tocado de



1820 á 1830. — PEINETAS DE TEJA.

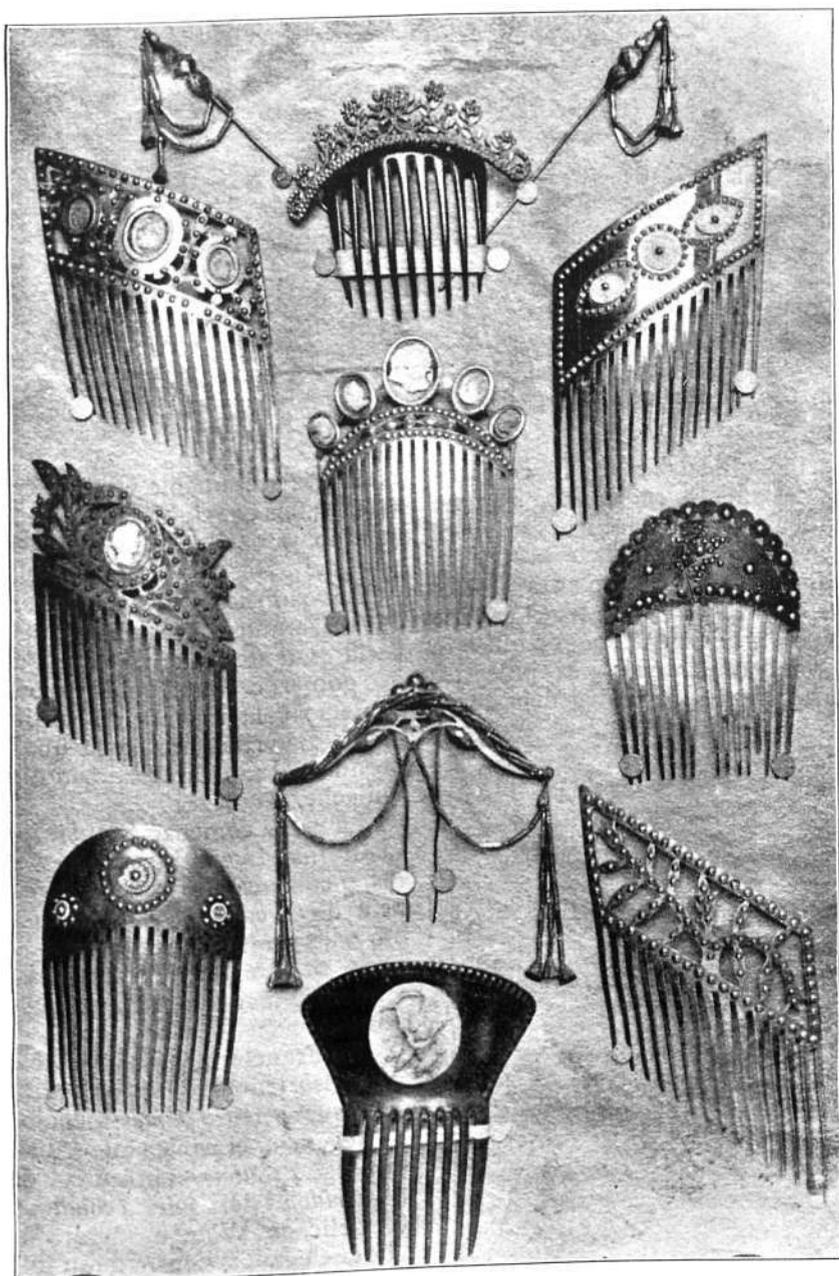
Las más en uso de estas peinas, genuinamente españolas, son lisas: naturalmente, fueron más apreciadas las caladas, tanto por su rareza como por su valor artístico. La mayor de las aquí reproducidas es de labor italiana; las otras son españolas, y muy típicas las tres de menor tamaño.

su nombre, formado por un bonetillo adornado por un arrugado de blonda, plegado en forma de rayos, y de una altura considerable, que se levantaba sobre la cabeza, pres-tándole ciertamente elegancia y gallardía, pero no pudiendo sus-traerla un *cachet* de frivolidad que, lo reconocemos, estaba muy en su sitio. Con peina-dos *fontange* están re-



1825. — PEINETÓN ITALIANO, de cuerno aconchado opaco, con calados y relieves.

tratadas en lienzos ex-quisitos que se conser-van como obras maes-tras (aunque á tanto no llegan algunos de ellos) la favorita Mme. de Maintenon, la princesa viuda de Conti, la du-quesa de Borbón, las señoritas de Chartres y de Loisson, la con-desca de Egmont y tan-tas otras cabezas de frí-volas y habilísimas cortesanas. Boileau llamaba á ese tocado:



1820 á 1835.— PEINETAS DE ACERO PULIMENTADO, CON MEDALLONES, RELIEVES Y CAMAFEOS. De los medalloncitos, muchos de ellos son atributos amorios, y algunos, emblemas religiosos.

altière fontange. Acá en España cuajó poco, y la imitación á que hemos aludido arraigó más en las mujeres de alegre existencia que no en las aristocráticas.

De todas maneras, el levantar la mantilla con la peinetas de teja fué coinci-

dencia bien rara, si es que no fué más imitación que coincidencia.

Mayor éxito tuvo en nuestra tierra el peinado con bucles á la *Seviñe*; moño con tirabuzones laterales y profusión de trenzas encintadas.



1825.—Peinetas napolitanas, de cuerno aconchado la segunda.

La peineta, de uso corriente entre las mujeres del pueblo, continuaba siempre de teja rebajada, sin adquirir verdadera importancia artística.

De un lado las prohibiciones *proteccionistas* de Felipe V, de otro el arraigo que la subida de los Borbones quisiera imponer del traje francés, y las protestas que de las modas de la Regencia logró

exteriorizar el pueblo español en los primeros años del siglo XVIII, fueron de lamentables vacilaciones y de continuo divagar.

Los *rufianes* y los *caballeros*, yendo del brazo unos y otros hacia «la truhanería andante,» excitaron la suspicacia del gobierno sobrevenido y postizo, y desde 1716 la manera de vestir fué un modo de protestar, hasta que llegó á producir el tan cacareado motín de Esquilache.

La peina comenzó á tomar incremento alternando con ingerencias extranjeras, y comenzando con la *caramba* y el peinado de *corneta*, y el *manto de medio ojo* y los sombreros de plumas, una especie de competencia sistemática, sin tendencia marcada hacia un gusto determinado.

En Francia la moda andaba todavía más desorientada que por acá.

Aquel célebre *panier* iniciado durante la Regencia, el *panier* que Luis XV llamó *cage-à poulets*, el precursor del *panier à gueridon* y del *panier à coudes*, á los que el delicado Wateau lograra imprimir cierta elegancia dentro de su misma exageración *jansenista*, puede calificarse de «pollera de concupiscencia, jaula de vicios refinados.»

El peinado, que se había mantenido bajo desde 1660, comenzó á crecer desde 1715, y en tiempo de Luis XVI llegó á adquirir proporciones gigantescas.

Mademoiselle Rosa Bertin, llamada con razón *el ministro de Modas* de María Antonieta, no daba paz á su inventiva



1829.—Complemento indispensable del peinado de la época, fué la alta peina, de primorosos calados con grabados y relieves. En esta época se acentúa el crecimiento de la peineta, con tal rapidez, que un año más tarde ya eran de uso corriente los colosales peinetones.



1830.— Peinetón italiano, de cuerno opaco.

en cuanto á idear excentricidades. Justo es confesar que súpolas señalar con un sello gracioso; pero no es menos cierto que sus *creaciones*, al ser imitadas, dieron lugar á exageraciones lamentables, que desde la *frisure à la physionomie* hasta poner encima de la cabeza algunas libras de hilos de perlas, cintas, plumas, flores, cestos y hasta navíos; granaderas de bucles y guirnaldas, remedos de jardines y fortalezas, hacían de la mujer vehículo de cuanto monstruoso y extravagante pudiera concebir el mal gusto más desquiciado.

Nuestras petimetras y damiselas no llegaron á tal exageración; pero, con todo, no sacudieron por completo el influjo de esas modas exóticas y desquiciadas, y así las damas de Carlos III ostentaban tocados á la *turca*, á la *polaca* y á la *medusa*, recargándolos con moños chines-



1830.— Peinetón de asta aconchada, de exquisita labor de calado y grabado, con sabor persa italianizado; es de muy buen gusto decorativo.

cos, bucles á la griega, piochas, talismanes, flores, cintajos, cofias de blondinas, aderezos de pedrería, y bambalinas de aljófares y de perlas.

La Revolución francesa había de barrer todo eso. Pero bien puede decirse que barriólo sin quitar el polvo, y que de esa exageración cayóse en la opuesta.

Ante la inverosímil demagogia de los descamisados y *sans-culottes*, las damas, por miedo ó por convicción, significaron su patriotismo (un patriotismo patriotero) ostentando escofietas á la Ciudadana, gorras á la Bastilla, vestidos á la Constitucional y batas á la Patriota.

Todos los detalles de la moda llegan á ser grotescos. Los hombres con el pelo desgrefñado y las mujeres «brotando me-



1830.— Tocado de la época de la Restauración, con peineta de concha con relieves y calados.



1830. — Peinetón italiano de asta, calado y grabado.

chones de crines á la *garçon*,» eran de lo más desgalichado que pueda verse.

La reversión á la túnica de los romanos fué otra de las *novedades* indumentarias de la Revolución.

Las *merveilleuses* creyeron que era poco el desbarajuste imperante en aquellas desatinadas maneras de ataviarse y buscaron en los vestidos livianos la manera de desnudarse.

Entonces fué cuando reverdecieron las túnicas al estilo Cliso, Galatea y Safo. Entonces cuando la peluca, ya entronizada desde los comienzos del Directorio, llegó á adquirir significación política. La dinastía de peluqueros parisienses, Duplan, antiguo criado de Talma, Leonard, Larseneur, Rey y otros, rivaliza en inventiva extravagante; así crearon peinados á la *española*, de *crochets-sur-l'œil*, á la *Venus*, á la *Caracalla* y á la *Aspasia*, todos ellos ornados de peines poco voluminosos.

En los días del Terror se prohíben las pelucas rubias. *Une nouvelle secte vient de se former á Paris, jalouse de se reunir aux contre-revolutionnaires, et des femmes éventées s'empresent d'acheter les cheveux des jeunes blondins guillotines et de porter sur leurs têtes une chevelure si chère*, dice Payan en la tribuna comunal, y ello parece que ha sugerido la prohibición.

Pero cátrate que muy luego se averigua que Payan hace la parte de Mlle. de la Demailly, y he aquí que los postizos rubios se convierten en manifestación de protesta, y rubias son las doce pelucas de Mlle. Lepelletier Saint-Fargeau, y

rubias las treinta de Mlle. Lange y las treinta y siete de Mme. Raquet.

Justo es confesar, y así precisa decirlo, que en España el gusto femenino no se manifiesta tan inquieto ni tan susceptible de metamorfosis, y que nuestras *preciosas ridiculas* ni llevan *pelucas azules* como las parisienses ni mucho menos aditamentos de cabellos de ajusticiado, por rubio que fuese el proveedor de tan macabro y postizo adorno.

Los esperpentos revolucionarios no repercutieron en nuestra patria hasta el punto de hacer olvidar lo castizo; antes al contrario, nuestras *majas* ponían especial empeño en preferir una airosa mantilla, realzada por una peineta de asta ó de concha, que no una escofieta, siquiera fuese ésta de las tan graciosas llamadas de *fandango*.

Las damas encopetadas cedieron más al gusto francés que las majas y manolas. A últimos del siglo XVIII eran muchas las aristócratas que cubrían sus peinados franceses con sombreritos á la *vergonzosa* y á la *dormilona*, exóticos también.

El ingenioso escritor don José Sommoza (1781), en las páginas de sus Memorias, entre otras cosas sabrosísimas dice que al volver de la comedia las personas de calidad, empleaban tanto tiempo en despojarse de sus complicadas galas como el que habían gastado para adornarse de ellas. Y añade que «mientras se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizón y la escofieta, en la frente de su esposo se des-



1830. — Peineta de concha opaca, con calados y grabados.



1832.—PEINETA DE CAREY CINCELADA Y CALADA.

Está aquí reproducida con el peinado de la época, para que pueda apreciarse tanto el efecto total del tocado como el tamaño que llegaron á alcanzar esos adornos y la gallardía y gracia que prestaba á la cabeza femenina.

truían enormes baterías de rizos, envueltos en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!»

Entonces comenzaron á hacerse peinetas caladas, de labor algún tanto grosera y siempre sin apartarse de la forma de teja, al principio rebajada y luego más esbelta y más atrevida. Las de mayores dimensiones eran patrimonio de las majas, hasta los tiempos de Carlos IV, en que alguna dama de la corte, cuya linda cara ha perpetuado Goya en lienzos y frescos inmortales, osó adornar su cabeza con peine de *carey* encorvado en forma de pluma y medio escondido entre los cabellos. La moda cuajó, y á los pocos días muchas de las damas de la corte, y aun la Reina misma, lucieron en sus tocados ricas peinetas de concha labradas primorosamente.

Tras las vicisitudes del Consulado y con los éxitos del primer Imperio francés, entraron, ó mejor dicho, se impusieron en España las diademas y peines de pedrería.

De ellos se han conservado muchos y muy interesantes: los grabados que acompañan estas apuntaciones reproducen algunos muy variados. Húbolos de oro, plata dorada, plata, carey, asta, marfil, hueso, nácar y acero.

Los más típicos son los de plata dorada, de forma de diadema, primorosamente labrados algunos, hasta llegar á engarzar la pedrería en labor de filigranas.

En cuanto á la naturaleza de las piedras, fueron preferidas el aljófar, los diamantes, perlas, esmeraldas, topacios, amatistas, zafiros y turquesas; muchos se adornaron con corales y algunos con medalloncitos de mosaico.



1832.—PEINETA DE CAREY, CON PEINADO DE LA ÉPOCA (reverso del grabado anterior).

El peinado ha sido dispuesto ex profeso por el inteligente peluquero D. Tomás Cebado, de Barcelona. Es muy notable por su exquisito buen gusto y elegante disposición.



1834.—EL ENLACE DE LOS PEINETONES. (Reproducción de un grabado de la época.)

Esta lámina es la sexta de la colección: *Extravagancias de 1834*, y, como se ve, ridiculiza el exagerado tamaño que habían llegado á adquirir los peinetones. La escena es barcelonesa y el fondo recuerda la antigua plaza de Palacio, por el lado de la Barceloneta.

No fueron pocos, ni de exiguo precio, los de puro estilo Imperio, de bien labrada plata sobredorada que ostentaban ricos camafeos, primorosamente ejecutados y encuadrados en marcos de pedrería; hasta con trece de ellos guardamos algunos muy notables.

Durante ese período del 1815 hasta más allá de mediados del pasado siglo, estuvo en auge la peineta, con sus altibajos como la política; con sus épocas de esplendor y otras de *mediopelo*, y sus decadentismos, que han llegado á despojarla de su carácter español, para darle ese sello francés ó alemán, ese

aire de modernismo que ahora tiene.

Don Ramón de Mesonero Romanos (*Memorias de un Setentón*, pág. 8 del tomo II) dice que «el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha ó pedrería daban á la cabeza cierto carácter monumental.» Esto es indudable; tanto los peines de carey como los de metal prestaban á las lindas testas de nuestras espirituales románticas un aire de cuidadoso aliño y un aspecto aristocrático que las hacía doblemente interesantes.

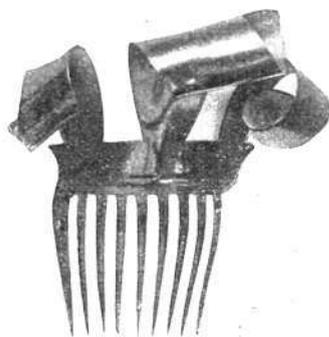
Aquel escritor, *natural y vecino de Madrid*, cita y recuerda la autoridad que en las



1835.—Peinetón italiano de asta amarilla transparente.



1835.—Peineta de lazo, de concha manchada, calada y primorosamente construída. (Su tamaño es de 30 × 20 centímetros.)



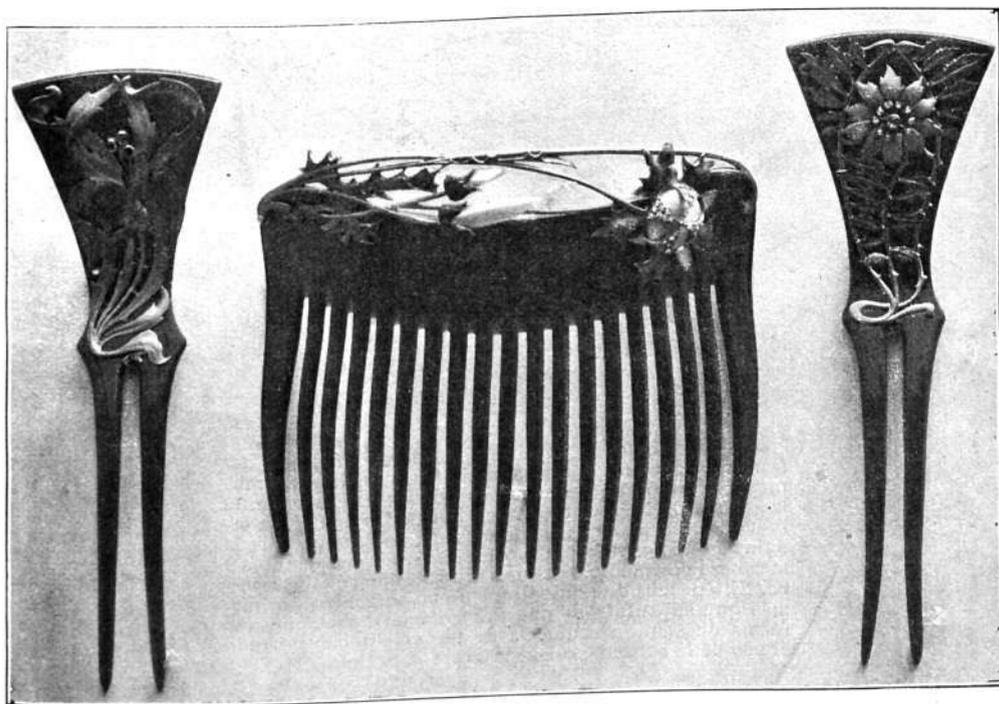
1838.—Peineta de rizo, de cuerno opaco; se llevaba prendida entre los rizos de los cabellos, que la cruzaban, dándole más apariencias de montante que de simple adorno.

modas ejercieron la Paquita Urquijo, la señora de Montúfar, y, entre otras más, las señoras de Cartamina ó Parsent y las de Heredia.

Con preferencia á las peinetas altas de concha, llevábanse en las tertulias las diademas de pedrería, no sólo sobre la

usanza en la fastuosa corte imperial de Napoleón I y algo más tarde, entre nosotros, en la de Fernando VII.

Con la venida á España de la egregia hija de Francisco I de Nápoles, llegaron á tierras de Castilla y de Andalucía unos peines de no escaso volumen, de



1903.—Peinetas del gusto llamado *modernista*. De concha, preferentemente rubia y con caprichosos adornos de oro mate, esmaltes y discreta pedrería. Dominan los esmaltes, sobre todo los verdes. (Los tres ejemplares aquí reproducidos son de la casa Masriera y C.^a, de Barcelona.)

asta imitando concha, muy bien calados y grabados, que fueron prontamente imitados, y con fortuna, por artífices del Avapiés y de Triana.

Fué en los tiempos de Calomarde cuando la peineta comenzó á degenerar en objeto grotesco, y de adorno artístico cayó en risible mamarracho.

Peinetones llamáronse esas peinetas de gran tamaño.

Algunas de las de nuestra colección llegan á medir 28 y hasta 32 centímetros de ancho, y otro tanto de alto. Moda fué ésta más generalizada de lo que muchos creen: satirizada desde su aparición, puesta en ridículo por todos los medios, gráficos, escritos y representados; moda romántica, de grotesca exageración, inconcebible ahora que el gusto en el vestir y ataviarse parece haberse encauzado en cierto buen sentido más reposado y discreto.

Más que todo cuanto pudiéramos ir recopilando nosotros,—y cuenta, amable y

pacienzudo lector, que no es poco lo que de intento callamos,—podrán ilustrarte y entretenerte los grabados que acompañan á estas ligeras apuntaciones. Por las peinetas en estas páginas reproducidas, podrás formarte una idea bastante aproximada de la importancia que llegó á adquirir este útil de la indumentaria femenina.

Nosotros, por solazarte, no hemos hecho más que entrar la *lendra* de nuestra curiosidad por entre el enmarañado tejido de los sucesos históricos. No habremos peinado la madeja de los mil y mil detalles que á la indumentaria femenina se refieren, pero al poner punto final á esta segunda trenza recién tejida, sí podemos decir antes de soltar de la mano el *batidor*:

Peine encorvado, cabello enhebrado.

Luego, ya no queda todo por hacer.

MARCOS JESÚS BERTRÁN.



1838. — Fragmento de una litografía de *Le Moniteur des Dames*. Reproduce la forma inicial de la *capota*. Lo traemos á colación aquí porque esa *forma* es exactamente la misma de la peineta más en boga de la época. La silueta de la *capotita* es la copia exacta de la silueta de la peina á que nos referimos; y ésta se usaba sujetándola á la cabeza por medio de cintas anudadas debajo de la barba. Ello prueba que quien inventó tal sombrero no hizo más que substituir lo que era concha ó asta por una forma de alambre, cubierta de terciopelo, continuando el uso de la balumbosa lazada sobre el pecho.

VIAJES DESPAMPANANTES

DEL

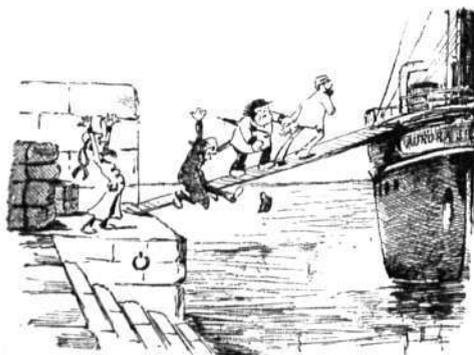
CAPITÁN DARCY



Gastón Darcy, hombre de pelo en pecho, decidió, de acuerdo con el acaudalado judío Samuel Levi, persona de finísima vista para los negocios, explotar los archipiélagos malayos.



Acompañaban á nuestros héroes el sabio doctor alemán Laurencio Koplipmanthen y el naturalista Guillermo Borgondondoloff, corresponsal de la Sociedad Geográfica de Nueva-York, para hacer los ensayos de un nuevo aparato de telegrafía sin hilos, por cuyo medio estaremos al corriente de las peripecias de tan arriesgada expedición.



23. 7. 16,30.

Embarcamos sin novedad *Aurora Silenciosa*. Estibado petróleo; artículo imprescindible necesidad antropófagos, base negocios expedición.—*Corresponsal*.

T. III.



30. 7. 4,59.

Navegación feliz, ocupámonos preparativos caza piratas con liga, procedimiento sabio alemán; desconfío éxito.—*Corresponsal*.



5. 8. 20,4.

Hambre canina, aguza ingenio todos proporcionar subsistencias. Calma chicha imposibilita navegación. Presagio contados momentos existencia.— *Corresponsal*.



6. 8. 10,40.

Arribamos costa fertilísima; según mis cálculos, Continente europeo. Salvados milagrosamente estudios sabio alemán.— *Corresponsal*.



7. 8. 5,20.

Seguridad Continente, dormimos pierna suelta Descansando, emprenderemos viaje ciudad próxima.— *Corresponsal*.



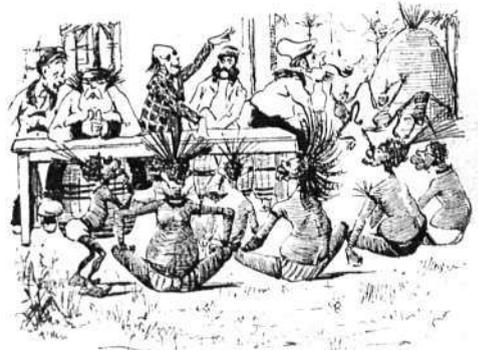
7. 8. 6,50.

Error lamentable. Islas Micronesia. Prisioneros Kolokolos, dulcemente tratados; imposible telegrafiar.— *Corresponsal*.



7. 8. 7,3

Ante perspectiva chuletas de blanco, regocijo inmenso pueblo indígena. Véome estómago jefe tribu. Adiós.— *Corresponsal*.



7. 8. 15,10.

Sabio alemán conferencia magistral sobre trastornos intestinales producidos ingerencia carne europea. Creo imposible convencimiento Kolokolos.— *Corresponsal*.



7. 8. 19.20.

Convencidos antropófagos discurso sabio, tomados semi dioses. Visitamos reina Kolokolos. Recibidos muestras exquisita educación. *Corresponsal.*



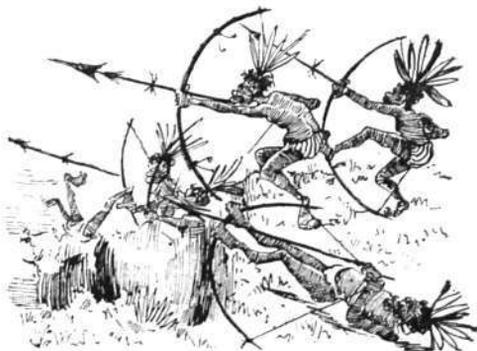
8. 8. 13.26.

Reina Tripunga declara pasión salvaje capitán Darcy. Propone casamiento.— *Corresponsal.*



10. 8. 18.3.

Gran ascendiente tribu. Proclamación sufragio universal. Presentámonos candidatos diputados. Telegrafiaré resultado elección. *Corresponsal.*



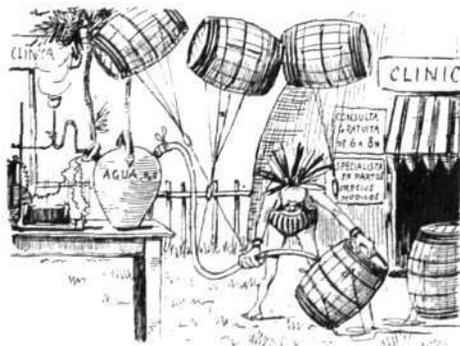
18. 8. 21.10.

Consecuencia triunfo elección, sublevación pueblo. Escapámonos bosque librar pelleja. *Corresponsal.*



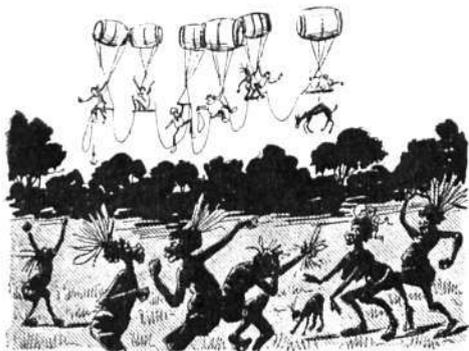
11. 8. 22.3.

Kolokolos siguen rastro cerca; antes de amanecer caeremos manos salvajes.— *Corresponsal.*



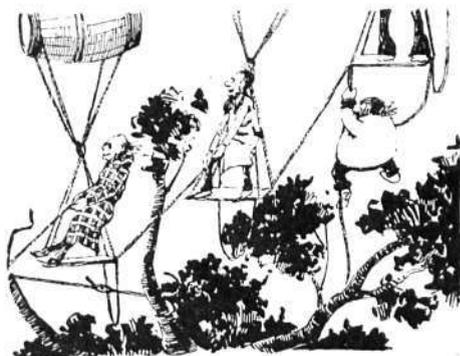
12. 8. 12.9.

Sabio alemán idea sublime. Aplicación química y tonelería á navegación aérea. Desconfío éxito.— *Corresponsal.*



12. 8. 13,10.

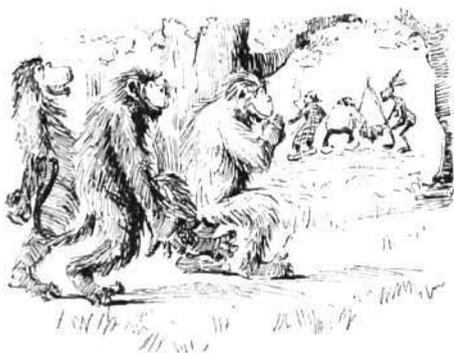
Éxito colosal; evasión tonelostatos llenos hidrógeno. Reina Tripunga nos acompaña. Kolo-kolos paroxismo desesperación.— *Corresponsal.*



19. 8. 18,10.

Siete días navegación feliz, arribamos anoche-
cer, según cálculos míos, Buenos Aires.

Corresponsal.



20. 8. 5,20.

Equivocación lamentable; estamos oasis ferti-
lísimo; seguridad completa; carencia absoluta
de seres humanos. Seguiré telegrafianto; remi-
tan fondos — *Corresponsal.*



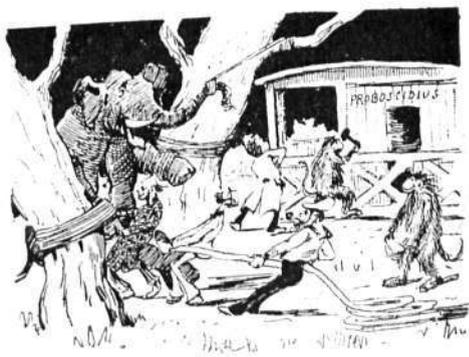
21. 8. 5,3.

Nueva equivocación; terreno habitado chim-
pancés y gorilas enormes. Temo seducción Tri-
punga. Confío fidelidad de ésta. — *Corresponsal.*



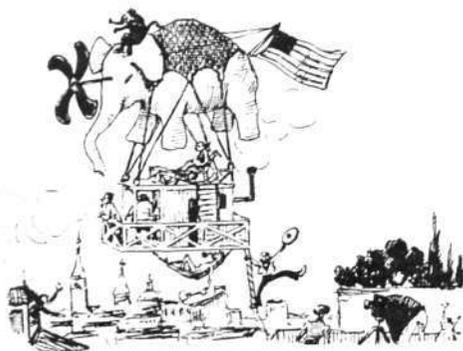
22. 8. 4,3.

Despertar día rapto Tripunga por Makako, go-
rila de malos antecedentes. Cuadrumanos die-
ron coco cabeza sabio, chichón gigantesco.
Corresponsal.



30. 8. 12,10.

Capitán Darcy abatidísimo traición Tripunga.
¡Oh inconstancia de las mujeres! Ocupámonos
fabricación aerostato, próxima partida.
No han llegado fondos.— *Corresponsal.*



7. 9. 14,3.

Siete días navegación feliz á bordo del aerostato Proboscidius. Agiles disponémonos rápido descenso.— *Corresponsal.*



8. 9. 15,7.

Descenso rapidísimo, que hace difícil manejo aparato telegráfico.— *Corresponsal.*



Filadelfia 9. 9. 12,55.

Somos recibidos con los brazos abiertos; reinan animación y entusiasmo indescriptibles. *Corresponsal.*



Filadelfia 9. 9. 13,59.

Acabo visitar miembros Sociedad Geográfica; maravillados descubrimiento sabio, esperan revolución callistas.— *Corresponsal.*





Cruzada de Amor

NOVELA DE LOS TIEMPOS MEDIOEVALES

POR

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO IV

DE LO QUE OCURRIÓ EN LA HORA DEL ALBA

Godofredo, que si era avisado en el pensar no era tarde en el hacer, salió de su cámara, atravesó los largos y lóbregos pasillos, solados de grandes planchas de nogal, que á su paso rechinaban tristemente, descendió la gran escalera familiar y solariega, y fué á parar al camaranchón en que los servidores dormían. Un vaho caliente y no muy agradable tufo vino á darle en las narices, avezadas á más finos y regalados olores. Mas no por eso torció su ruta y designios, antes al contrario, siguió con más priesa y decisión, como si aquellos ingratos perfumes de acicate le hubieran servido. Encaminóse al lugar en que Pipolín dormía para despertarle, y éste, irguiéndose tan pronto como sintió á su dueño, dió principio á la tarea de vestirse y calzarse, tarea á que dió remate en muy breve tiempo. Subieron entrambos á la cámara del príncipe, y allí dió éste muy apresu-

radas órdenes, que Pipolín adelantóse á cumplir diligente y desapareció al efecto.

Quedóse de nuevo solo el de Rudel, y empezó á pasear en su estancia con la misma agitación que antes. Cogió el papel en que hubiera escrito sus versos y leyólos en alta voz, con rendido tono y muy tiernas inflexiones. Ya finiquitados tornó á leerlos otra vez, y otra, hasta siete, pues en la labor se le acrecentaba el cariño, y encontraba una suerte de contentamiento en pregonarlo en versos rimados. Pero, como parase mientes en ciertos extremos que en ellos constaban, quedó un tanto perplejo y confuso. No era que su valor tan jactado en aquellas estrofas, vacilase un ápice ante las aventuras apetecidas; su corazón en tal momento juzgábase capaz de llevar á cabo tales y más estupendas hazañas. Lo que en aquel punto le traía á mal traer, y le devanaba los sesos, era una singular promesa que en la segunda estrofa hacía:

Hasta su trono seguiré el camino
con hábito y bordón de peregrino.

Y puesto ya en el duro trance de emprender su marcha, parecíale harto más difícil la tal empresa de lo que al escribir sus versos se figuraba, tanto más cuanto que ya había dado la orden de ensillar su caballo alazán, el más arrogante y recio. Pero el buen juicio y atinado parecer vencieron en tal ocasión sus vacilaciones y decidió en consecuencia comenzar á caballo su largo viaje, ya que el decoro y buen nombre de los príncipes y magnates aconseja no volver atrás en las órdenes que á los servidores se dan, y teniendo en cuenta asimismo que ciertas frases que en verso se profieren, son licencias poéticas, que ni el mismísimo Horacio las juzgaría de necesario cumplimiento. Acalláronse con esto las dudas del escrupuloso Godofredo, y ya tranquilo y sosegado su espíritu en este respecto, empezó á verse poseído de otras pasiones no menos revueltas y furiosas que las anteriores, como es la de impaciencia. Los minutos que pasaban hacíanse siglos en el durar, y su corazón sufría con la tardanza como amorador que espera la hora de la cita. A punto estuvo de darse violentamente á la cólera, bien á pesar de su mansa y pacífica condición, y hubiera caído en tan bajo proceder á no llegar Pipolín, para decirle que todo estaba cual era el designio de su señor. Caló entonces su bonete, requirió su largo manto y bajó hasta la puerta de su castillo. Allí aguardábale su brioso caballo alazán, enjaezado y pronto á la jornada, junto á un otro caballo menos brioso y arrogante, destinado á Pipolín, y un mulo que cargaba los equipajes del príncipe. Sosteníanles con la diestra mano sendos servidores que permanecían inmóviles, humildosos y feudales, y muy cerca el mayordomo, con el casquete en una mano, mostraba su cabeza anciana, á entrambos lados de la cual, sobre las orejas, pendían los seniles mechones cenicientos. Acercóse á él Godofredo, y dióle minuciosas órdenes y disposiciones para guardar en su ausencia, cabalgó luego sobre el trotón alazán y partió seguído de Pipolín y el cargado mulo.

No era concluída aún la hora del alba. La aurora extendía por el cielo sus pálidas rosas, y asomaban por el Oriente

los rubíes engarzados en oro de la corona de Apolo.

CAPÍTULO V

DE LA PRIMERA AVENTURA QUE Á NUESTRO HÉROE LE ACAECIÓ

Cuando Godofredo, henchido el ánimo de cuitas, pudo verse ya lejos de su castillo, elevó los ojos al cielo, y llevando entrambas manos sobre su corazón entonó un gran himno de gracias á Jesucristo, que tan gran merced le hubiera concedido, cual es la de mostrarle el lugar y paraje donde su muy amada Melisenda, tanto tiempo presentida, se encontraba. Un gran fervor é inesperada fe le inflamaba el pecho y amortiguaba un tanto el furioso despertar de sus ansias amorosas; y así, venía á encontrarse en la más peregrina y apurada situación en que amor alguno se hubiera encontrado. De una parte, su fervor y fe decíanle que muy pronto vería á la dama de sus pensamientos; de la otra, su gran amor tornábase desconfiado, que es achaque corriente en pasión tal, y hacíale mirar de muy temerosa manera las penosas y largas jornadas, las peligrosas aventuras que pudieran sobrevenirle, y hasta la anhelada correspondencia de la desconocida hermosura. De esta suerte su alma, con más rapidez que un sutil juglar, saltaba desde el gozo extremado hasta la extremada desesperanza y tristura. Y á tal punto llegaron su ensimismamiento y cavilación, que durante todo el primer día de su viaje permaneció mudo, absorto, sin que en los bellos parajes que transitaba parase mientes, ni un bocado de pan demandase para sustentar su cuerpo.

Pipolín, mirando la hosca catadura de su señor y atendiendo á su pertinaz mudéz, pensó para su sayo, muy acertadamente, que no era ocasión aquélla de burlas y bufonadas, y no fué errado su pensar á mi fe, que las trazas antaño divertidas, hubieran hogaño movido al atribulado Godofredo más á la cólera y enojo que á la risa. Y ésta fué causa de que el bufón, más que tal, pareciese escudero.

De este modo el príncipe y su bufón, seguidos del sosegado mulo, llegaron á



una venta ó albergue á la hora en que anochecía. El ventero, que al ver la magnificencia y porte del caballero olió los buenos dineros que de la estancia en su casa podía quedarle, lo llenó de agasajos y cumplimientos que Godofredo recibía sin atenderles, ya que su ánimo muy lejos estaba de las bajas cosas de este mundo, y que, aun cuando fuese su sentido despierto para percatarse de ellas, su calidad de gran señor impedíale agradecer y estimar lo que en todas ocasiones de derecho se le debía.

Dirigióse Pipolín á acomodar las bestias en el establo, y luego con más que regular priesa á la cocina, en donde dió fin en menos que canta un gallo á cuantas viandas le sirvieron, ya que en todo el día no hubiera catado ni un mendrugo.

Condujeron al príncipe á una desmantelada pero espaciosa estancia, que era la mejor que en la venta había, y preguntáronle qué era lo que el cuerpo le pedía para yantar. Mas él no quiso probar bocado, que es la pasión de amores de tal índole, que del cuerpo ahuyenta cualquier otro apetito. Quedóse á solas con sus dudas y amorosos cuidados, y como sintiese su cuerpo más que molido por efecto de la jornada y de la noche anterior, pasada en claro, acostóse en el lecho no muy blando y mullido que el ventero le hubiera deparado, recitó con voz entrecortada las estrofas por él compuestas y entregóse, á la postre, al sueño, pensando en su muy amada Melisenda.

Al rayar el alba del siguiente día, ajeno y libre de pereza, que son señuelos para el espíritu torpe, con grande diligencia y premura levantóse el príncipe, presto ya á seguir su jornada. Como si durante la noche hubiera tenido dulces sueños de benéfico augurio, su alma estaba limpia de vacilaciones y sus cuitas borráronse en un punto, anegándole el pecho en confiada esperanza.

Pagó su hospedaje abundantemente, aunque no tanto como el avaricioso ventero hubiera deseado, y emprendió de nuevo su viaje.

Era el tiempo claro y bonancible, y los parajes que recorrían de singular belleza. Pipolín, al ver desarrugado el ceño

de su señor, sintió que algo se le desapretaba en el pecho, y dióse lleno de júbilo á su oficio de bufón, profiriendo decires, que él juzgaba de gran donaire y de singular contentamiento para su señor. Y lo cierto es que éste los escuchaba complacido, que aun los más discretos y agudos ingenios gustaron de bufonadas, sin que tal afición redundar pueda en su desdoro.

En esta forma caminaron durante varios días haciendo noche en las ventas y mesones, y cuando no al raso, pues dicho queda que el tiempo era bonancible, y las noches eran no frías y sí estrelladas. Y con el fuego de amor que le abrasaba las entrañas, nunca se hubiera visto atacado Godofredo de fríos ni de inclemencias.

Cuando en el curso de su viandanza daban en algún lugar deleitoso, apeábase Godofredo de su cabalgadura, sentábase á la sombra regalada de cualquier árbol corpulento que cerca se hallase, y allí, acariciado por las auras aldeanas y silvestres, entregábase á la tarea de componer versos en loor de su dama.

Pero ocurrió que al quinto día de su viaje y según caminaban, ya bien entrada la mañana, distinguieron á lo lejos tres hombres que en sentido contrario venían del en que ellos cabalgaban. Cuando se hubieron acercado un corto trecho y pudieron examinarlos á su sabor, Pipolín, que no las tenía todas consigo, exclamó poseído de pavura:

— ¡Oh mi señor!, huyamos sin topar con tales gentes, que bien á las claras dicen por su porte y manera ser malhechores.

Tranquilizóle Godofredo, que de ánimo valiente, no sentía en su corazón zozobra alguna, mas Pipolín tornó á sus temores y cobardías, dándoles salida en plañideras lamentaciones.

— Míreles bien su señoría, mírelos y verá por las sus cataduras y hábitos que son esos desalmados bandidos que los caminos asaltan, roban, hieren, con más encarnizada furia que las silvestres alimañas, y que en los países del Mediodía les llaman *los malos mozos*.

Mas fueron inútiles sus razones, porque no había dado aún cabo de ellas,



cuando los tres hombres que en contraria dirección venían, cerráronles el camino de no muy cortés manera, y les intimidaron con rudas amenazas, desnudas y al aire sendas espadas, de esas que llaman brabantesas por ser á la usanza de Brabante, cortas, anchas y de muy sutiles filos, á que entregasen cuanto de bueno llevaran.

No se había equivocado Pipolín en sus vaticinios. Los tres individuos que en tal forma se presentaban, eran cierta clase de bandidos de la Provenza, denominados *los malos moços*. Llevaban los

tales grandes cascos de bronce con ancha visera que el rostro les ocultaba, á guisa de merodeadores, y sobre las casacas recias de vacarí, por bajo de las cuales asomaban las piernas desnudas, la cota anillada de malla tenía destellos bajo el sol matinal.

Fácil le hubiera sido á Godofredo entregar sin dilación los dineros que portaba ó huir, volviendo sobre su camino, en el rápido trotón alazán, pero su esforzado corazón y ánimo valeroso hicieronle en tal punto despreciar el peligro y trabar la aventura. Desenvainó prestamente su larga espada bretona y la enarboló en el aire con la diestra, mostrándose presto á sostener el ataque de los tres bandoleros. Cautivóles á los bandidos la gentileza y arrogancia del mozo que con tal denuedo y valor se disponía á combatir, y á esto debió el quedar con vida en semejante apurado trance. Hablaron unos con otros, y entendieronse á medias palabras para rendir al arrojado doncel sin causarle herida alguna. Difícil empresa fué ésta, pues Godofredo defendíase rudamente, y con tal priesa movía á un lado y otro su espada, tan pronto dispuesta á herir como presta á defender, que punto llegó en que los salteadores juzgaron de gran utilidad y provecho dar fin con malas artes de aquel arriesgado caballero. Mas supo él con su nobleza anonadar la villanía de los contrincantes é infundirles en sus pechos sentimientos generosos que nunca hubieran sentido. Replegarónse al efecto los tres á la una, como dando treguas al asalto, y avanzaron luego aína con destreza suma y tal tino, que á tiempo que el uno sostenía la cabalgadura, asíó el otro de la diestra al de Rudel, y pugnaba el tercero por desarzonarlo y derribarlo, lo que no tardó en conseguir. Ya en el suelo, aprestáronse á registrarlo cuidadosamente y no habiéndole encontrado dineros, apoderáronse de sus vestidos, dejándole en el triste y lastimoso estado en que Don Quijote hubo de encontrarse en Sierra-Morena, llevando á cabo la dura penitencia de Beltenebros. Mas no se contentaron con esto los bandidos, sino que yendo al lugar en que, algo apartado de la lucha, se encontraba Pipolín con el mulo, cogieron por su cuenta los dos animales, entre los cuales no cuento al bufón sino á su caballo, y montando las cabalgaduras desaparecieron camino adelante, no sin antes advertir al desvalijado príncipe que gracias les debía por haberle hecho mer-

ced de un tan precioso don cual es el de la vida.

CAPITULO VI

DONDE SE CUENTA LA SINGULAR FORTUNA
QUE Á GODOFREDO AMPARÓ

En el capítulo V explicase cómo Godofredo de Rudel, tras una empeñada y peligrosa aventura que entre él y unos bandidos hubo lugar, encontróse en la más apurada situación en que mozo joven, gallardo y amador puede encontrarse; cual es, en la soledad de un apartado camino y tan cerca del estado en que su madre le hubiera parido, que para cubrir sus miembros un solo jubón blanco y no muy holgado le quedaba.

Tan ligera y peregrina guisa, á otro que no hubiera sido nuestro esforzado príncipe, colmárale de tribulación y desesperanza, no así á él, de quien ya tenemos dicho que la fe le hubiera disipado del espíritu toda vacilación y duda. Así es, que cuando se hubo visto á solas con su bufón, cuyas ropas contrahechas de nada le servían, y medio desnudo, dirigióse á un árbol que cerca de él se levantaba, y á su sombra se sentó serenamente, confiando en la providencia de Dios y en el amor de su amada. No tardó mucho tiempo en platicar con Pipolín, cosa que él nunca solía, pero mirando sin duda que en tan misera situación á la par se encontraba de cualquier plebeyo, hablóle á su servidor en tan llano modo y con tan sensatas razones, ajenas de todo punto á soberbios pensamientos, que no se dijera otra cosa sino que entre semejantes de nacimiento se cruzaban las palabras. Y así hubiera pasado todo el día, oyendo el uno las razones del otro, no muy tranquilo aquél, sosegado estotro, roído de los estímulos del hambre el siervo glotón, ayuno de torpes ideas y bajos apetitos el príncipe; así, digo, hubiera transcurrido todo el día á no pasar, cabalgando en su mula monacal, un fraile benedictino. Alegróse, así que lo vió, Pipolín, mas su señor, que no se hallaba tentado de la impaciencia, dejóle llegarse hasta ellos sin proferir palabra, y cuando le hubo tenido á la par, aunque un tanto corrido por su tra-



za, acercóse al monje, que por su oronda y sonriente catadura de genio apacible parecía, y le saludó cortésmente, que siempre los señores, hasta los más blaso-

nados, tuvieron tales cumplidos para la clase de clerecía. El benedictino, que hasta entonces no había parado mientes en el príncipe, al verlo tan falto de ropa como sobrado de desnudez, creyó que se las había con un loco, y ya estaba presto á abandonarlo, poniendo al trote su mansa mula andariega, cuando se pre-

sentó Pipolín, plañidero y humildoso, según cumplía á su condición servil. Esto ya desconcertó un tanto al sorprendido monje, y pensó muy cueradamente que nunca loco alguno, y menos en tan deshonestas y pobres trazas, se hizo acompañar de bufones ricamente ataviados, cual lo era Pipolín. Aprovechó Godofredo esta coyuntura, y narróle, al efecto, al fraile cuanto le ocurriera y el malhadado encuentro que con unos bandleros había tenido, trance que le condujo á aquella afrentosa situación. Díjole asimismo quién era, y enteróle de sus blasones y abolengo, mostrando en su discurso tanta cordura, que el monje ofrecióle media cabalgadura, una manta para cubrirse y buen albergue en su convento, que muy cerca se encontraba. Siguióles Pipolín de no muy buen talante y á los pocos momentos de jornada encontráronse en el convento, cuyo era prior el monje que con Godofredo topara. Era un rico convento que ejercía señorío en todo el priorato, y tan espacioso y bien acondicionado, que un numeroso ejército pudiera albergar en sus estancias. En las cuadras, que eran de mucha cabida, había hasta sesenta animales de ganado caballar y mular, y amontonábase en las bodegas tan variada cantidad de vinos que una sola comida no bastara para gustar la mitad de ellos.

Condujo el abad á Godofredo á una grande estancia y proporcionóle luego unos atavíos que, si no de tanta magnificencia y lujo como los que antes llevaba, eran de no poco mérito y estaban brochados con gran primor y guarnidos de algunas piedras finas de no escasa medida y precio. Ofrecióle asimismo dos cabalgaduras para continuar su andanza; mas por el pronto, rogóle que le concediera el honor de albergar en su convento aquella noche á un señor de tan alto linaje y buenas prendas. Accedió Godofredo á ello, prometiéndole pagar sobradamente las liberalidades y agasajos que con él monstraban, é hizo donación á aquel santo monasterio de una extensa tierra en Saintonja á orillas del Garona, que llevaba consigo más de doscientos siervos adscriptos al terruño. Negóse en un principio el abad á recibir

un tan alto precio por un servicio que él graciosa y desinteresadamente prestaba, pero no tardó mucho tiempo en aceptar el ofrecimiento; y esto en virtud no de sus avariciosos deseos, sino de las firmes razones del príncipe.

Llegada la hora del yantar, fué conducido Godofredo al gran refectorio monacal, y allí encontró preparado su asiento en un tallado sitial, que junto al del prior hubieran colocado. Después de rezadas las oraciones de costumbre dióse principio á la refacción, que por muy rara casualidad no era de ayuno y abstinencia, antes al contrario, formada por muy frescas y bien guisadas viandas y generosos vinos, tal como convenia de cuando en cuando á aquellos penitentes monjes, que ayunaban casi todo el año y arrastraban una vida de duras privaciones y recios trabajos. Suprimiósese aquel día la lectura que durante las mezquinas colaciones solía hacer un fraile joven, y en honor al noble huésped, concedió el prior á sus monjes permiso para hablar, cosa que hicieron con tanta mesura y recato, que lo que entre sí decían, más que razones profanas parecían divinos rezos de oficio musitados quedamente en el templo. Mostróse maravillado el de Rudel de tanta discreción y así se lo manifestó al prior, el cual, agradecido á la lisonja, envaneciósese, — liviana debilidad de que hasta los más santos han sido tocados, — por el buen orden del monasterio. Y puestos ya en el trance de conceder regalos á santos cuerpos que de ellos nunca gozaban, de sobremesa salieron de la bodega los empolvados recipientes, que encerraban misterioso licor hecho en la casa, que contenía muy saludables virtudes curativas y un agradable y dulce paladar. Era aquel raro, verdoso y dorado licor, un timbre de gloria del monasterio, que en la contemplación meditativa no olvidaba la santa ley del trabajo; feliz mixtura de aromáticas hierbas, cuya sabia fórmula, encerrada como en incógnito tabernáculo, pasaba de generación en generación, sin salir nunca de los espesos muros góticos del benedictino convento.

Sirviéronle en una taza á Godofredo el preciado licor, y de tal modo le pare-

ció regalado y deleitoso, que no encontró palabras para alabarlo, y repitió de él hasta cuatro veces. Todos los monjes lo gustaron, aunque en muy corta medida, y bajo su benéfico influjo, las voces antes tenues y murmuradoras fueron engrosando hasta formar un recio coro masculino, que bien á las claras denotaba el honesto regocijo y cándido bienestar de aquella inocente expansión monástica.

Retiráronse á su hora los frailes á rezar sus oficios canónicos, y dado que les hubieron fin, tornóse el prior á la celda del príncipe, en donde trabó con él larga plática, en que menudearon sabrosas razones sobre asunto de trovas y de la gayería. Pluguiéronle en extremo al príncipe cuantas cosas le dijo el abad, y puesto al cabo de un extraordinario certamen que en el castillo de Provegnac, no lejano del monasterio, había de celebrarse, mostró Godofredo su propósito de asistir á él, para encarecer el ferviente amor que por una desconocida dama sentía; y á este propósito, narró punto por punto sus amorosos cuidados juntamente con la maravillosa descripción que de la hermosa y donaire de Melisenda unos santos vagabundos le habían hecho. Respondióle el abad que hasta él había llegado ya la fama de extraordinaria belleza y virtud de la tal señora, con lo cual el de Rudel se consideró el ser más feliz de la tierra, por haberse declarado paladín de tan admirada y reverenciada condesa. Leyóle al fraile los versos que hubiera compuesto en honor de la dama y que por flojo botín los hubieran despreciado los bandidos, y aquél no se cansó de alabarlos y encarecerlos como de gran perfección y bien rimados.

Retiráronse entrambos á descansar, ya bien avanzada la noche, y á la mañana siguiente Godofredo y su bufón continuaron la jornada seguidos de unos mozos que el abad les hubiera confiado á guisa de escuderos.

CAPITULO VII

DONDE SE PROSIGUEN LAS AVENTURAS DEL PRÍNCIPE DE BLAYE

No estaba tan propincuo el castillo de Provegnac como Godofredo creyera

oyendo las razones del caritativo abad. Cinco días de no perezosa jornada tardaron en avizorarlo, feudal y lejano, con su mole almenada que sobre el azul del cielo se alzaba prócer. Cuando el príncipe lo hubo visto, llenóse su pecho de alegría, tanto por pregonar en él la superior belleza de su señora, cuanto por vencer con la no menos superior belleza de sus versos y canciones. Esto último, aunque muy íntimo lo sentía como buen poeta, no se daba cuenta cabal de ello á fuer de caballero cristiano y humilde.

Mas antes de proseguir adelante en la narración de las aventuras que á nuestro príncipe acaecieron, fuérame la veracidad y buen juicio que á todo historiador le cumple, hacer mención de los encuentros que en esta última parte de su viaje tuvo, y si no de todos por ser muy numerosos, de los más singulares.

A medida que hacia el castillo se encaminaban, íbanse encontrando multitud de personas de todas cataduras y países que la misma dirección de ellos seguían. Eran damas, de muy notable hermosura todas ellas, que cabalgaban dóciles palafrenes ricamente enjaezados, é iban guardadas de multitud de servidores y escuderos fornidos y muy bien armados; eran señores de relucientes armas y ricos atavíos, con no flojo séquito; eran andantes aventureros, rientes y descuidados, modestos en el vestir, sin más tesoro que su instrumento de trovar á la espalda y su guedeja de oro bajo el bonete raído. Godofredo, que era dado á la plática por su natural afable, trabó conversación con muchos de éstos, y de sus bocas supo que al castillo de Provegnac se dirigían igualmente á cantar amorosas baladas y guerreros serventesios.

También con los caballeros cruzó razones, y por ellos supo extraordinarias nuevas que acrecentando su amor hicieronle mecerse en brazos de muy dulces esperanzas. Contáronle todos los que con él hablaron las predicaciones de San Bernardo, más apasionadas y ardientes que las del ermitaño Pedro, y las guerreras empresas y piadosas romerías que como consecuencia llameaban en el corazón de todos los buenos cristianos y valerosos caballeros del Occidente. Decían

que los ánimos mostrábanse prestos á la reconquista de los Santos lugares, y que sin tardanza señores y magnates armarían huestes en sus feudos y señoríos para marchar en cruzada á la Palestina. Muchos príncipes, condes y varones habían libertado ya á sus siervos para convertirlos en soldados. Legiones de clérigos, trocados en peregrinos, aguardaban la formación del ejército para seguirle.

Godofredo, así que hubo oído hasta el final estos belicosos proyectos, despachó á su fiel Pipolín hacia Blaye con órdenes terminantes al efecto. Gran temor se apoderó del ánimo del desmedrado bufón, pero la catadura severa y recios ademanes del príncipe hicieronle ocultar su disgusto y haciendo de tripas corazón volvióse hacia Blaye, no sin antes rogar muy encarecidamente á Dios que de los malos mozos le apartase.

Dicho queda más arriba cómo camino de Provegnac dábanse priesa al andar damas, caballeros y trovadores, también juglares, en lucidas cabalgaduras los unos, sobre los molidos y ajetreos pies los otros. Yendo, pues, todos en semejante forma y manera, causó gran asombro y admiración una rica carroza tejida de mimbres y ornada con gran primor y riqueza, que tirada por mulas briosas encaminábase también á no dudar á las cortes de amor del castillo de Provegnac. Así era, en efecto, y el rico carruaje no tardó en adelantar al caballo en que montaba el príncipe de Blaye. Miró éste al interior de la carroza y acertó á ver una dama tan ricamente ataviada y con tanta suma de piezas de orfebrería y piedras preciosas, que por arte de encantamiento parecían obradas, ó por la mano

de un enjoyelador hechicero. Sus hábitos eran también de muy raras telas de gran precio, y tan vistosos colores que causaban maravilla y asombro. Tenía el rostro oculto por un espeso cendal de seda, si bien se adivinaba que había de ser de gran belleza, así como las manos, que sin luvas aparecían y anilladas con ricas joyas de oro y piedras rubíes y de aljófar. Esta dama de tan extraordinario boato era Leonoreta de Borgoña, y ocultaba cuidadosamente el rostro para mejor lucir su hermosura y causar admiración al descubrirlo en las cortes de amor según pensaba. Muchos caballeros de diferentes países, y no menor número de trovadores, hubieran roto lanzas, luchado en torneos y cantado dulces baladas en su honor, mas ella mostrábase igualmente desdeñosa para con los unos como para con los otros, sin que amador alguno lograra ablandar su duro corazón.

Mas la fatalidad, que en todas las revueltas de la vida tiende asechanza, quiso que la hermosa duquesa se prendase de Godofredo desde el punto mismo en que lo hubo mirado, y que su corazón antes liviano quedara presa de una ardiente pasión. Prendóle la apostura y buen porte del mancebo y la varonil y lozana hermosura de su rostro. Ordenó á sus criados que condujesen siempre á la carroza al paso de la cabalgadura de Godofredo, para mejor mirarlo y á su placer tras el tupido cendal, que si de afuera adentro ocultaba, no así de adentro afuera, y encareció, platicando con las damas que en su carroza llevaba, á guisa de servidumbre, la gentileza de aquel joven y gallardo caballero, noble en apariencia.

(Se continuará.)





LISBOA.— La comitiva oficial dirigiéndose al palacio real de Belém, á la llegada de Don Alfonso XIII.

El Rey de España en la Corte de Portugal

CIRCUNSTANCIA muy simpática para el país entero fué que al salir el Rey por vez primera del territorio español se encaminara á visitar á la nación hermana que bajo nuestro mismo techo se cobija y tiene escrita su historia en las mismas páginas donde la de España se escribiera.

El 9 de Diciembre del pasado año salió de palacio el joven monarca, acompañado de su augusta madre y de la infanta María Teresa, precediéndoles la escuadra de batidores y una sección de la escolta real. En la estación de las Delicias esperaban á S. M. la infanta Isabel con varias damas de la aristocracia, los ministros, autoridades civiles y militares, altos funcionarios, diputados y senadores en gran número, el cuerpo diplomático y los prelados de Madrid-Alcalá y de Sión. Entre la puerta de entrada y el coche regio, dispuesto ya en el tren, cubría la carrera un zaguanete de alabarderos y un piquete del regimiento de Asturias, que tributó los honores al monarca. Don Alfonso conversó brevemente con los ministros, y después de despedirse, con muestras de grandísimo afecto, de su madre, de su hermana y de su tía paterna, subió al coche-salón, á cuya ventanilla estuvo asomado hasta que el tren rebasó los andenes.

T. III.

Compañían el tren real un coche-salón, el comedor, el vagón-cocina, tres furgones, un coche de la compañía y tres de primera clase donde se acomodó la comitiva regia, constituida por el ministro de Estado, señor Rodríguez San Pedro; el jefe superior de Palacio, duque de Sotomayor; el general Polavieja, jefe del cuarto militar; el inspector de los reales palacios, señor Zarco del Valle; el doctor Grinda; el jefe del gabinete diplomático, señor Piña, y varios ayudantes y oficiales á las órdenes del Rey.

La mayor parte del viaje se hizo por la noche, y á pesar de que era lluviosa y fría, todas las estaciones estaban repletas de gente, ostentando algunas arcos con iluminaciones y dedicatorias en las que se manifestaban hondos sentimientos de simpatía. En Marbaõ, primera estación situada en territorio portugués, salió el pueblo en masa con el alcalde al frente, quien dió la bienvenida al monarca español. En Torre-das-Vargas, estación de enlace con el ferrocarril de Badajoz, se quitó del tren la máquina que lo arrastraba y fué substituida por otra, de novísimo sistema, que estaba adornada con las banderas de España y Portugal ceñidas de guirnaldas. En el Entroncamento esperaban para unirse á la regia comi-

tiva el jefe del gobierno de Portugal, señor Hintze Ribeiro, el ministro de Obras públicas y altos dignatarios de Palacio. Entre la multitud que salió á recibir al augusto huésped llamaban la atención los estudiantes de Santarem, vestidos con típicos manteos en que lucían los colores de las distintas faculta-



LISBOA.—Real palacio de las Necesidades.

des. Bajó Don Alfonso XIII á los andenes, y después de pasar revista al regimiento de infantería núm. 15, fué saludado por el presidente del Consejo de ministros del rey de Portugal, con estas palabras:

«Señor: grande es la alegría de S. M. el rey de Portugal y del pueblo portugués al ver que nos habéis distinguido con vuestra visita al emprender el primer viaje fuera del país en que felizmente reináis. Recibid la cordial y respetuosa bienvenida de un pueblo donde habéis de hallar continuas demostraciones de amistad.» Respondió el rey Don Alfonso que al salir por primera vez de España había querido ir á Portugal, recordando que su augusto padre Don Alfonso XII tuvo en predilección al pueblo vecino y á su inolvidable rey Don Luis, de gloriosa memoria.

Al entrar el tren real en la estación de Lisboa llamada del Rocío, el espectáculo era verdaderamente grandioso. Rica alfombra de terciopelo cubría los andenes, llenos de brillante concurso. Veíase en primer término al rey de Portugal con uniforme de generalísimo y la banda de Carlos III. A su lado estaba el príncipe heredero, Luis Felipe, vestido de oficial de húsares, y cerca de ambos los ministros, varios obispos, el cuarto militar del Rey y representaciones del ejército, marina, acade-



Estatua de José I y Arco triunfal de la Rua Augusta.

mias, clero y nobleza, ocupando lugar preferente el alcalde de Lisboa. Todas las manos aplaudieron, apagando con sus palmadas el estrépito de los cohetes y de los cañones, que hacían las salvas de ordenanza. El alcalde de Lisboa, señor conde d'Avila, dirigió al rey de España un breve discurso de bienvenida. El monarca portugués abrazó entonces á Don Alfonso y le besó en una mejilla.



La reina Doña Amelia y Don Alfonso XIII á bordo del Carlos V.

lla, correspondiendo nuestro soberano con igual saludo. Colocóse luego Don Carlos en el centro, á la derecha el monarca de España y á la izquierda el príncipe heredero de Portugal,

en el palacio de Belén, donde se alojó Don Alfonso XIII, quien fué recibido por la reina Doña Amelia rodeada de las damas de su corte. Después se dirigió el augusto huésped al palacio de la Ayuda, para ofrecer sus respetos á la reina madre Doña María Pía.

El recibimiento que la población de Lisboa dispensó al rey de España, fué verdaderamente entusiasta. Por la magnífica Avenida de la Libertad circulaba inmenso gentío, viéndose muchas personas con una cinta roja y amarilla en el brazo. En los escaparates de las tiendas se veían retratos



LISBOA. — Llegada del Rey de España al palacio del Ayuntamiento.

desfilando ante ellos todos los personajes del elemento oficial.

Terminada la recepción bajaron los reyes por la escalinata festoneada de flores, encaminándose á la plaza central de la estación, donde se organizó la comitiva.

Los reyes, con el príncipe heredero, ocuparon una lujosa carroza tirada por cuatro troncos alazanes; seguían ocho carruajes históricos de gran valor artístico con el séquito, y á continuación iban más de doscientos coches ocupados por los representantes de las corporaciones y personajes de la corte portuguesa.

En la terraza del teatro de Doña María se improvisó una tribuna entoldada con los colores españoles; los balcones de la plaza central se veían llenos de señoras y adornados con colgaduras. La comitiva regia se detuvo



Carroza regia conduciendo á los dos monarcas al salir de la Estación del Rocio.

de españoles ilustres y fotografías de nuestro país, como si los dos pueblos de la misma raza se dieran en aquel día un inmenso y fraternal abrazo.

Al regresar Don Alfonso de la residencia de la reina Pía, recibió al cuerpo diplomático, al almirante Jawkes, comandante de la escuadra inglesa surta en Lisboa, y á la oficialidad de la misma, cuya presentación hizo el ministro de España, señor Polo de Bernabé.



LISBOA.— Coches de la Real Casa lusitana frente á la Embajada de España.

Por la noche se efectuó el banquete de gala, ocupando una cabecera el rey Don Carlos con la reina madre, quienes tenían á su derecha al ministro de España y á la izquierda al general Polavieja. Ocupaba el rey Don Alfonso la otra cabecera, dando la derecha á madama Rouvier, esposa del embajador de Francia, y la izquierda al jefe del gobierno portugués señor Hintze Riveiro. La reina Amelia tenía á sus lados al príncipe heredero y al ministro de Estado, señor Rodríguez San Pedro, respectivamente. Los comensales eran 176, pertenecientes á la grandeza portuguesa, al cuerpo diplomático y á la colonia española. Brindó el rey Don Carlos por Don Alfonso XIII y todo el pueblo español, contestando el monarca aludido con manifestaciones de gratitud por la efusiva y cariñosa acogida que le habían dispensado el rey y el pueblo de Portugal.

Durante el banquete, que terminó á media noche, Lisboa entera hizo una conmovedora demostración de cariño á España, pues en todas las plazas y paseos, adornados con primorosos kioscos, hubo bandas de música que tocaron aires españoles, particularmente coplas andaluzas y aragonesas.

A las diez de la mañana del siguiente día, 14 de Diciembre, salió del palacio de Belén Don Alfonso XIII vestido de general español en traje de diario, acompañado del general Polavieja, del grande de Portugal conde de

Taronca, adscrito al servicio del monarca, del general portugués D'Harcourt y otras distinguidas personas, dirigiéndose la comitiva en coches al Museo de Artillería, donde esperaba al augusto visitante el soberano portugués en traje de generalísimo. Ambos monarcas recorrieron juntos aquellos vastos salones donde se conservan gloriosos trofeos de las campañas del ejército portugués en las Indias, en Africa y la Península y se hallan artísticamente agrupados por épocas, innumerables objetos del arte de la guerra. De allí se dirigieron los reyes al castillo de San Jorge, desde cuya altura se descubre un bellissimo panorama, apareciendo los edificios de la ciudad como suspendidos de las estribaciones de la colina que se extienden hasta bañarse en el mar.

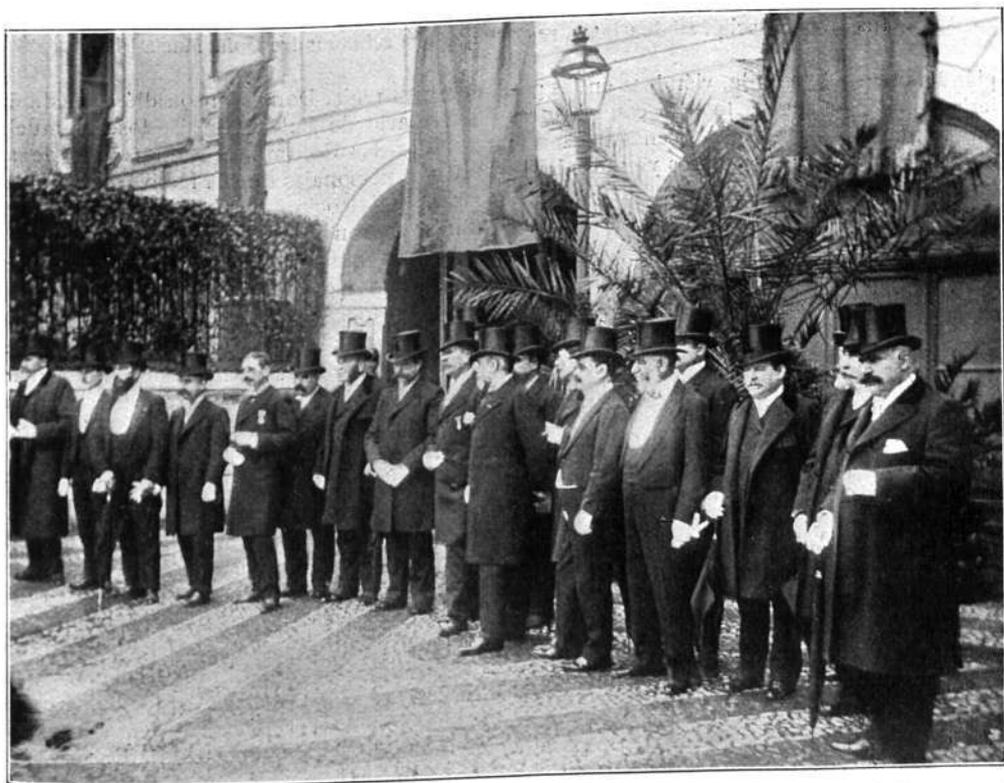
Por la tarde tuvo efecto la recepción de la colonia española, habiendo acudido todos nuestros más significados compatriotas á tributar al monarca el homenaje de su respeto y simpatía. Asistieron numerosas representaciones de la Cámara de Comercio, Asociación galaica, Sociedad de Socorros mutuos, la oficialidad de los cruceros *Carlos V* y *Cardenal Cisneros* y del torpedero *Audaz*, así como gran número de artistas, médicos, negociantes, industriales y banqueros. El Rey, de pie en el centro del salón, iba saludando uno por uno á todos los españoles, á quienes presentaba el cónsul D. Juan de Castro.

El día 12, á las once y media de la mañana, se efectuó un almuerzo en el *Carlos V*, á cuyo bordo se dirigieron los monarcas en el bergantín real y los invitados en soberbias galeonas adornadas con valiosísimos tapices y gallardetes de ambas naciones. El banquete fué de 50 cubiertos y, al terminar el almuerzo, brindó el ministro de Estado señor Rodríguez San Pedro, enalteciendo las afinidades étnicas de portugueses y españoles y las conquistas logradas para la civilización por uno y otro pueblo. Tomando pie de estas palabras pronunció el presidente del Consejo de ministros de Portugal, señor Hintze Riveiro, un admirable discurso en el que resplandecía el vivo deseo de estrechar los lazos que unen á las dos naciones hermanas.

Después del almuerzo, que terminó á las cuatro de la tarde, se encaminaron los reyes á la Casa municipal de Lisboa, donde fueron recibidos por el alcalde, quien leyó un discurso de salutación y homenaje al rey de España. Don Alfonso XIII contestóle con voz vibrante las siguientes palabras: «Gustosísimo he aceptado la invitación de visitar el Ayuntamiento, porque me daba motivo para de-

mostrar públicamente mi gratitud á Lisboa, por el cariñoso recibimiento que me ha dispensado. Razón tenéis en recordar las tradiciones gloriosas, las afinidades de raza, y la comunidad de condiciones económicas que unen á España y Portugal. Ambas naciones, por su historia, y por su presente y futura amistad, cada vez más íntima, asegurarán la cordialidad de estas relaciones perdurables. Lisboa representa para mí á todo Portugal. Al saludarla, saludo á los hijos de aquellos intrépidos navegantes dignos émulos de Colón y Cortés, Pizarro, Grijalba, Maldonado y Legazpi, descendientes de Vasco de Gama, Cabral, Alburquerque y Leiva. Ved en mi visita no sólo afecto personal, sino la expresión cordialísima de la amistad inquebrantable del pueblo español. Las aguas del Duero, del Tajo y del Guadiana os traen en sus corrientes los votos que conmigo hace España entera por la prosperidad de Portugal y de sus reyes.» Un atronador ¡viva España! acogió las últimas palabras de Don Alfonso XIII.

Al día siguiente hubo gran corrida de toros, que resultó originalísima y en extremo agradable para los españoles. La plaza estaba es-



LISBOA. — Los miembros de la colonia española aguardando á Don Alfonso XIII en la Embajada.



LISBOA. — Palacio real de Cintra, residencia de la reina madre Doña María Pía.

pléndidamente adornada, viéndose en las galerías y palcos enormes lienzos con pinturas representativas de diversas escenas del toreo; desde las alturas de los palcos y gradas hasta la contrabarrera había arcos de follaje colocados de modo que no impidieran á los espectadores presenciar lo que pasaba en el redondel. Apareció primero un alguacil, que hizo varios saludos en distintas direcciones, y, entretanto, en medio de la plaza había cuatro niños vestidos de paje, dos con los colores portugueses y dos con los españoles. Salió después una mula cargada con dos grandes cajas, conteniendo las banderillas y rejones; tras ella los vaqueros, montados en caballos enjaezados á estilo de campo, con mantas y largas varas parecidas á garrochas. Todo este personal formó en dos filas por entre las cuales aparecieron los toreros, y detrás de éstos los caballeros rejoneadores, lujosamente vestidos y montados en soberbios caballos. Después de saludar con vistosas evoluciones, se dió orden de comenzar la lidia, que agradó en extremo á los reyes.

El 14, por la mañana, día señalado para la despedida oficial, empezó á acudir mucha gente á las calles por donde había de pasar la

comitiva regia. Don Alfonso salió al mediodía del palacio de Belén, dirigiéndose al muelle de Caes-das-Columnas, acompañado de los mismos personajes que le recibieron en la estación del Rocío. A bordo del buque *Don Carlos* fueron hasta Barreiro, donde desembarcaron, tomando entonces los excursionistas un tren especial que les condujo á Extremoz, punto al cual llegaron á las cuatro de la tarde, partiendo sin dilación á Villaviciosa. Dos días duró la cacería en este último lugar, demostrando ambos monarcas la seguridad de su pulso y certeza de su ojo en la infinidad de piezas que cobraron.

Mientras el Rey encontraba en los placeres de la caza descanso á las fatigas ocasionadas por el continuo vaivén de la visita, se efectuó en Lisboa el banquete con que los periodistas de la capital del reino lusitano obsequiaron á los corresponsales de la prensa española, pronunciando elocuentes discursos el ilustre hombre público Magalhaes Lima, el doctor Alfredo Cunha y el marqués de Valdeiglesias, quien agradeció, en nombre de la prensa española, el obsequio que se les tributaba. Fué una fiesta encantadora en que el entusiasmo y la fraternidad corrieron parejas.

El 17, á las cuatro de la tarde, salió Don Alfonso XIII para Elvas, á donde le acompañaron el rey Don Carlos, el príncipe heredero y los altos dignatarios portugueses hasta subir al tren que le restituyó á España.



Aparte del relato de los obsequios tributados á nuestro monarca durante su visita al vecino reino, conviene hacer ciertas consideraciones que se desprenden naturalmente de tan significativo viaje. El pueblo al cual nos unen tantos vínculos de historia y de raza, inspira indudablemente á los españoles sincera estimación y fraternal cariño; sin embargo, en los resultados prácticos que de estos sentimientos cabe esperar, no hemos de ir más allá de la serena aspiración á mantener esa reciprocidad amistosa que tan útil es para todos los pueblos en las relaciones de la vida internacional, sin que los festejos y demás actos externos con que la amistad se ha corroborado en Lisboa tengan otra significación ni otro alcance.

Bueno es recordar que el rey de Portugal fué el primer soberano extranjero cuya visita recibió Don Alfonso XIII, y este viaje respondió á sentimientos idénticos á los que motivaron la devolución de la visita, con la mira

puesta en la amistad de los dos pueblos y en la paz general. Tal es el significado que acostumbra á tener en estos tiempos las entrevistas de los jefes de Estado, quienes ya no conciertan directamente, como en otras épocas, pactos de familia, matrimonios de oculta mira y belicosas alianzas, sino que se estrechan las manos y besan las mejillas para corroborar con estas demostraciones de personal afecto el general anhelo de paz que con mayor vehemencia sienten cada día las naciones. Visita el rey Eduardo de Inglaterra al presidente de la República francesa, y los habitantes de París lo reciben con frenético entusiasmo, apagando con sus aplausos los ecos del incidente de Fashoda. Va Víctor Manuel á la capital de Francia, y el espíritu de solidaridad entre la raza latina triunfa de los recelos que inspira la Triple alianza y del sedimento de una encarnizada guerra de tarifas.

Y es que ya no se vive hoy de recuerdos gloriosos y memorias guerreras; ya no avivan odios recíprocos los nombres de batallas célebres ni de hechos sepultados entre las páginas de la Historia; el ideal presente es el trabajo, la paz, la conquista fraternal de los países extranjeros para que nada turbe el santo rumor



Grupo de periodistas españoles que acompañaron en su viaje á Don Alfonso XIII.

de la inmensa colmena fabricada por los hombres en este mundo.

La visita de Don Alfonso XIII á Lisboa abre una serie de ellas que nos han de poner en relación con las monarquías y repúblicas de Europa, llevando á todas ellas auras de paz, en cuyo ambiente sólo alentar pueden las incruentas manifestaciones del trabajo.

De la trascendencia que para el afianzamiento de la amistad entre los dos

este país, después de razonable espacio de meditación, dijo que si el Todopoderoso hubiera querido hacer navegable el río, le fuera muy fácil hacerlo. La falta de dinero y el recíproco temor de que la obra abaratase los productos



LISBOA —El rey de España despidiéndose del conde de Taronca en el embarcadero del Tajo.

El rey de Portugal en el embarcadero esperando á Don Alfonso XIII.

del otro país, son probablemente los obstáculos que á ella se oponen. España y Portugal pueden diferenciarse en muchas cosas, pero coinciden en un ilustrado horror á tener que entristecerse por el bien ajeno.

países á quienes la Naturaleza colocó en el mismo suelo ha de tener el viaje de Don Alfonso XIII, pueden convencernos las siguientes consideraciones hechas sobre el mismo por *The Standard*, órgano del gabinete de Londres. Dicen así, refiriéndose á España y Portugal:

«Aunque no puedan llegar á constituir una familia, existen todas las razones para que sean buenos amigos. Redundaría en su común provecho que se concertasen para hacer navegable el Guadiana, lo cual está hoy al alcance de la ingeniería. El Tajo, que desciende á saltos y por entre montañas desde la meseta central, presenta más graves dificultades, y el Duero es todavía más penoso de tratar. No hay ya peligro de que una propuesta de esa naturaleza encuentre la respuesta que en otro tiempo diera España cuando el gobierno de

» Mucho se ha ganado, sin embargo, con la desaparición de los anhelos de pelea. Nuestro propio deseo, representado por la presencia del almirante Jawkes y de sus cruceros en Lisboa, es el de que ambos reinos puedan prosperar en armonía.

» Los dos Estados de la Península, durante mucho tiempo hostiles, han sido nuestros aliados con más frecuencia que nuestros enemigos. Los tres sostuvimos juntos la desesperada lucha contra Napoleón. Si fuera dable á España y Portugal revivir con la rapidez del Japón (lo cual está en sus manos mediante el empleo de un poco de energía y de sentido común), veríamos su regeneración con entero y cordial agrado. Nuestros sentimientos hacia España no son menos amistosos que hacia nuestro aliado portugués.

» Mucho y muy confusamente se había en

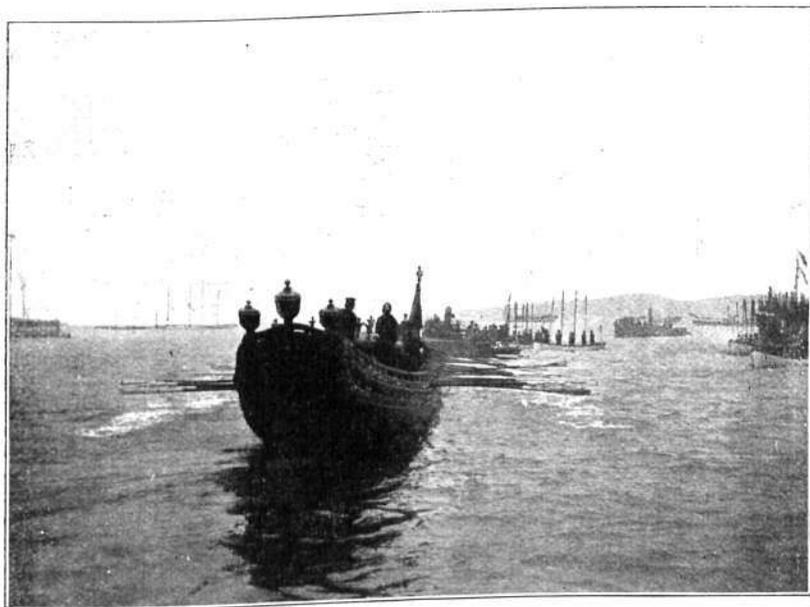
España de alianzas y de política exterior, pero una nación no puede tenerlas por sólo deseárselas ni aun por comprar buques y armas. Cuando tenga medios de defensa, debe cuidar de que las alianzas sean conforme á sus verdaderos intereses, y para la península ibérica nada más conveniente que estar en buenas relaciones con Inglaterra, que es el banquero y el mejor cliente de ambos países. Las inmensas riquezas minerales de España se están explotando con mutua ventaja por capitales ingleses, y todavía hay amplio espacio para el empleo de muchos más.»

Hemos copiado las manifestaciones que al diario londonense le ha sugerido la visita de Don Alfonso XIII al rey Carlos de Portugal, porque conviene contener, con la fría meditación de lo que dicen extraños, el ardoroso y muchas veces irreflexivo entusiasmo con que la raza latina se entrega á toda clase de pasajeros arrebatos.

El diario inglés señala los verdaderos fundamentos en que se ha de basar la amistad entre España y Portugal. A los portugueses y

españoles, luego de apagadas las iluminaciones y extinguido el eco de los vítores y el ruido de los aplausos, toca emprender el camino que conduce á la prosperidad material y moral de las naciones.

Y este camino está vigorosamente trazado por las nobles artes de la paz, por el mutuo respeto á lo que es inherente y propio de cada uno de los dos pueblos, mas también por la identidad de miras y propósitos en todo aquello que sea de común interés, pues al fin y al cabo, sin perder España y Portugal su histórico carácter de naciones independientes, podrían constituir una poderosa federación que fuese como atalaya desde donde la raza latina de Europa pudiera comunicarse incesantemente con la raza latina de América. La Naturaleza, maestra del hombre, no puso fronteras entre los dos pueblos, pues allí donde la pluma del diplomático ó la espada del conquistador trazara ficticios lindes, los ríos juntaron sus aguas, y el aire sus perfumes, y los campos sus verdores, como en abrazo eterno de perdurable fraternidad.



Galeota real portuguesa conduciendo á los dos soberanos.

· PANORAMA · UNIVERSAL ·

El 23 del pasado Diciembre se inauguró en Portugalete (Bilbao) el monumento erigido al ilustre vizcaíno D. Víctor Chávarri, á cuyas laboriosas iniciativas deben las Provincias Vascongadas gran parte de su reciente prosperidad industrial y mercantil.

El monumento, obra del insigne escultor don Miguel Blay, es digno de la merecida fama de su autor. Como muestra de tan exquisita labor artística, publicamos uno de los grupos que lo adornan, tal vez el más notable de todos por la acertada expresión de las figuras, la pureza de líneas y el modelado de las carnes.

El busto del Sr. Chávarri, que se yergue en la cúspide, constituye asimismo preciado timbre de gloria para el insigne escultor catalán, encargado, como ya hemos dicho, de proyectar y dirigir la obra, cuya fundición hubo de confiarse á una casa de Barcelona, al impor-

tante establecimiento de los señores Masriera y Campíns, cuyo nombre excusa todo elogio.

El nuevo ministro plenipotenciario de China en París y en Madrid, Sueng-Pas-Ki, que recientemente ha llegado á París con su hermana, sus tres hijas y su único hijo varón, es uno de los diplomáticos más jóvenes del celeste imperio, pues sólo cuenta 36 años, habiéndose ya distinguido sobremanera en su patria por las raras condiciones que le adornan. Perteneció al partido que pudiera llamarse progresista entre los chinos, y resplandece en su conducta gran amor á la civilización europea.

Para encargarse de la gestión de los asuntos de su país en España, ha sido nombrado On-Tsong-Lien, persona también de gran cultura, quien ha fijado ya su residencia en Madrid.

El personal de la embajada, que es bastante numeroso, está siendo objeto de la curiosidad de los madrileños por lo vistoso de su indumentaria.

El ayuntamiento de San Sebastián convocó no há mucho tiempo un concurso internacional para construir un puente sobre el río Urumea, habiéndose presentado catorce proyectos, entre los cuales mereció el premio el de que son autores D. José Eugenio Ribera, ingeniero de caminos, y D. Julio Zapata, arquitecto.

Como pueden ver nuestros lectores por la reproducción del puente proyectado, la ciencia y el arte se han hermanado felizmente para concebir tan hermosa obra, que facilitará en gran manera el tránsito abriendo una nueva vía al comercio y á la comunicación de la linda capital de Guipúzcoa.

El puente será de sólida construcción y formas esbeltas, hasta el punto de causar admiración en los profanos el que, con tan escasos materiales, dada la longitud de la obra y su masa total, puedan soportarse sin esfuerzo aparente los enormes pesos que han de pasar por él en el transcurso de los años.

Tendrá el nuevo puente 88 metros de luz y 20 de anchura, estando las obras presupuestas en 500.000 pesetas, y habiendo prometido sus autores llevarlas á cabo en el término de cinco meses, gracias al sistema constructivo de cemento armado, que con grandísimo éxito ha dado á conocer en España el Sr. Ribera.

Estas construcciones, que una vez terminadas parecen cosa fácil y de poco empeño, necesitan, no obstante, un largo período de preparación y estudio en el gabinete del ingeniero, donde la inteligencia humana, apro-



MINERO Y FUNDIDOR VIZCAÍNO CON LAS HERRAMIENTAS DE TRABAJO.

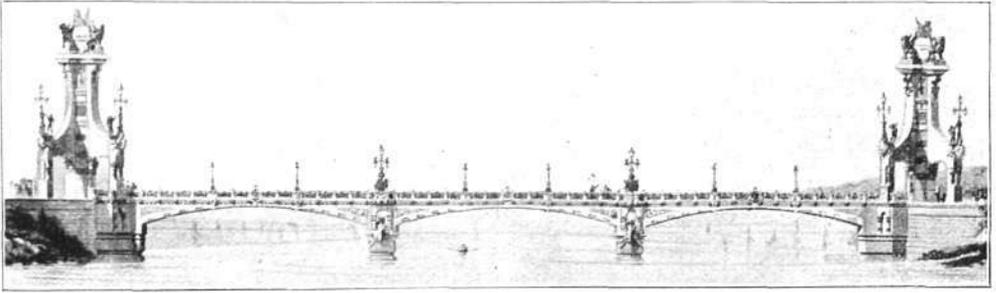
Grupo en bronce del monumento erigido en Bilbao á la memoria de D. Víctor Chávarri, obra del ilustre escultor D. Miguel Blay.



1
2
ON-TSONG-LIEN, nuevo encargado de negocios del Celeste Imperio, con residencia en Madrid (1),
y SUENG-PAS-KI, ministro plenipotenciario en París y Madrid (2), con sus secretarios y agregados.



HERMANA É HIJOS (TRES MUCHACHAS Y UN NIÑO) DE SUENG-PAS KI. (Fots. Chusseau-Flaviens, de Paris.)



SAN SEBASTIÁN. — Proyecto de puente monumental sobre el río Urumea.

vechándose de las propiedades de la materia, la domeña y rinde al servicio y la utilidad del hombre. Mas para esto se requiere cierta intuición de las leyes mecánicas, que aun siendo inmutables, ofrecen ciertas dudas según los diferentes casos y circunstancias; dudas que no resuelve el libro ni el formulario, sino la sagaz mirada del ingeniero, análoga á la del médico, que acierta á diagnosticar las enfermedades del organismo.

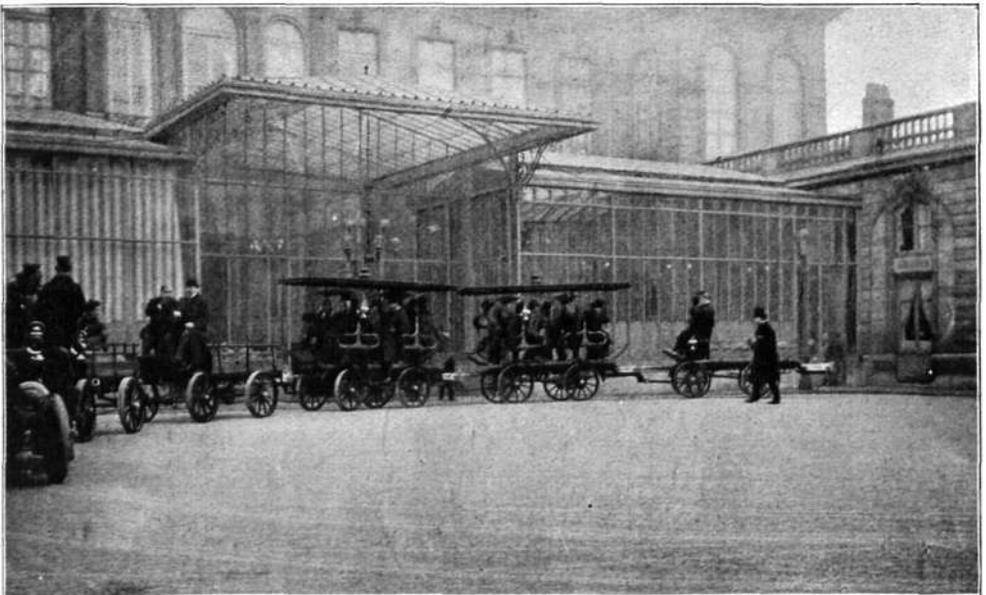
Los proyectistas del puente sobre el Urumea han dado evidentes pruebas de su competencia en esta clase de obras, cuya ejecución no está exenta de cuidados y temores, pues como el buque lanzado por vez primera á la inmensidad del mar, se lanza también el puente á la inmensidad del espacio sin saber á punto fijo si los cálculos y dibujos trazados sobre el papel, donde todo se sostiene, resultarán corroborados en la práctica, donde no hay escape ni subterfugio que libre de la ver-

güenza y de la mala reputación industrial en la desgraciada contingencia de un fracaso.

El comercio y los vecinos todos de San Sebastián recibirán sin duda alguna con entusiasmo tan beneficiosa mejora, que ha de contribuir al progreso material de la corte veraniega de España.

Los arcos que han de erigirse con carácter definitivo á la entrada y salida del puente son realmente artísticos y de muy buen gusto, armonizando en proporciones con la longitud y altura de la obra.

En estos tiempos en que ha pasado á ser máxima vulgar el conocido adagio de los latinos: *Nihil admirare*, no ha podido menos de causar asombro en París un tren automóvil ideado por el coronel Renard. Diferénciase esencialmente de los trenes automóviles construidos hasta ahora, pues en éstos la locomotora, ó mejor dicho, el coche tractor es el encar-



PARÍS. — El tren sin carriles del coronel Renard dispuesto para los viajes de ensayo, en el patio de sus locales de la calle de la Federación.

gado de arrastrar á la masa total, mientras que en el tren del coronel Renard todos los coches participan de la adherencia, pues todos ellos son asimismo automóviles, circunstancia que permite dar á la locomotora menos peso del acostumbrado.

El fundamento mecánico del tren construído por el coronel Renard estriba en un eje que atraviesa por debajo de los coches, desde un extremo á otro del tren, y que gira merced á la acción de un motor. Varios meca-

nismos transmiten parte de esta fuerza á los aparatos montados en el eje posterior de cada coche. Como puede suponerse, el eje ó árbol principal no es rígido, sino que está convenientemente articulado con objeto de que el tren pueda recorrer las curvas, lo cual ha constituído una de las mayores dificultades del invento, pues era necesario que el movimiento no se interrumpiese á lo largo de esta especie de línea quebrada. El coronel Renard resolvió satisfactoriamente el problema por



PARÍS. — El tren sin carriles del coronel Renard, conducido por el ingeniero aeronauta Surcouf, en la calle de la Federación, al emprender su primer viaje de ensayo. (Fot. Chusseau-Flaviens.)

medio de un ingenioso mecanismo, que en lo esencial consiste en interponer una biela de cardán entre los trozos de eje correspondientes á dos coches consecutivos, de modo que la alteración de movimiento producida entre el trozo de eje del primer coche y la biela quede compensada por la del segundo par, que es completamente inversa á la realizada en el primero.

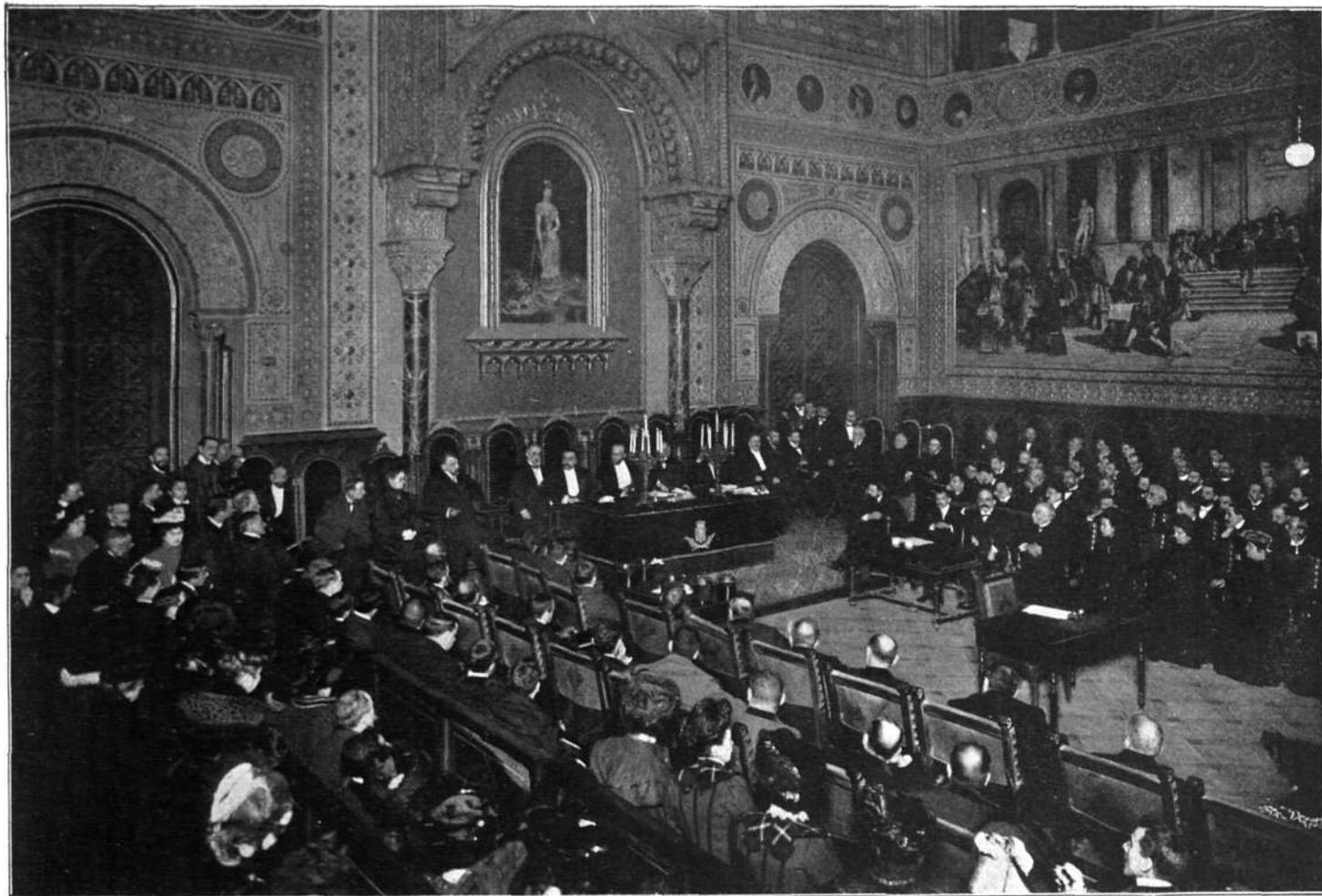
Resuelto este punto, convenía fijar la dirección, es decir, que cada coche rodase exactamente por donde lo hiciera el precedente y pudiese describir una curva de igual radio. Logró el coronel Renard solucionar este problema uniendo los coches por un mecanismo llamado de dirección, cuyas relaciones geométricas están calculadas convenientemente. Pero quedaba aún otra dificultad por resolver: cuando el tren está en línea recta, su longitud es igual á la suma de todas las porciones articuladas del eje motor, pero en las curvas esta línea se convierte en un perímetro poli-

gonal y, por lo tanto, resulta más corta. Para vencer este inconveniente ha dispuesto el coronel Renard, entre los coches, un lazo elástico que permite girar á las ruedas lo preciso para compensar las variaciones de longitud.

La velocidad del tren automóvil puede alcanzar 72 kilómetros por hora y salvar pendientes de 10 por 100.

En cuanto á sus aplicaciones prácticas es evidente que serviría para el transporte por países donde no hubiese ferrocarriles, con la ventaja de ahorrar los gastos de instalación que son indispensables en los tranvías y demás medios locomotivos con material fijo.

Por iniciativa del señor D. Eduardo Vincenti se fundó en Madrid, hace algunos años, la Asociación Nacional de Amigos de la Enseñanza, con objeto de estudiar y proponer á los ministros del ramo las reformas exigidas por la práctica en la instrucción pública. Uno de los medios de que esta Asociación se vale para



BARCELONA.— Solemne sesión de apertura del segundo Congreso Pedagógico, celebrada el día 4 de Enero en el Paraninfo de la Universidad.

realizar sus nobles fines, es la celebración de asambleas anuales, donde los socios y cuantas personas se inscriben en las listas de la asamblea pueden discutir y votar las memorias presentadas por los ponentes. La primera asamblea de la Asociación de Amigos de la Enseñanza se efectuó en Madrid á fines de 1902, y la segunda se ha reunido en Barcelona durante los primeros días del pasado Enero, teniendo por local el Paraninfo de la Universidad.

A la sesión inaugural asistieron muchos asambleístas venidos de Madrid y de algunas provincias. Presidióla el señor gobernador civil, quien tenía á su derecha al ex ministro D. José Canalejas y á su izquierda al comisario regio D. Pedro G. Maristany. Después que la primera autoridad hubo declarado inauguradas las sesiones de la Asamblea, levantóse á hablar el señor Canalejas, pronunciando un elocuentísimo discurso en pro de la enseñanza. Durante las sesiones de la Asamblea se leyeron buen número de memorias sobre diversos puntos pedagógicos, sobresaliendo entre ellas la presentada por el doctor Calleja en defensa de la autonomía universitaria, proponiendo además un excelente sistema para el ingreso en el profesorado, por medio de oposición, en diferentes categorías de catedráticos.

El señor Vincenti hizo el resumen de los trabajos de la Asamblea en la sesión de clausura, celebrada el domingo 10 de Enero, prometiendo llevar á la práctica, si las circunstancias le ponen en ocasión propicia, las conclusiones aprobadas por los asambleístas.

El 26 de Diciembre último falleció en su quinta de Maderno, á orillas del lago de Garda, el insigne político italiano José Zanardelli, que había presidido en diversas ocasiones el gobierno de la península italiana. A los veinte años tomó ya parte activa en los movimientos revolucionarios que agitaron á su patria y luchó con las armas en la mano durante las famosas jornadas de Brescia.

Licenciado en Derecho fué privado del ejercicio de la abogacía por el gobierno austriaco, dueño á la sazón de gran parte de Italia, hasta que después de la reconquista de Lombardía por el Piamonte, entró Zanardelli en la vida pública como diputado por el distrito de Iseo, que le eligió constantemente en las sucesivas legislaturas del Parlamento nacional. Afilióse en el partido de la izquierda constitucional y fué nombrado ministro del Interior cuando en 1876 constituyó Depretis gobierno por vez primera. La misma cartera tuvo á su cargo durante el gabinete Crispi, desde 1887 á 1891, y en el de Rudini, desde 1897 á 1898.

Al caer el ministerio Saracco, en 1901, confióle el Rey á Zanardelli la presidencia del consejo, en donde se sostuvo hasta Octubre de 1903, fecha en que á consecuencia de la fracasada visita del Czar á Roma, y sobre todo por su delicado estado de salud, cedió el sitio á su antiguo correligionario Giolitti, que se había separado de él para sucederle más fácilmente. Fué también José Zanardelli presidente de la

Cámara en tres distintas ocasiones. Su principal labor política y social fué la reforma del Código, en la que colaboró arduosamente. Era abogado de gran fama, orador fácil y de persuasiva elocuencia, y estaba en posesión de varias grandes cruces. Ha muerto célibe y llorado por todos como una pérdida irreparable para Italia entera.

Fué D. Carlos Navarro Rodrigo una de las figuras más eminentes del partido liberal español durante los primeros años de la Restauración. Había nacido en Alicante el año 1833, y desde 1854 se dió á conocer como periodista de gran empuje. Fué cronista de la guerra de Africa, y dos años después tomó asiento por vez primera en el Parlamento. Tuvo parte muy activa en la revolución de Septiembre, desempeñó la cartera de Fomento en el Gabinete presidido por Serrano después del golpe del general Pavía, volviendo á ocupar el mismo departamento bajo la presidencia de Sagasta en los años 1884 y 1886. En las primeras Cortes de la Restauración se opuso vigorosamente al juramento de los diputados y reunió á su alrededor lucida hueste de adictos á su persona, llamados festivamente *los tercios navarros*.

Hacia tiempo que estaba alejado de la política, y en el retiro de su hogar le sorprendió la muerte el 21 de Diciembre último.

Con la princesa Matilde Bonaparte, fallecida á primeros de Enero en París, desaparece una de las pocas grandes figuras que aun restan del segundo imperio. Hija de Jerónimo Napoleón, era sobrina carnal del gran conquistador y prima hermana, por lo tanto, de Napoleón III. Durante el reinado de éste brilló la princesa Matilde por lo exquisito de sus gustos artísticos y por su clara inteligencia, siendo su casa punto de reunión de académicos, literatos y artistas. Los hermanos Goncourt dieron gran celebridad á estas reuniones relatando en sus Memorias, con frases de elogio, lo que ocurría en ellas.

Contrajo matrimonio con el príncipe ruso Demidoff, pero disensiones motivadas por la política determinaron la ruptura de los esposos, buscando entonces la princesa Matilde, en el arte, un consuelo á las penas de la vida y á los desvanecimientos de la grandeza.

Hasta poco tiempo antes de sobrevenirle la enfermedad que ha puesto fin á sus días, vióse concurrido su salón de la calle de Berry por hombres de muy diversas opiniones políticas, á quienes en aquel santuario del arte reunía el carácter franco y amable de la difunta princesa.

Era apasionada por la música y rivalizaba con las más famosas pintoras de abanicos.

Pasaba los veranos en el castillo de Saint-Gratien, donde, dando de mano por una temporada á sus ocupaciones artísticas, se complacía en cultivar por sí misma las flores del jardín. El nombre de esta princesa es de los que la Historia rodea de la aureola de la poesía.



JOSÉ ZANARDELLI

El ilustre pintor D. José Benlliure y Gil, hermano del insigne escultor D. Mariano, ha visto premiados recientemente sus méritos excepcionales con la dirección de la Academia de España en Roma, cargo para el cual ha sido nombrado por el gobierno de S. M.

Demasiado conocidas son las obras del pintor Benlliure para que nos detengamos á hacer aquí su enumeración y elogio. Tanto en España como en el extranjero las aprecian y admiran los inteligentes, y no es aventurado afirmar que el arte español está de enhorabuena teniendo al frente de la Academia de España en Roma á tan insigne pintor.



JOSÉ BENLLIURE

No hace mucho tiempo, una competente revista alemana daba al señor Benlliure una prueba de la estima en que le tiene, reproduciendo primorosamente algunos de sus más celebrados cuadros, premiados



MATILDE BONAPARTE EN 1850



MATILDE BONAPARTE EN 1902

en las Exposiciones de Munich, Berlín y Viena.

Nació Benlliure en el Grao (Valencia), el año 1856, fué discípulo de Domingo y Marqués, y á los quince años alcanzaba un primer premio en la Exposición de Sevilla.

Por las enconadas polémicas á que ha dado lugar su nombramiento para el arzobispado de Valencia, publicamos como nota de actualidad el retrato

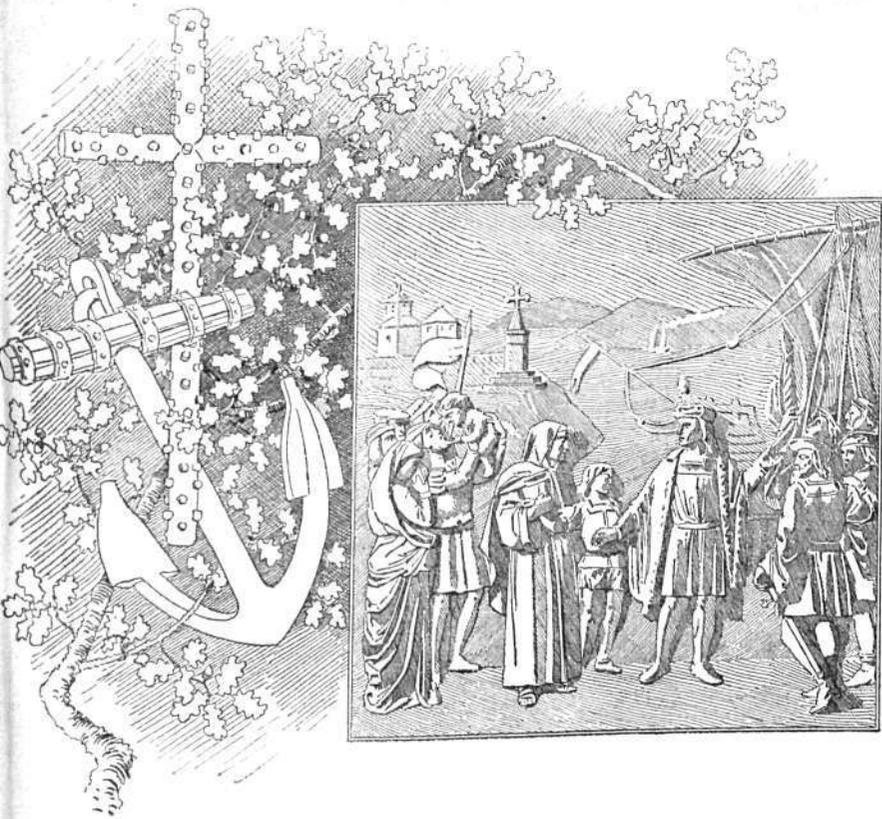


CARLOS NAVARRO RODRIGO

del padre Nozaleda, de cuya conducta en Manila, antes y después de conquistarla los norte-americanos, habló todo el mundo aunque sin gran conocimiento de causa. Como es natural, la prensa avanzada arreció en sus ataques al prelado y al gobierno, que había firmado su nombramiento, al paso que los periódicos conservadores le defendían de las imputaciones dirigidas contra su persona.

Pertenece el padre Nozaleda á la orden dominicana y es hombre de simpática presencia, sin que hasta la fecha se hayan depurado los cargos formulados por sus detractores.

FR. BERNARDINO NOZALEDA
ex arzobispo de Manila, propuesto para la mitra de Valencia por el gobierno de S. M.



Salida del puerto de
PALOS.

Detalle de la puerta
del Capitolio de
WASHINGTON

COLÓN

POEMA DE

RAMÓN DE CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

SALIDA DE PALOS

RESUMEN

Parten el 3 de Agosto de 1492 de la barra de Saltes, en el puerto de Palos de Moguer, media hora antes de la salida del sol. — Nombres de los buques. — Quién es Colón. — Nombres de los que le acompañan. — Retrato de Colón — Terror de los marineros. — Cómo empieza Colón su diario. — Invocación.

1.

Ése es Palos. — Callad. No oigan que aprisa tres buques zarpan que la noche vela. — Es viernes. — Dan las tres. — Sopla la brisa, y la más torpe de las naves vuela.

Ya más allá de Saltes se divisa una... dos... la tercera carabela. ¿Que quiénes son? — Dejad que hasta más tarde yo, cual las sombras, el secreto guarde.

DESEOSOS de contribuir por nuestra parte á la glorificación del insigne autor de las Doloras, cuya pérdida llorarán siempre los amantes del Parnaso castellano, y seguros de que nuestros lectores han de leerlo con agrado, empezamos hoy la publicación en HOJAS SELEKTAS de su famoso poema, en diez y seis cantos, consagrado á narrar la por siempre memorable expedición del inmortal nauta genovés en demanda de un mundo desconocido. Hermosas cabeceras y viñetas de los meritísimos artistas señores Pascó y Xumetra ilustrarán cada uno de los cantos. — (N. de los E.)

T. III.

2.

Año noventa y dos.— ¡Arrecia el viento!
Tres de Agosto.— Es de noche todavía.
Siglo quince.— ¡La brisa va en aumento!
¡Gran siglo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!
Sigue la flota en blando movimiento
del mar de Atlante la ignorada vía.
—¿Que adónde van? Dejad que el sol lo cuente
cuando os muestre su luz por el Oriente.

3.

¡Tal marcha, vive Dios, parece huida!
Menos llanto, mejor, menos estruendo:
como en Palos ignoran su partida,
¡cuánta lágrima el sol verá en saliendo!
¡Buen navegar! De la primer corrida
ya la zona visual van trasponiendo...
—¿Que quiénes son? Nadie su nombre ha oído.
—¿Que adónde van? A donde nadie ha ido.

4.

Canta un ave.— Se extinguen los luceros.
¡Bien! Ya los buques ilumina el día:
Pinta y *Niña* se llaman los primeros,
y el que marcha detrás *Santa María*.
Ya los veis quiénes son: aventureros;
un tal *Colón* se llama el que los guía.
¿Que adónde va? No sé. ¿Quién es? Tampoco.
Unos dicen que un sabio, otros que un loco.

5.

¡Loco! También cuando una inmensa idea
lanza á Alejandro al Asia victorioso,
por loco el orbe su proyecto afea,
y al orbe todo sometió glorioso.
Tal vez Colón, como Alejandro, sea
más que Hannón y Nearco valeroso.
¿Os espantáis? Yo en vuestro espanto abundo:
marcha á borrar los límites del mundo.

6.

¿Vamos con ellos?—Sí, dejad el puerto:
aquel que ame la gloria, que me siga.
—¿Que es largo el viaje?— Un poco largo, es
¡pero sopla la brisa tan amiga!... [cierto;
¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
el sol que luce, el mar que se despliega,
el viento que anda, el buque que navega!

7.

Vamos, pues. ¡Son valientes compañeros!
Junto á *Rodrigo Sánchez*, que está enfrente,
los tres prácticos lucen más certeros,
el buen *Niño*, *Roldán*, *Rui* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutiérrez... ¡todo brava gente!
Son ciento y veinte entre almirante y tropa:
¡ay! ¿cuántos de ellos volverán á Europa?...

8.

Van los *Pinzones*, gente veterana,
que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía;
Rodrigo de Escobedo, *Alonso*, *Arana*.
¿No os lo dije? ¡Excelente compañía!
Va allí también *Rodrigo de Triana*,
cuya historia de amor sabréis un día:
¿cuándo no fué, para nuestra alma, amena
una historia de amor, aun siendo ajena?

9.

Con un *Jiménez* de fatal agüero,
los *Porras* ved, que casi los maldigo;
el día diez de Octubre venidero
conocerá el lector por qué lo digo.
—Continuamos del sol el derrotero
con una dicha sin igual...— Prosigo.
—¿Sabéis ése quién es?—No.—Yo tampoco:
ése es el sabio; esto es, ése es el loco.

10.

Dulce es su faz, ¿no es cierto?, aunque es
Majestuosa actitud; ropa sencilla. [severa.
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera;
largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence ó encanta cuando mueve el labio.
Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.

11.

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapora
la amada España, de recuerdos llena!
La patria, siempre ingrata, ¡cómo ahora
parece, cual ninguna, hermosa y buena!
¡Ya no se ve!—¿Y hay quien por eso llora?
¡Voto al llanto sin fe! No os cause pena
el que uno ú otro con dolor profundo
diga en su corazón: «¡Ay, adiós mundo!»

12.

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
 en cuantos pechos hay huela el denuedo.
 ¡Parece que en su fondo, tumultuario,
 retumba el huracán, quedo... muy quedo!...
 Casi tenéis razón; ¡es necesario
 ser muy audaz para mirar sin miedo
 el sepulcro á los pies, encima ambiente,
 pena en el corazón y nada enfrente!

13.

¿Qué hace en tanto Colón? Un libro abriendo
 «¡EN EL NOMBRE DE DIOS!...» traza su mano.
 ¡Buen principio! A ese nombre, ya comprendo
 que doblegue su furia el Oceano.
 Y yo, que el curso proseguir pretendo
 de un varón tan valiente y tan cristiano,
 cantando audaz mi musa su grandeza,
 DE DIOS EN NOMBRE, cual Colón, empieza.

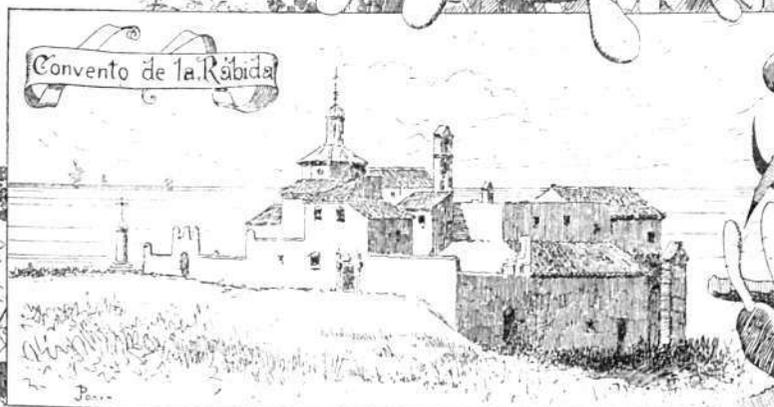
14.

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto la gloria
 de un nauta osado, inteligente y pío,
 que de los sabios nubla la memoria,
 que de los héroes obscurece el brío.
 ¡Nauta feliz que eclipsará en la historia
 todo el valor, la ciencia y poderío
 que en seis mil años, con jactancia vana,
 fastuosa acumuló la especie humana!

15.

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto al que osado
 aventó con su soplo omnipotente
 el palacio de sombras encantado
 donde dormía el sol en Occidente.
 ¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
 del codicioso y viejo continente,
 dando á su afán en perennal tesoro
 sobre islas de coral montañas de oro!





CANTO SEGUNDO

ZAIDA Y MARCHENA

RESUMEN

Llegada de Zaida á la flota. — Historia de Zaida. — Nuño. — Primer amor de Zaida. — Muerte de don Mendo. — Zaida sigue hasta Palos á Rodrigo de Triana. — Carta del Padre Marchena á Cristóbal Colón.

1.

Y sucedió que, al declinar el día,
navegando un esquife á remo y vela,
á la flota siguiendo con porfía,
abordó la postrera carabela.
Llegó el esquife al buque. — ¿Qué quería?
Nadie lo sabe. Luego, con cautela,
dos pasajeros por babor dejando,
volvió otra vez al puerto orzando... orzando...

2.

¿Quiénes eran los tardos pasajeros?
En la flota su nombre se ignoraba.
Mostraban ser apuestos caballeros,
si bien faz más gentil uno ostentaba.
Que fuesen, entre varios marineros,
dos espías del Rey se susurraba.
— ¿Quiénes eran por fin? — Al Almirante
le habla así aparte el de gentil semblante:

3.

— «Yo soy Zaida. Ése es Nuño. Mi apellido,
con el origen de mi ser, se ignora:
en mi niñez no sé qué historia he oído
de un gran señor y una princesa mora.
De madre la de Nuño me ha servido;
mas el secreto que mi pecho llora,
con celo lo guardó tan indiscreto,
que murió la infeliz con el secreto.

4.

»Quedé huérfana y rica. Tiernamente
á su hijo Nuño encarga me dé ayuda
mi nodriza al morir. ¡Cumple fielmente!
No siento pena que á templar no acuda.
Por esto que una vez, estando ausente,
me escribió Nuño, inferiréis, sin duda,
con qué respeto ven, con qué cariño,
sus ojos por mis ojos desde niño.

5.

«Sin ser amor mi amor, te miro inquieto,
te hablo de mi respeto, y te enamoro:
causa de admiración, de amor objeto,
tu pasión quiero y tu virtud adoro.
Siendo igual mi cariño á mi respeto,
si es amor ó amistad mi afecto, ignoro:
amante real, amigo en la apariencia,
es el culto amistad y amor la esencia.»

6.

»Niña, á un don Mendo, á quien amar creía,
fría mi lengua le juró constancia:
mi pobre corazón nada sabía,
dormido aún en brazos de la infancia.
Fué don Mendo á la guerra en que servía.
Quedé yo expuesta al tiempo y la distancia.
Yo, sin amor; él, según fama, amando,
marchó don Mendo y me quedé esperando.

7.

»Crecí. Lo que sentí en mi edad temprana
mis ojos os dirán, que nunca mienten;
¡se ama tanto en la tierra sevillana,
que allí, señor, hasta las piedras sienten!
Me amó y amé á Rodrigo de Triana
tanto... que no hallo voces que lo cuenten.
Pero ¿y don Mendo, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

8.

»Pero, aunque mucho amé, siempre con-
llevaba de mi fe la confianza, [migo
pues nunca el nuevo amor, creed lo que os digo,
en mi antigua palabra hizo mudanza.
Fiel á don Mendo, nunca dí á Rodrigo,
muriéndome por él, ni una esperanza.
¿Don Mendo, en tanto, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

9.

»Voló Nuño en su busca al fin, queriendo
de mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiere, viene... y me contó, volviendo,
la triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció don Mendo!
¡Siempre fiel, aunque nunca enamorada,
á no saberse de él, día tras día
de mi vida hasta el fin le esperaría!

10.

»Mas, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo:
¡ah!, ¡no hay placer, para el amor, entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo,
que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo
con Nuño, de mis males compañero.
Quiero morir si halla él por mí la muerte:
¡que quepa á un mismo amor la misma suerte!

11.

»Le seguí. Vine á Palos. Vi á Marchena,
me contó vuestra marcha, y á mi ruego
fletó un buque, dolido de mi pena,
y al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena,
en vuestras manos mi destino entrego.»
«¡Bien!,—la dice Colón.—¡Bien, hija mía!»
El pliego de Marchena así decía:

12.

«¡Salud, Colón! Llevando á la dadora,
á la que arrastra del amor el fuego,
sale un esquife tras la flota ahora:
que con bondad la recibáis os ruego.
Seis horas hace que rayó la aurora;
y en esta carta, que con llanto riego,
os envió otra vez, por si os alcanza,
mi bendición, mi afecto y mi esperanza.

13.

»Salió hoy el sol... ¡qué confusión... qué
al ver la flota huyendo á toda vela, [ruido
se alzó en el puerto un general quejido
que aun su recuerdo el corazón me hiela!
¡Que se van!, ¡que se marchan, que se han ido!,
grita la gente, que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oír seguía
el ¡que se van!, que el viento repetía!...

14.

»¡Cuanto más pienso en lo arduo de este caso,
más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el puerto y el Ocaso?...
¿será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡Cuánta gloria nos espera acaso!
¡Cuánto dolor tal vez, ¡ay!, nos espera!
¡Si lo grande del hecho me entusiasma,
lo aventurado el corazón me pasma!

15.

»¡Pobre pueblo! ¡Os estaba contemplando en el mar con terror los ojos fijos, todos, cuál más, cuál menos, exhalando en lúgubre tropel ayes prolijos!
¡Y yo también lloraba al ver llorando las pobres madres de los pobres hijos que burla pueden ser del mar y el viento!
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

16.

»Conforme os alejabais, los cuitados, sin ver que más sus ansias encendían, subiéndose á las cimas y collados, los pañizuelos con dolor movían.
¡Adiós!... ¡adiós!... Y hasta los más osados:
—*¡Todo para ellos acabó!*—decían, por sus ojos lanzando en ancha vena cristalizada en lágrimas la pena.

17.

»Ya de ira se arrastraban por el lodo los hijos, las esposas, los hermanos; ya adioses daban de diverso modo, con ojos, lengua, corazón y manos.
¿Y las madres? Las madres sobre todo me desgarraban con sus ayes vanos, al recordar la pena que tendría, por tal dolor y en caso igual, la mía.

18.

—*¡Fraile maldito!*— con amargo acento una gritó en mi rostro el rostro fijo:
¡era esposa!..., perdono su ardimiento, ¡aunque hasta el día en que nació maldijo!
Y á algunas que con lúgubre lamento me gritaron: —*¡Piedad!*— otra les dijo:
—*¡No esperéis compasión de esa alma odiosa que nunca el nombre oyó de hijos y esposa!*

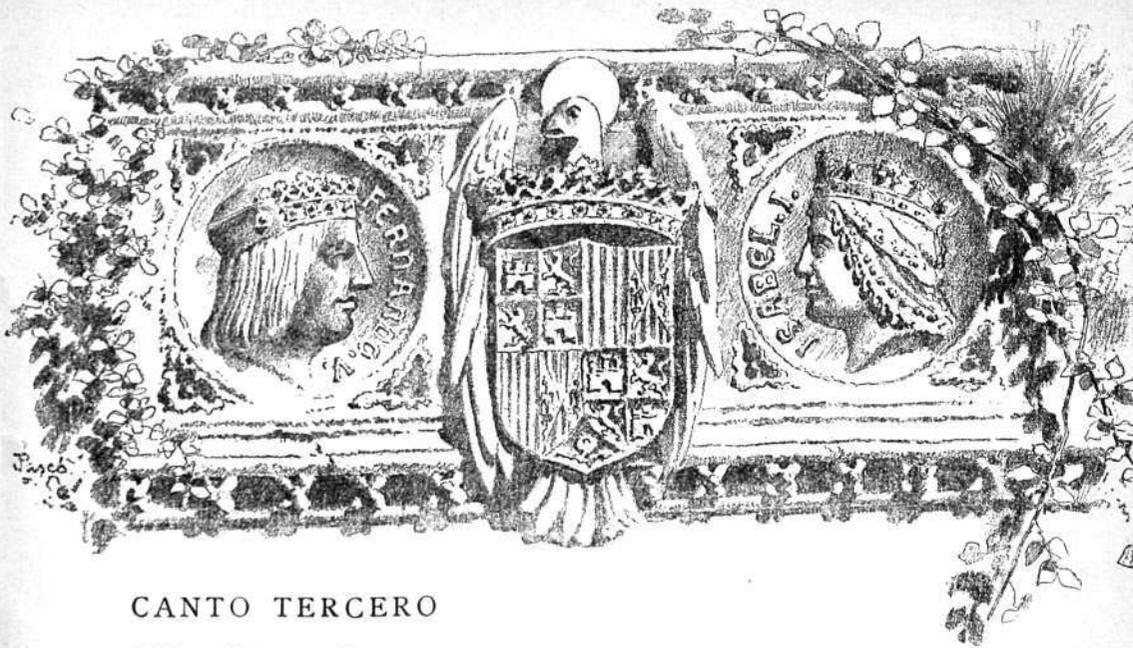
19.

»Mas no importa, ¡valor! ¡cruzad los mares compadeciéndolo al infeliz Marchena!
¡Pronto volved á vuestros patrios lares, ó pronto, ¡ay Dios!, me matará la pena!
Si morís... bien: ¡he aquí vuestros pesares!
¡ay del que á duelo eterno se condena!
¡Quien pudiera, cambiando nuestra suerte, mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

20.

»¡No puedo más!... suplido lo que no os digo: os encomiendo á Dios, y que él os guarde. Parte el esquife... ¡Con el alma os sigo!
¡ánimo, pues!... para temer ya es tarde.
¿Sabéis que os llamará, querido amigo, la ruín posteridad, fiera ó cobarde?
**SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO;
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.»**





CANTO TERCERO

EL CIELO

RESUMEN

Día 4 de Agosto de 1492. — Invocación de Colón. — Descripción del cielo. — Aparición de las virtudes teologales. — La Fe. — La Caridad. — La Esperanza. — Se funden en la luz las virtudes teologales. — Continuación del viaje.

1.

Del mar, Colón, las olas contemplando
muy de mañana, en el segundo día,
dice, en su empresa colosal pensando:
—«¡La voluntad de Dios será la mía!»
Luego, al cielo los ojos levantando
no sé si con más pena que alegría,
en la ilusión que su cerebro inflama,
con alma, vida y corazón exclama:

2.

«¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana,
peregrinas virtudes teologales!
¡Guiadme, FE, lumbrera soberana
que obscurecéis las luces eternas!
¡Valedme, CARIDAD, graciante hermana
del más mísero y vil de los mortales!
¡Alentadme, ESPERANZA bendecida,
último aliento de la humana vida!»

3.

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura
abrió el cielo sus puertas de repente,
viendo al punto Colón tanta hermosura
con los ojos del alma claramente.
¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura,
se hace la gloria á la virtud patente,
y si del cielo es el candor modelo,
eco es también de la inocencia el cielo.

4.

Todo reina allí en paz, aunque es activo.
Nunca allí la embriaguez raya en demente.
Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo,
es de lo bello inagotable fuente.
Todo cuanto allí nace es expansivo;
todo cuanto allí existe es inocente.
Como nada en sí el alma allí sepulta,
no hay secreto placer ni gloria oculta.

5.

Amorosas las almas en el cielo,
todo, unas de otras al través, lo miran;
y unas de otras en pos, con fiel desvelo,
cual mutuas sombras cariñosas giran;
el amor de los niños en el suelo
las almas trasladar al cielo aspiran:
«hermano» á todo cuanto adoran llaman;
allí los seres se aman porque se aman.

6.

Las almas su presente van pasando
como un recuerdo de delicias lleno.
En perspicua mudez se hablan mirando.
Siente en voz alta su patente seno.
Con un beso mental en sí encarnando
cuanto ha criado Dios de alegre y bueno,
las horas son de su existencia pura
horas de fiesta en días de ventura.

7.

Sienten las almas el placer del llanto
cuando atraviesa el pecho enternecido
la santa pena del recuerdo santo,
del licito placer por siempre huído;
mas aunque deja con lloroso encanto
algún dulce recuerdo el pecho herido,
son del cielo las lúgubres endechas
piedras que aguzan del placer las flechas.

8.

Las almas entristece dulcemente
el miedo de perder el bien que adoran.
Porque no es su virtud más inocente,
su faz las tintas del pudor coloran:
¡ah!, no sintáis por la que dulce siente;
¡ah!, no lloréis por las que tiernas lloran:
como el dolor que con placer se canta,
allí el dolor, aunque enternece, encanta.

9.

Feliz mansión donde se está gozando
con la fe, la razón y el sentimiento.
El tiempo, que á momentos va pasando,
eterno se acumula en un momento.
Grande la voluntad, va ejecutando
cuanto apetece grande el pensamiento.
Siempre el deseo sobre el gusto flota;
nunca al placer la saciedad embota.

10.

De improviso, en equívoca apariencia,
las tres virtudes por Colón llamadas
descienden, cual si en vaga transparencia
de una explosión de luz fuesen brotadas.
La atmósfera embalsama su presencia,
clarifican el sol con sus miradas.
—«Si del mundo faltaseis algún día,—
dijo al verlas Colón,—¿qué quedaría?»

11.

Ved á la FE con venda transparente,
siempre durmiendo y en el bien soñando;
como Colón, intuitivamente,
con los ojos del alma va mirando.
¡Feliz mil veces tú, feliz la gente
que tras tu pie inerrable va marchando,
ciega que ves sin que te alumbre el día,
que tanto ves, como que Dios te guía!

12.

Ven, CARIDAD, de la virtud lucero;
aun vives tú si la justicia acaba.
No piensa el mal tu corazón sincero.
Puro tu labio, cuanto nombra alaba.

Modesta emperatriz del orbe entero,
que al orbe entero sirve como esclava.
Reina que el fausto del dosel no goza,
y que espía el dolor de choza en choza.

13.

Ven, ESPERANZA, manantial risueño
que la promesa y el deseo mana.
Instigadora y cómplice del sueño,
encarnación de un ideal mañana.
Fiera que matas sin fruncir el ceño,
y á quien perdona la bondad humana
el que nos des, infiel, mil amarguras
por ser tan fiel en prometer venturas.

14.

Más eterna que el tiempo la ESPERANZA,
y mucho más que la desgracia fuerte,
tan fuertemente por el tiempo avanza
que cual dios-ilusión mata á la muerte.
Perpetuo mal y eterna bienandanza,
luz de la buena y de la mala suerte:
tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
que tu hermosura es tu menor encanto.

15.

Apenas de Colón la voz fué oída,
volaron las virtudes hacia el suelo:
de todos los caminos de la vida
el más corto y mejor es el del cielo.
La esencia de ellas en la luz fundida
vuela, pero es inútil que su vuelo
ojos humanos penetrar intenten:
nadie las ve, mas todos las presienten.

16.

Fresca es la brisa. El mar está en bonanza.
Atrás los ojos húmedos tornando,
triste la gente por el mar avanza,
madres, hijos y esposas recordando.
La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,
todo el ser de Colón electrizando,
tocaron con la boca dulcemente
su corazón, sus labios y su frente.

17.

Y exaltado Colón, así murmura:
—«Vamos, pues. Los misterios de Occidente
no los creará, como hoy, la edad futura
fantásticos prodigios de un demente.»
Dijo, y brilló en sus ojos la ventura;
y después, anublándose su frente,
añadió:—«Y si la suerte me es impía...
¡la voluntad de Dios será la mía!»

(Se continuará)

ENTRE DOS OCÉANOS

(CONTINUACIÓN)

Narración de viajes y aventuras escrita por Luciano BIART é ilustrada con dibujos de Félix LIX.

El animal que tal vez se oye correr, preparar ó saltar de rama en rama, no es un conejo inofensivo, ni una indolente culebra, ni la regocijada ardilla: es un jaguar, una serpiente venenosa, un mono. Sin embargo, no es el tigre ni la boa ni el leopardo, de los cuales sabe defenderse, lo que más teme encontrar el viajero; es... el hombre.

— ¿Has terminado tu revisión? — preguntó de pronto el capitán á su hijo.

— Sí, padre mío.

— ¿Tienes que indicarme algún error?

— Ninguno.

— Entonces, basta de trabajo.

Y el capitán, levantándose, guardó sus notas, planos y compases en uno de los sacos de cuero que él y sus compañeros llevaban siempre á cuestas durante las marchas.

— Pareces contento, padre, — dijo Raúl.

— Lo estoy, hijo mío. Ante todo hemos puesto de nuevo manos á la obra, y esta vez en buen camino, según creo. Desde la desembocadura del Coatzacoalcos hasta el punto que ocupamos ninguna dificultad importante se opone á la construcción de un camino. Talados los árboles que nos rodean, nada será más fácil, gracias á lo llano del terreno, que construir una de esas vías férreas provisionales por cuyo medio han conquistado los norte-americanos los desiertos de su país, todavía más vastos que los de México.

— ¿Piensas, pues, en un ferrocarril?

— Como primer medio, no de otro modo. Lo que yo quiero, y querré hasta mi último suspiro, es abrir un paso seguro, á través del istmo que en este momento pisamos, para los buques que desde el Océano Atlántico deben trasladarse al Océano Pacífico. Quiero acortar, á lo menos de tres meses, su travesía á estas Indias, que Colón buscaba y creyó encontrar cuando descubrió las costas de la isla de San Salvador; y quiero evitar á los futuros marinos la necesidad de doblar el cabo de Hornos.

— Y donde tú mismo has naufragado y estado á punto de morir.

— Sí, — respondió el capitán con temblorosa voz, — pero Dios no lo quiso; y siempre está

presente en mi memoria aquella noche fatal en que blanquearon mis cabellos. No dejé de tomar ni una sola de las precauciones que la prudencia y la experiencia podían inspirarme, mas la tempestad, burlándose de mis cálculos más exactos, estrelló mi buque contra las rocas. Doscientos de mis marineros sucumbieron, y sus gritos, que oigo todavía...

— Tan bien cumpliste entonces tu deber, padre, — exclamó Raúl, — tan grande fuiste y tan enérgico en la lucha contra los enfurecidos elementos, que el consejo de guerra ante el cual compareciste hubo de felicitarte y aun pedir el grado de contralmirante para ti.

— Es verdad. Pero, pensando sin cesar en mi desgracia, en todos los que antes que yo tuvieron el dolor de ver su buque perdido en aquellos horribles parajes, en todos aquellos á quienes igual destino amenaza en lo futuro, he pasado noches de insomnio buscando el remedio que pudiera conjurar esos peligros. Y en esas noches sin sueño resonaban en mi oído los rugidos de la tempestad.

Contenidos sollozos entrecortaron la voz del capitán; callóse al fin, y á grandes pasos iba de un extremo á otro del angosto claro. Anhelante, húmedos los ojos, veía sin duda en aquel momento las desgarradoras escenas de la noche fúnebre cuyo recuerdo acababa de evocar. Poco á poco acortáronse sus pasos y, con un gesto violento, hizo como si ahuyentara con su voluntad la imagen ó el pensamiento que le perseguía.

— He encontrado, — murmuró, — sí, he encontrado.

Tranquilizáronse sus alteradas facciones y, acercándose á su hijo, díjole al cabo de un instante:

— Grande hombre fué Cortés; sin embargo, sus verdaderos títulos á la inmortalidad no serán acaso en lo porvenir haber conquistado México con un puñado de soldados. El guerrero, el destructor, derramó torrentes de sangre, y aunque fuera injusto juzgarle por nuestras ideas modernas, es innegable que sólo fué azote para los pobres indios. Pero, cumplida su obra brutal, mostróse Cortés político más

RESUMEN DEL NÚMERO ANTERIOR. — El capitán Lacroix, después de haber naufragado en el cabo de Hornos, acompañado de su hijo Raúl, se propone explorar el río Coatzacoalcos con objeto de buscar un paso en la América central que una los océanos Atlántico y Pacífico. Acompañantes Misoc, indio mixteca, y los dos fieles marineros Maturin y Boliche. El capitán y Raúl, atravesando las selvas mexicanas, tratan de llevar á cabo el gran proyecto en cuya realización están empeñados.

profundo que hábil fué como guerrero, y hay que admirarle sin reserva cuando, en su tercera carta á Carlos V, declara necesario, urgente, abrir un paso marítimo á través del continente que acaba de conquistar, ya uniendo ríos de opuestas corrientes, ya labrando un canal que puedan surcar los buques. El día en que Cortés concibió la idea de unir los dos Océanos, la misteriosa llama de su genio descubriale sin duda alguna el porvenir.

No queriendo interrumpir á su padre, Raúl hizo un gesto de aprobación.

— ¡Cuántos hombres muertos en toda la fuerza de su juventud y en las angustias de un naufragio, — continuó el capitán, — hubiesen vivido largos años si hubiese podido Cortés realizar su admirable proyecto! Conocía el Coatzacoalcos, y, por las noticias que le diera el regio prisionero, Moctezuma, creyó un momento que este río comunicaba con el Océano Pacífico, y así ya estaba trazado el camino que pensó abrir.

Díaz Ordaz, uno de sus lugartenientes, recibió orden de reconocer y estudiar esta hermosa corriente, y, pasando por aquí mismo antes que nosotros, vióse detenido por un «rápido» á los diez días de marcha. Murió Cortés, y con él pareció morir su humana y fecunda concepción.

— ¿No es ésta acaso, — dijo Raúl, — la historia de muchas grandes ideas? Demostrabas tú mismo el otro día, padre, que se ha necesitado más de un siglo para comprender la importancia del poder expansivo del vapor debido á Dionisio Papin, y más de dos mil años para que fuese la electricidad otra cosa que motivo de la curiosidad de los hombres.

— Es singular, — prosiguió el capitán, — que la idea de Cortés reaparezca casualmente en 1771, descubriéndose en Veracruz, entre la artillería emplazada en el castillo de Ulúa, cañones fundidos en Manila. En efecto, sabiendo que los buques españoles no doblaron hasta 1767 los cabos de Hornos y de Buena-Esperanza, y que todo el comercio de Asia se hacía por el puerto de Acapulco, atormentaba al virrey Bucareli la idea de averiguar cómo podían hallarse en Veracruz cañones salidos de Manila.

Abrió una información y vino en conocimiento de que tales cañones, fundidos en la isla de Luzón y desembarcados en la bahía de Santa Teresa, debieron remontar el Coatzacoalcos. Comprendió en seguida Bucareli la importancia política de semejante vía, y destacó á dos ingenieros, Agustín Cramer y Miguel del Corral, para que estudiasen el terri-

torio situado entre las bahías de Tehuantepec y Tabasco, esperando, como Cortés, que allí se había de encontrar el camino hecho por completo. Pero los ingenieros buscaron en vano la corriente que, naciendo en el Coatzacoalcos, debía morir en el Océano Pacífico.

Siguieron, sin embargo, sus estudios y convencieron de que sería empresa fácil perforar un canal en el pequeño valle de unos veintiséis kilómetros de longitud, formado por la cadena de montañas poco elevadas que cruza el istmo de Tehuantepec. Ese canal, uniendo los ríos Paso y Chimalapa, afluente del Coatzacoalcos el primero, pondría en comunicación los dos Océanos.

Parecía llegada la hora de realizar el gran pensamiento de Cortés; pero la memoria escrita por los dos ingenieros españoles quedó empapelada en los archivos de México y nadie recuerda hoy su existencia.

— Menos tú, padre, que la has adivinado, puesto que sin cesar pensabas en el istmo de Tehuantepec, hasta cuando atravesábamos el de Panamá.

— Sí, menos yo. Y mi convicción es absoluta en virtud de los estudios, que conozco, de Cramer y Corral. Aquí es donde debe realizarse la obra, y mi vida, hijo mío, no tiene en adelante más que un objeto humanitario, y este objeto, de que te hablo á todas horas y me absorbe por entero, debe ser también el tuyo. Quiero sustraer á los marinos á los peligros del cabo de Hornos y abrirles un camino fácil al Océano Pacífico. Mientras los ingleses y americanos, seducidos por el examen de las cartas geográficas, sueñan en la gigantesca labor de cortar el istmo de Panamá, atravesado por altas montañas de macizo granito, yo quiero realizar el proyecto más sencillo y práctico de Cortés, Bucareli, Cramer y Corral. Quiero, si no se equivocaron ellos, que el Coatzacoalcos, de orillas hoy casi desiertas, sea, antes de dos años, el gran camino comercial entre Europa y Asia.

— Y lo conseguirás, padre mío, — exclamó Raúl entusiasmado. — Sí, yo tendré la dicha de ver nuestro apellido inmortalizado por ti, uno de los más gloriosos hombres de este siglo.

— ¡Quita!, ¡quita!, — dijo el capitán, con bondadosa sonrisa; — no pensemos en la gloria, sino en el bien que á todos los humanos producirán las fatigas que vamos á pasar y los riesgos que vamos á correr. El istmo que queremos atravesar tiene poco más de 260 kilómetros de anchura, pero quizás nos veamos obligados á recorrer 500 para seguir las sinuo-

sidades del río y de los valles. Los escasos indios que á nuestro paso encontraremos son de apacible carácter, mas supersticiosos á fuer de ignorantes, y puede inquietarlos y hacérsenos hostiles la índole de nuestros trabajos. ¡No importa! Con hombres adictos, y á quienes nada intimida, como Maturín, Boliche y Misoc, no desconfío del éxito. Por desgracia, apenas habremos realizado la mitad de la tarea cuando hayamos llegado al Pacífico, y nos será entonces preciso instar el apoyo de los poderosos de la tierra para llevar á cabo aquello mismo que habremos visto es practicable, á menos que la muerte...

— ¡Padre mío!, — exclamó Raúl.

— Hay que pensar, hijo, en que es cosa frágil la vida, y van á amenazar la nuestra los elementos, las fieras, las enfermedades y los mismos hombres. Si sucumbo, es mi deseo y mi voluntad, y eso te lo pido también en nombre de tu madre, que prosigas mi obra.

— No hables así, padre mío, — dijo el joven, conmovido. — Yo veré tu triunfo, porque Dios que me ha arrebatado á mi madre cuando era yo un niño, no querrá...

Un ladrido de Mirlitón, y un tiro, interrumpieron bruscamente á Raúl. Calló éste para oír mejor cuando otra detonación les hizo coger á él y á su padre los fusiles y lanzarse en la dirección del río.

III

UN TALISMÁN

— ¿Contra quién os las habéis?, — gritó Raúl, que llegó el primero, viendo á Maturín dispuesto á hacer fuego otra vez.

— Damos caza á un elefante marino, señor Raúl, — contestó el viejo marinero.

— ¡Un elefante marino! ¿A qué animal pretendes bautizar con ese nombre?

— A un ciudadano del tamaño de un borriquito, de piel negra, y provisto de una trompa proporcionada á su volumen. Vais á verle vos mismo, porque le hemos dado, y va á traérsenosle Casco-Empenachado.

El capitán y su hijo, movidos de curiosidad, dirigieron hacia el río sus miradas y divisaron una masa informe que Misoc, nadando, empujaba hacia la orilla.

— ¿Necesitas ayuda?, — gritó al indio el capitán.

— No, — respondió aquél, — el anteburro está muerto.

— Es un tapir, — dijo, oyendo aquel nombre, el capitán. — Parece, en efecto, que esa extraña raza de animales, á cuya caza se de-

dicen los indios por superstición, se ha refugiado hace tiempo en las márgenes del Coatzacoalcos.

— El agua, muchacho, — dijo sentenciosamente Maturín á Boliche, — tiene sobre la tierra la ventaja de proporcionar siempre sorpresas. En las selvas y sábanas de este país estamos seguros de encontrar jaguares ó pumas, pumas ó jaguares, poco más; pero confieso que ésta es la primera vez, y no soy joven, que me hallo en presencia de un elefante marino.

— El tapir no es un elefante, — contestó Raúl, — aunque pertenezca, como aquél, á la gran familia de los paquidermos, es decir, animales de piel recia que se alimentan de hierbas y no rumían. Los tapires, comunes en los tiempos antediluvianos, han dejado restos fósiles en casi todos los países. El *Dinotherium*, cuyo esqueleto te enseñé en París, y cuya talla era mayor que la del mayor elefante, era también un tapir.

— Quizás tengáis razón, señor Raúl; sin embargo, el animal que ha servido de blanco á mi bala, cuando apareció á flor de agua, tiene trompa.

En este momento, Misoc, ayudado por Boliche, sacó del agua el cuerpo del tapir, de unos dos metros de largo, y maese Maturín mostró triunfalmente la nariz del animal.

— Lo que tú llamas trompa, — dijo Raúl, — no es más que un apéndice de utilidad desconocida todavía por los naturalistas, y que nada tiene de común con la trompa de los elefantes.

— Si este elefante se pareciese en todo á los que he visto pasearse en la India, — replicó el obstinado marinero, — no sería anfibio.

— No lo es, — dijo á su vez el capitán, — porque si bien le gusta vivir en comarcas pantanosas, nada con facilidad y se baña de buena gana, no por eso es anfibio, como no lo son las focas, las marsoplas, los castores, las nutrias y los cocodrilos.

— Pero, ¿no es anfibio el cocodrilo?, — exclamó el viejo marinero.

— No, por cierto, Maturín. Los anfibios poseen, además de pulmones para respirar en el aire, branquias para respirar en el agua. Las sirenas que hemos encontrado en los lagos de los Estados Unidos, los axolotles, esos peces dotados de patas que tanto te han maravillado en las lagunas de México, esos son los verdaderos anfibios. Y ahora, amigos míos, — añadió el capitán, — siento que no hayáis sabido resistir á la tentación de hacer fuego contra un animal cuya carne ni siquiera es buena para comer.

—¿Estáis seguro de ello, capitán?,— preguntó Maturín en tono de duda.

—No, mi viejo lobo; pero me lo han asegurado, y los indios, cuyo paladar no es muy delicado, repugnan la carne de tapir.

El capitán y su hijo contemplaron un instante el río, cuya superficie doraban los rayos del sol poniente, entre el regocijado canto de numerosos pájaros, y se dirigieron luego hacia el campamento.

Maturín los veía alejarse, mientras cargaba de tabaco á la buena Josefina, y en cuanto los hubo perdido de vista, volvióse hacia su ahijado y le dijo:

—Cada uno, en este pícaro mundo, tiene su manera de considerar las cosas, y estoy lejos de pretender que la mía sea la mejor de todas, menos todavía después de hablar el capitán. Mi invariable opinión acerca del tapir es, á pesar de esto, que no deja de ser un elefante, puesto que tiene trompa, y un elefante marino, puesto que salía del fondo del agua cuando le hemos visto. Reservó mi parecer en cuanto á la cuestión de si es más ó menos anfibio que el cocodrilo.

Boliche, con ser más sabio que su padrino, gracias al cuidado que éste tuvo de hacerle instruir durante su niñez, no le contrariaba nunca en ciertas materias. Y es que, si profesaba á veces maese Maturín *opiniones* erróneas acerca de la tierra, el mar ó la historia natural, en cambio su criterio era de una rectitud absoluta cuando se trataba de asuntos del corazón. Podía haber alguien que fuese tan franco, abnegado y bueno como el viejo marinero; pero ningún ser del mundo hubiera podido gloriarse de ser mejor que él.

Así, pues, Boliche aprobó con un movimiento de cabeza el discurso de su padrino, que, con su Josefina encendida, examinaba curiosamente á Misoc.

El indio, con auxilio de su cuchillo de caza, y haciendo la señal de la cruz, cortaba con cuidado las uñas del tapir, y, una vez cortadas, envolvió tres de ellas en una hoja que guardó debajo del toldo de la piragua. Hizo en seguida tres pedazos de la uña que había conservado en su poder, ofreció un pedazo á cada uno de sus compañeros y metió el tercero entre los pliegues del cinturón que sostenía sus calzones.

—¿Qué quieres que haga yo con esto, mi buen Casco-Empenachado?,— preguntó Maturín mirando con sorpresa la substancia córnea que acababa de entregarle.

—Que lo llesves puesto,— respondió Misoc.
—¿Por ventura ignoras que es un talismán?

—¡Un talismán!,— exclamó Boliche.

—Sí,— replicó el indio.— El hombre que posee la menor partícula de la uña de un *anteburro* nada tiene ya que temer de las balas ni de las enfermedades, y está seguro de salir en bien de todas sus empresas.

—¿Quién te ha contado eso, Misoc?

— Mi abuelo, que lo sabía por el suyo.

—¿No tenía yo razón, Boliche,— repuso Maturín con un movimiento de cabeza,— cuando te dije, hace un rato, que cada uno en este pícaro mundo tiene su modo de considerar las cosas? En ese tapir veo yo un elefante marino, Raúl un paquidermo,— quizás no pronuncio bien la palabra,— y el capitán lo contrario de un anfibio. Pues bien, Casco-Empenachado, que dista mucho de ser un necio, ve en el tapir una bestia capaz de preservar á los demás de un mal que no ha sabido evitarse á sí misma, es decir, de la muerte. Opino, por tanto, muchacho, en definitiva, que viendo gris los unos aquello mismo que ven verde los otros, no es de extrañar que á los hombres les cueste tanto ponerse de acuerdo.

Pese á su incredulidad en la eficacia del talismán, los dos marineros lo aceptaron para no ofender á su compañero, en el momento preciso en que la buena Josefina empezaba á chisporrotear y era restituida á su sitio.

Entonces Maturín, que, sin pensarlo, pertenecía á la escuela positivista, cortó un muslo de tapir con intención de asarlo, y atendiendo á la juiciosa observación de Misoc, de que la presencia del animal tan cerca del campamento podría atraer algunas fieras, tiráronlo al río, cuya corriente no tardó en arrastrarlo.

Aproximábase con rapidez la noche, pues, lo propio que el día, va precedida en los trópicos de brevísimo crepúsculo, y los tres amigos se apresuraron á regresar al campamento, situándose cerca de la hoguera.

A eso de las siete, el capitán y su hijo, que se paseaban bajo los árboles iluminados por la llama, fueron llamados á cenar. Maese Maturín, después de las carpas que había pescado, sirvió la pierna asada bajo su dirección y que despedía apetitoso olorillo. El capitán y Misoc rehusaron la tajada que se les ofreció, pero Raúl y Boliche quisieron probar el extraño venado, aunque muy pronto se dieron por satisfechos. Por lo que hace á Maturín, sabiendo que el elefante terrestre es bueno para comer, no podía admitir que el elefante marino,— estaba encariñado con el nombre,— pudiera serle inferior, ni aun desde el punto de vista culinario; mas, al segundo bocado, de nada le valió su voluntad enérgica, y lá

repugnancia del estómago obligó al viejo marino á capitular. Sólo Mirlitón, cuyo apetito era insaciable, se regaló con la pierna de tapir.

Terminada la cena, pasaron los viajeros cerca de una hora conversando. Naturalmente el capitán tenía la palabra, y comunicó á sus compañeros la idea que atormentaba su imaginación, y cuya grandeza y utilidad comprendían todos, sin exceptuar á Misoc.

Gracias á la tranquilidad de la atmósfera, reinaba en la selva un silencio todavía más profundo y solemne que durante el día.

Dió al fin el capitán la señal de descanso; desparramaron por el suelo los haces de brezos y tendiéronse los viajeros sobre esa cama improvisada, con las armas al alcance de sus manos. Sólo permaneció en pie Boliche, encargado de velar el sueño de sus compañeros. Armado con su fusil, paseábase el joven marino á lo largo y á lo ancho, deteniéndose de vez en cuando y lanzando á la hoguera una brazada de ramas. Al oír chisporrotear la leña, Mirlitón, echado casi en el fuego, levantaba á medias la cabeza, olfateaba el aire, agitaba amistosamente el rabo y volvía á dormirse.

Allá á media noche acercóse Boliche á Misoc y le tocó el brazo. No se necesitó más para despertar al indio, que pronto estuvo en pie. Ocupó el puesto su compañero, y entretanto Misoc se alejó de la hoguera lo suficiente para salir del círculo que aquélla alumbraba, y se puso, según su costumbre favorita, en cuclillas, ó, mejor todavía, se sentó sobre sus talones, y en esta posición, insostenible para un europeo, permaneció tan inmóvil que bien pudiera creérsele dormido.

No dormía, sin embargo, y su oído, á fuerza de práctica, hacíase cargo de todos los rumores, y su mirada seguía con curiosidad las evoluciones de los insectos, atraídos por la llama de la hoguera. Mariposas y escarabajos, después de revolotear largo rato, precipitábanse en el horno fascinador, sin que su triste suerte sirviera de advertencia á sus compañeros. De pronto cernióse sobre los durmientes un murciélago-vampiro y describió en el aire una serie de círculos más y más reducidos alrededor de la cabeza de Raúl. Parecía que iba á posarse, y Misoc iba á intervenir, cuando escapó á la aparición de un buho. Los dos enemigos, sin que produjeran sus alas el menor ruido, giraron en torno de los árboles con admirable seguridad de vuelo y desaparecieron bruscamente en las tinieblas.

Una hora hacía que estaba velando Misoc y se preparaba á avivar la lumbre con nueva provisión de ramas, cuando se detuvo de sú-

bito, con el cuerpo inclinado hacia adelante, agachada la cabeza en dirección al río y escuchando con profunda atención el monótono susurro de las aguas. En ese momento Mirlitón levantaba la cabeza, y sentado sobre sus patas, rastreaba el aire en la mencionada dirección é iba á colocarse delante del mixteca lanzando un tenue gruñido. Misoc le avisó que se callara oprimiendo el hocico del animal, que obedeció; pero sus brillantes pupilas y sus tiesas orejas, su entreabierta boca y los movimientos de su cola, demostraban al indio que no se engañaban sus sentidos y algo extraordinario ocurría en el Coatzacoalcos.

Misoc se acercó á los que dormían, y mirando alternativamente al padre y al hijo, pareció vacilar, hasta que por fin se inclinó hacia Boliche y le tocó en el brazo. El joven marino abrió los ojos.

— ¡Levántate!, — le dijo Misoc; — ven.

— ¿Qué sucede?, — preguntó Boliche, cuando estuvo á diez pasos de la hoguera.

— Bogan en el río.

— ¿Cómo lo sabes?

— Escucha, y oirás el ruido en el agua.

— Despertemos al capitán.

— Aguarda, y sujeta á Mirlitón. Antes de dar la voz de alarma, prefiero cerciorarme de que ni él ni yo nos engañamos.

Boliche cogió al mastín por el collar erizado de puntas de hierro que protegía su cuello, y Misoc desapareció entre los árboles antes de que su compañero pudiese hacerle la menor observación.

El indio, que parecía ver en la obscuridad, llegó presto al paraje donde habían abordado sus amigos. La luna, invisible bajo las tupidas copas de los árboles, plateaba la superficie del agua, y á su favor, casi enfrente de él, vió Misoc pasar una piragua que remontaba la corriente. Esta piragua, muy alta de popa, era tan parecida á la que estaban encargados de dirigir Maturín y Boliche que Misoc, convencido de que ella era la que se llevaban, preparó su fusil. Antes de tirar, no obstante, acercóse á la maleza, bajo cuyas ramas dejaron oculta la embarcación, y vió que estaba allí.

Volvió sobre sus pasos y se encaminó al campamento, temiendo que pudiera verse el fuego de la hoguera. Los dos remeros rebasaron la altura de dicho campamento cuando ya Misoc, tranquilizado en cuanto á la hoguera, estaba al acecho. Cambiaron algunas palabras y navegaron hacia la orilla derecha del río, mejor alumbrada por los rayos de la luna. Misoc, penetrando en seguida en la selva, aparecióse de improviso á Boliche.

—¿Qué has descubierto?, —preguntó el joven, que dió un paso atrás, sorprendido por la brusca aparición de su compañero.

—Que una piragua parecida á la nuestra remonta el río,— contestó el indio,— y que la tripulan extranjeros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los remeros que acabo de oír golpeaban el agua no al estilo de los indios, sino como tú y maese Maturín... Además, han hablado al pasar por delante de mí.

—¿Qué decían?

—Lo ignoro; sus palabras no eran francesas, ni mixtecas, ni españolas.

—Despertemos al capitán,— dijo Boliche, adelantándose hacia la hoguera.

—¿Para qué?, —respondió Misoc.— Nada puede hacer ahora. Dejémosle descansar, ya habrá tiempo de avisarle mañana.

Esta vez Boliche no fué del parecer de mixteca, y el capitán, suavemente despertado, fué puesto al corriente del descubrimiento del indio.

—Es raro,— dijo después de interrogar á Misoc varias veces,— y lo que más me sorprende es que esa piragua se atreva á navegar durante la noche.

—La luna ilumina el río,— dijo Misoc;— los extranjeros siguen el ejemplo de los indios, que con frecuencia prefieren su claridad al brillo abrasador del sol.

Permaneció el capitán pensativo un instante, felicitó á Misoc por su vigilancia y obligóle, así como á Boliche, á tomar algún descanso, mientras se encargaba él de la guardia del campamento. Mirlitón, que había vuelto á acercarse al fuego, no tardó en adormecerse, y la quietud del valeroso animal probaba de modo indudable que había recobrado su tranquilidad el desierto, por lo cual paseábase el capitán confiadamente á cincuenta pasos de la hoguera.

—¡Extranjeros, extranjeros!, —repetía, preocupado por lo que acababa de saber.

Si en otro tiempo ha servido el Coatzacoalcos de gran vía para la cochinillá y el índigo, cosechados en Guatemala y destinados á Europa, perdió más de un siglo há el privilegio de este comercio, que ha tomado la dirección de Oaxaca, Tehuacán y Orizaba. Cierto es que alguno que otro indio siguen una ó dos veces al año la corriente del hermoso río, al cual pensaba el capitán Lacroix devolver su antigua importancia; pero lo es también que si algunos americanos y europeos explotan las selvas que bordean la desembocadura, no se aventuran nunca á más de diez leguas en sus

inhospitalarias orillas. Siendo así, ¿qué secreto designio podía traer á aquellos extranjeros al sitio donde se hallaban?

—Dícese á veces,— pensaba el capitán,— que en ciertos momentos una idea, por mucho tiempo mal definida, parece flotar en la atmósfera, y halla acogida en varios cerebros á la vez. ¿Tendrá otro que yo el pensamiento de unir los dos océanos en este punto del continente americano? ¿Voy á encontrar un rival, un adversario ó un amigo?

El capitán tenía un gran corazón, y el objeto que perseguía era, como lo explicara á su hijo, realmente humanitario.

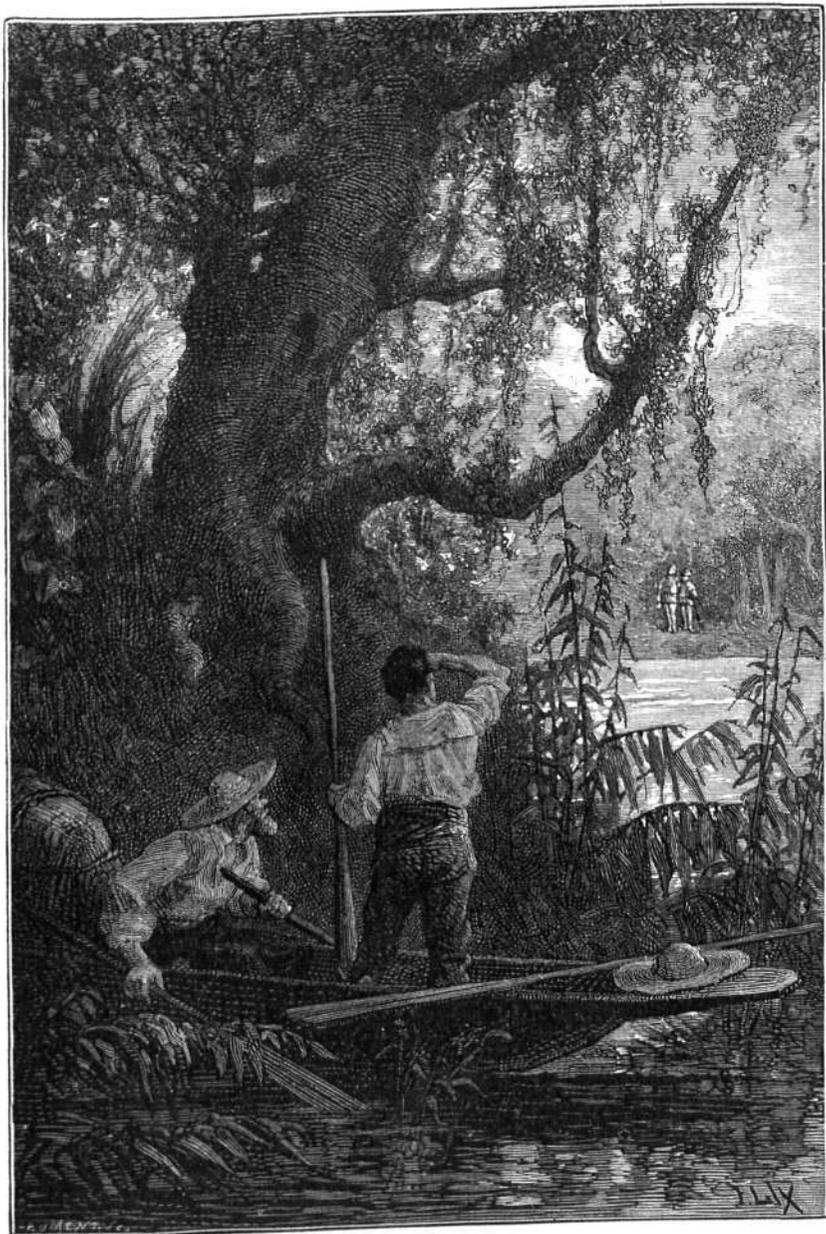
—Si he acertado y se trata de un rival seremos dos á querer lo mismo,— murmuró,— y, Dios mediante, pronto atravesarán los buques este país, que será entonces floreciente, y cuya fertilidad no resultará inútil para el hombre.

A lo mejor de sus reflexiones, de esos sueños del porvenir que abreviaron sus horas de guardia, vió el capitán palidecer de pronto el fuego de la hoguera, y levantando sus ojos hacia las copas de los árboles, notó que estaba saliendo el sol. Raúl y maese Maturín, despertados por los discordantes gritos de dos buitres, abrieron los párpados á un tiempo y, sorprendidos al observar que era su jefe el centinela, cuando ni á ellos los habían llamado para vigilar, acercáronse á él. Contóles el capitán los incidentes de la noche, en tanto que Misoc y Boliche, levantados á su vez, ocupábanse en preparar el café.

Bebiendo aquel sano desayuno y comiendo tortas de maíz, recibió la exigua columna las instrucciones de su jefe. Conforme hicieron desde que abandonaron el mar, él, Raúl y Misoc iban á seguir la orilla izquierda del río, á fin de continuar el estudio del terreno. Recomendó á sus compañeros que marcharan con gran circunspección; era preciso poner el mayor cuidado en no caer de improviso en el campamento de los viajeros nocturnos, y otro tanto en no dejarse sorprender por ellos, ya que, hasta nueva orden, había que considerarlos como á enemigos.

Finalmente, pasada como media hora de su partida, pondríanse á su vez en marcha Maturín y Boliche, costeano la orilla ya explorada por sus amigos y prontos á recibir los avisos ó las órdenes de su jefe. En caso de alarma, dos tiros serían la señal de tomar tierra. Lanzarían entonces los de la piragua cohetes que, indicando el punto donde se hallaban, permitieran á los otros juntarse con ellos.

Manifestadas ya con claridad sus intenciones, echóse el capitán al hombro el saco donde



— ¡Si estaré deslumbrado!, — murmuró el viejo marinero.

guardaba sus notas, y siguieron su ejemplo Raúl y Misoc, llevando el primero los instrumentos geodésicos, y el segundo los víveres. Seguros de que estaban en buen estado sus armas, fijos en el cinto sus cuchillos de caza, los tres exploradores, seguidos de Mirlitón, impaciente, metiéronse por entre los árboles, cuyos aproximados troncos limitaban el horizonte.

Boliche y Maturín habíanse dirigido, al propio tiempo, al paraje donde se hallaba su piragua y, llegados á la margen del río, al salir de la obscuridad de la selva quedaron un instante deslumbrados por los rayos del sol. Pusieron sus armas en el fondo de la embarcación, y padrino y ahijado prepararon los remos, disponiéndose á partir.

En una extensión de cerca de tres kilómetros, presentábase á sus ojos el Coatzacoalcos casi en línea recta, flanqueado por majestuosos y seculares árboles, y en la frontera orilla una bandada de cotorras, que con su presencia revelaban la proximidad de una sábana, charlaban y parecían discutir con ardor. Callaron de pronto, y, asustadas, alzaron el vuelo. Oyóse un ruido en la maleza, y cuando esperaban los dos marineros ver un ciervo, aparecieron en la orilla opuesta dos hombres de estatura desigual, con esos vestidos de piel de corzo casi obligatorios para los que atraviesan las selvas vírgenes.

Era en aquel sitio mayor de seiscientos metros la anchura del río, así es que se hacía difícil distinguir las facciones de los viajeros, hasta para los ejercitados ojos de Boliche. Pero el más alto de los desconocidos, quitándose el sombrero de paja, mostró su cabeza y blanca barba y apoyóse en el hombro de su compañero, acción esta última familiar en el capitán Lacroix.

Maturín y Boliche, estupefactos ante la aparición, cambiaron una rápida mirada.

— ¡Si estaré deslumbrado!, — murmuró el viejo marinero. — ¿Qué ves, muchacho?

— Al capitán y su hijo, contestó el joven resueltamente.

Maturín iba á levantarse, empujar la piragua fuera del follaje y llamar, cuando los viajeros, después de sondear con la mirada el curso del río, desaparecieron en el bosque.

— ¿Habremos soñado? ¿Será eso un espejismo? — exclamó maese Maturín.

— No, — contestó Boliche, — ciertamente son Raúl y el capitán los que hemos visto.

— ¡Imposible, muchacho! No hay en el Coatzacoalcos puente alguno detrás de nosotros; de eso estamos seguros. Si delante de

nosotros hubiese uno, que lo dudo, de todos modos ha de estar demasiado lejos para que el capitán haya tenido tiempo de pasarle y volver aquí.

— Tenéis razón, — dijo Boliche; — sin embargo, la estatura, el traje y el aspecto de las dos personas que acabamos de columbrar son exactamente las del capitán y Raúl.

— No será ésta la primera vez, — replicó Maturín, — que á simple vista se haya tomado por un brique una corbeta. Esos dos hombres son, á no dudar, los dueños de la piragua que pasó esta noche.

— Entonces, ¿qué hacemos?, — preguntó Boliche. — Van costeando la orilla, y no podemos desamarrar sin que nos descubran.

Maese Maturín quitóse el sombrero y se restregó con fuerza la cabeza, diciendo:

— Pienso que es éste un lio endiablado.

Ayer divisó Misoc en el Coatzacoalcos una piragua tan calcada sobre la nuestra que iba ya á gritar: ¡ladrones!, y se nos aparecen los dueños de la tal piragua, tan semejantes al capitán y á su hijo, que á nuestra vez estamos indecisos. ¿Tendrá acaso ese talismán, — dijo el viejo marinero sacando del bolsillo el fragmento de uña de tapir que le diera Misoc, — un poder diabólico? ¿Será, en efecto, un talismán?

Boliche no pudo menos de reirse al ver el aire perplejo de su padrino, y le dijo:

— Sea como fuere, sólo buenos servicios nos prestó hasta ahora, avisándonos que debíamos estar en guardia; y, salvo mejor opinión, propongo que aguardemos aquí algunos minutos más de lo mandado, para dar á los extranjeros tiempo de franquear el recodo del río, y tener así una probabilidad de que no nos vean. Si tardan demasiado, enterados como estamos de que en este país las conversaciones empiezan á tiros, costearemos con cuidado la orilla, como nos recomendó el capitán, y si nos hacen fuego, la anchura del río, cuando no sea la uña del tapir, nos pondrá fuera del alcance de las balas.

Maturín aprobó el plan de su ahijado, y aprovechó el descanso á que se le sometía para sacar á Josefina al aire libre. Empezaba á chisporrotear esa buena persona cuando pasó una garza real por encima de los dos marineros y fué á situarse enfrente de ellos, á la orilla derecha del río, signo infalible, dada la natural desconfianza de aquellos animales, de que nada turbaba por aquella parte la tranquilidad de la selva. Sacaron, pues, de la maleza la piragua y siguieron su marcha hacia adelante.

(Se continuará.)

LABORATORIO FARMACÉUTICO
y Comercio de
DROGAS
MEDICINALES
y
ESPECÍFICOS NACIONALES Y
EXTRANJEROS

DOCTOR ANDREU. = BARCELONA
CASA FUNDADA EN 1866

Surtido completo para Farmacias
Droguerías, Hospitales, Botiquines
Gabinetes de Cirugía, de Odontalgia
de Oculística, &c.

ESPECÍFICOS PROPIEDAD DEL DR ANDREU
PASTA PECTORAL INFALIBLE
PAPELES Y CIGARRILLOS BALSÁMICOS
MENTHOLINA DENTÍFRICA

ESPECIALIDAD EN **REACTIVOS** • PARA •
ANÁLISIS

Apartado de correos, n.º 146

Andreu
BARCELONA



A. BARCELÓ É HIJOS

MÁLAGA

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA DE ESPAÑA

GRANDES BODEGAS DE VINOS FINOS DE ANDALUCÍA
DESTILADORES DE GINEBRA, ROM, OLD-BRANDY
Y ANISADOS SELECTOS

La venta anual de nuestros géneros es enorme. Las grandes fincas de campo que producen los Vinos de esta Casa, y las hermosas bodegas que los contienen, están á disposición de todo el que quiera visitarlas, y tendrán una idea de la importancia de nuestros negocios.

PEDID NUESTROS ARTÍCULOS EN TODAS PARTES

ACABA DE PUBLICARSE

TRATADO

DE

GINECOLOGÍA

POR

Miguel A. Fargas

*Catedrático de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de Barcelona;
Miembro de la Real Academia de Medicina y Cirugía;
Presidente de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña;
Miembro del Instituto Rubio de Terapéutica operatoria de Madrid;
Miembro honorario de la Sociedad de Obstetricia
y Ginecología de la Universidad Imperial de Moscou, etc.*

Esta importante obra formará dos tomos en cuarto mayor, impresos en magnífico papel glaseado é ilustrados con profusión de grabados y láminas en negro y colores, y aparecerá en cuatro fascículos, conteniendo cada uno una de las partes en que el autor divide su TRATADO. Acaba de publicarse el primero, que consta de 300 páginas con 166 grabados y 8 láminas.

PRÓXIMAMENTE APARECERÁ EL SEGUNDO FASCÍCULO

Salvat y C.^a, S. en C., editores — Barcelona



Thonet Hermanos

DE VIENA

TALLERES DE EBANISTERÍA Y TAPIGERÍA

Pelayo, 40 — BARCELONA — Pelayo, 40

Exigir siempre

la marca "Thonet"

N.º 25 E. I.



-Wertheim-

Máquinas para coser
 LAS MEJORES CONOCIDAS HASTA EL DÍA

ESPECIALIDAD para familias, y para toda clase de industrias; rotativas, ligeras, rápidas y silenciosas.     
 VENTAS AL CONTADO Y Á PLAZOS  

Máquinas rectilíneas superiores, para géneros de punto de todas dimensiones, para medias, calcetines, camisetas, pantalones, refajos, etc., etc.      
 CONSTRUCCIÓN PERFECTA Y SÓLIDA.
 VENTAS AL CONTADO Y Á PLAZOS   

Máquinas de escribir "IDEAL." Escritura completamente visible. Último modelo, que aventaja á todas las demás marcas del mercado universal; fáciles, fuertes y seguras.  
 VENTAS AL CONTADO Y Á PLAZOS  

Roneo duplicador, para sacar millares de copias con limpieza y rapidez asombrosa.      

Pupitres de maderas finas, sistema americano. Construcción sólida y elegante.      
 PRECIOS SIN COMPETENCIA

9, Aviñó, 9.-Barcelona



GRAN FÁBRICA DE MUEBLES ENCORVADOS

- de -

V. Heliu



San Vicente, 302. — VALENCIA

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Precios de inserción: 1 pta. anuncio de una á quince palabras. Cada palabra más: 10 céntimos. EXTRANJERO y AMÉRICA: 1 franco, que puede remitirse en sellos del país respectivo.

El original del anuncio telegráfico (acompañado de su importe en sellos, libranzas ó letras de fácil cobro) deberá remitirse á la administración en Madrid antes del día 5 ó á la de Barcelona antes del 8, para ser publicado en el número del mes próximo. * Al importe de cada inserción se añadirán 10 céntimos por el impuesto del Estado. * La administración se reserva el derecho de devolver, con su importe, el original de cualquier anuncio cuya inserción no juzgue conveniente.

SRTAS. HERNÁNDEZ desean cambiar tarjetas postales. Contestación inmediata. — Comandancia general de Melilla.

CARLOS Arredondo Malcolm (casilla 459, Iquique, Chile) cambia postales ilustradas. Contesta en hermosas tarjetas con vistas de ciudades, paisajes, monumentos, bellezas y costumbres de Chile y del Perú.

LUIS Gárate (Santiago de Chile, Rosas, 1029) cambiará postales vistas y artísticas con todos los países. Resp. segura.

CARLOS H. Serra (casilla 457, Iquique, Chile) cambia postales ilustradas. Contesta en tarjetas con vistas de Chile, de mérito igual á las que reciba.

JOAQUÍN Benitez. Especialidad en tarjetas postales. Compra, venta y cambio de tarjetas postales. Bartolomé Mitre, 559, Buenos Aires.

JOSE M. Cunill (calle de Balmes, 24, Barcelona) échange toute sorte de cartes. Correspondance en français, allemand, italien, castillan et catalan.

DOCTOR Juan Risso Herrera, calle de Soriano, 146^a, Montevideo (Uruguay), desea cambiar postales vistas y tipos todos los países. Contestación segura.

SOVIDAD Cartófila Española «Hispania.» (San Severo, 2, Barcelona.) Fomenta y defiende los intereses de los coleccionistas de postales. — 5 ptas. al año.

POSTALES HOJAS SELECTAS. Se ha puesto en venta la serie octava de seis tarjetas, que reproducen otras tantas vistas de París. 60 céntimos la serie. Para los subscriptores, 30 céntimos.

PIANOS KASRIEL. — Medallas de oro Exposición de París. Se venden en los principales almacenes de Europa y América. — Depósito central: Guarro Hermanos, Barcelona.

CILINDRO para glasear papel, C tamaño 90 x 120 centímetros, con doble polea para la transmisión de vaivén. Casi nuevo. Se vende en buenas condiciones. Razón: calle Universidad, n.º 46. almacén.

SIMPLEX PIANO PLAYER

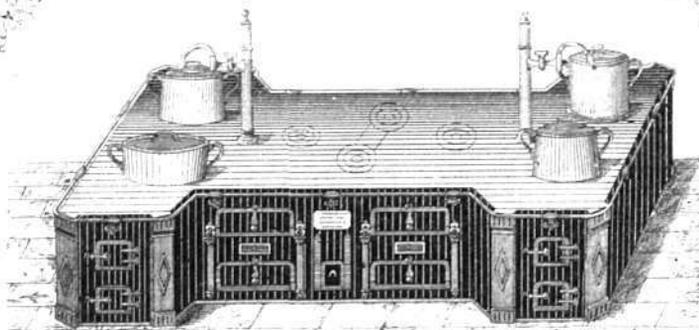
Instrumento sin rival para tocar el piano á la perfección. No hay necesidad de conocer música, y su manejo es sencillísimo. Aplicable á cualquier piano. — Horas de audición: de cinco á siete tarde.

Agencia exclusiva para España y Portugal:

L. M. Febrer AMERICAN MANUFACTURE **Barcelona**
Calle de Santa Ana, número 27

GRANDES TALLERES DE FUMISTERÍA, GALDERERÍA, ETC.

Construcción y reparación de toda clase de cocinas, fijas, portátiles y centrales. Caloríferos «Preckler» para casas particulares, grandes establecimientos y toda clase de industrias. Lejadoras, tostadores, tuberías, hornos, estufas, calderería de cobre y hierro, etc., etc., y todo lo concerniente al ramo. Instalaciones completas. Garantizamos todos nuestros trabajos.



« Hijos de José Preckler »

TALLERES:

Calle Consejo de Ciento, 243^o n.

TELÉFONO 1243

ALMACÉN Y DESPACHO:

Calle del Buensuceso, n.º 3

BARCELONA



Santanusana

♦ Casa la más antigua y reputada ♦ 30 años de existencia ♦

MÁQUINAS PARA COSER, BORDAR Y HACER CALCETA
PARA USO DE FAMILIAS É INDUSTRIALES

LAS MÁQUINAS PARA HACER MEDIA
Y TODA CLASE DE GÉNEROS DE PUNTO
constituyen la especialidad de la casa.

Máquinas para distintas industrias ♦ Guantes ♦ Sombreros de paja y castor ♦ Ojales, etc.

Barcelona * **F. Luis Santanusana** * Carmen, 34

Piezas sueltas, agujas y accesorios = Taller de reparaciones para toda clase de máquinas

LAS MÁQUINAS SON GARANTIZADAS * VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO



SIGLO XV.— La conquista de la gloria.



SIGLO XVI.— La conquista del territorio.



SIGLO XIX.— La conquista del oro.



SIGLO XX.— La conquista del mercado.

LA MODA PARISIENSE

Las pieles de abrigo están ocasionando en la actualidad verdadero delirio, pero lo costoso de ellas ha aguzado el ingenio de las modistas para facilitar á sus clientes el medio de abrigarse cómoda y elegantemente sin recurrir al armiño y otras pieles de subido precio. Una de las más empleadas es el caracul blanco, que es plana,

flexible y produce á la vista muy grata impresión con sus suaves tonalidades de blanco marfil ó amarillento.

Para dar á nuestras lectoras una idea de lo que hoy constituye la suprema elegancia, las remitimos á nuestro primer grabado, en el que el abrigo oculta por completo el traje, y es la

prenda única, por no decir exclusiva, del tocado. Estos abrigos, que cubren por entero el talle, son verdaderas salidas de teatro y están ceñidos por franjas de piel como continuación de la esclavina corta que abriga el busto. Los adornos consisten en aplicaciones de piel de un gusto exquisito, resultando toda la prenda de inestimable valor y utilidad.

El segundo modelo es el de una bata cuya sencillez no excluye la delicada elegancia de líneas, haciéndola sumamente cómoda la amplitud de sus pliegues, artísticamente dispuestos.

Las telas de uno y otro modelo son de gruesa lanilla gris, aunque este color puede variar bastante dentro de los matices suaves, según el gusto llamado modernista.

Los antiguos bailes de trajes, en que cada señora ó señorita imitaba el modo de vestir de algún personaje histórico ó reproducía en los salones aristocráticos tipos plebeyos de innegable encanto, han cedido el turno á los bailes llamados de flores, de los cuales dan precisa idea nuestros dibujos de la página siguiente.

La flor escogida por emblema se destaca profusamente en los adornos del talle, y el tocado no es más que un hermoso ejemplar de la flor cuya representación viviente se encarna en el traje respectivo.

El dibujo central reproduce una bonita cofia de teatro usada por las damas noruegas y suecas, la cual se fabrica de piel de color gris claro ú otro tono pálido. Consisten sus

adornos principalmente en cordones finos de seda y aplicaciones de terciopelo de color.





(Figurines de HOJAS SELECTAS.)

LIBROS RECIBIDOS

La Divina Comedia.— Los señores Alfieri y Lacroix, de Milán, acaban de publicar el inmortal poema del Dante, con tanta delicadeza y lujo, que constituye la nueva edición una verdadera obra artística. La forma del libro es apaisada, con cubiertas y guardas de pergamino. El tipo de impresión es el gótico escritura, con versales en rojo, y está ilustrado el texto, muy profusamente, con viñetas litográficas al cromo orladas en oro, originales del notable artista A. Razzolini, de Florencia. Además, se intercalan hermosas láminas policromas, que sirven de cabecera á cada uno de los cantos del poema.

Los frisos, iniciales y viñetas que adornan cada página, son hermosas miniaturas que acusan la labor de los monjes que ilustraron los antiguos códices y misales de la Edad media.

La nueva edición de *La Divina Comedia*, hecha por los señores Alfieri y Lacroix, honra á las artes gráficas italianas. — Precio: 50 francos.

Papeletas lexicográficas.— Con este título ha reunido el distinguido literato y apreciado colaborador de HOJAS SELECTAS, D. Ricardo Palma, dos mil setecientos voces, que hacen suma falta en el Diccionario de la Real Academia Española.

En este minucioso trabajo demuestra el señor Palma su gran conocimiento del lenguaje castellano y una labor paciente en la colección de palabras, cuya absoluta necesidad viene impuesta por los progresos de las ciencias y artes.

Revista Ibérica de Ex-libris — Es una nueva revista dedicada á tratar de las marcas de posesión del libro. Está hermosamente impresa por el Sr. Oliva y con mucha corrección redactada, publicando artículos en catalán y castellano.

Esta Revista es muy superior á las que con análogo objeto se publican en el extranjero, y de seguro ha de llamar la atención de los aficionados á las marcas posesorias del libro.

Almanaque de La Esquella de la Torratxa, para 1904, con texto catalán, de notables literatos, y dibujos de conocidos artistas.

Memoria con objeto de constituir en Madrid una sociedad anónima, por acciones, para la fabricación y venta de material de imprenta, sobre la base de la que funciona en la actualidad, bajo la razón social de Rey y Bosch.

5.º anuario de los Juegos Florales de Colonia — Es un libro que honra á las prensas alemanas por lo esmerado de su impresión y la hermosura de los grabados. En el texto se reseñan los juegos florales de 1903 celebrados en Colonia y del mismo es principal autor el eximio hispanófilo don Juan Fastenrath.

L'état actuel de l'Electro-culture. — Estudio del cultivo de las plantas por medio de la electricidad. Obra escrita por M. E. Guarini. De venta en la librería de Ramlot, calle de Grétry, 25. Bruselas.

Marines y Boscatjes. — Colección de narraciones populares escritas en catalán por don Joaquín Ruyra, reunidas en un elegante volumen publicado por el acreditado semanario barcelonés: *Jorcutut*.

La DIRECCIÓN de HOJAS SELECTAS advierte que no devolverá los originales que se le remitan.



Somatose

RECONSTITUYENTE DE PRIMER ORDEN

ESTIMULA EN ALTO GRADO EL APETITO

Farbenfabriken vorm. Friedr. Bayer y C.º

ELBERFELD (ALEMANIA)

SE VENDE EN LAS FARMACIAS

EL RÍO DE ORO

por LUCIANO BIART. Un tomo en 4.º mayor, adornado con gran número de dibujos de F. LIX y A. ÚTRILLO, con lujosa cubierta en oro y colores. — Una peseta.

ANÍS DEL MONO

Y CHAMPAGNES

♦ Vicente Bosch ♦

BADALONA * (ESPAÑA)



LAS SOLUCIONES SE REMITIRÁN POR CORREO ANTES DEL 1.º de Febrero de 1904
á la Administración de la Revista: Calle de Prim, 15, Madrid

LA MOLINERA APURADA

Dos labriegos, llamados Pedro Tragacuentas y Jorge Matanúmeros, llevaron á la molinera una porción de sacos de trigo cargados en un carrito de mano.

Al llegar al molino salió á recibirles la molinera, y Pedro, encarándose con ella, le dijo:

— Aquí te traemos este trigo para que lo mue-
las, pero con la condición de que á cada cual nos
has de dar la harina por separado

— Pues entonces, — exclamó la molinera, —



preciso es que me digáis cuántos sacos traéis cada uno.

— Eso sí que no lo sabemos, — respondió Jorge; — pero recuerdo que si yo le comprara uno á Pedro, tendría yo tantos como él.

— Y si en vez de comprarme uno Jorge, — replicó Pedro, — se lo comprara yo á él, tendríamos tantos el uno como el otro.

La molinera aceptó los sacos, pero al ir á molar el trigo no supo averiguar cuántos correspondían á Jorge y cuántos á Pedro.

Para salir de tan grave aprieto recurre la molinera al probado ingenio de los lectores de HOJAS SELECTAS, y de paso nos encarga que sorteemos entre los solucionistas del problema los premios siguientes:

1.º Un ejemplar de la magnífica novela, en dos tomos, de Javier de Montepin, ilustrada con láminas, cuyo título es: Ladrón de Amor.

2.º Un ejemplar de la novela ilustrada en dos tomos, de D. F. Luis Obiols: Corazones de Oro.

N.º 25. E. III.

VALDES ESPAÑOLES

ENTRETENIMIENTO GEOGRÁFICO CON FUGAS DE CONSONANTES

(POR EL CONDE BIZANCIO)

Valde a. e. a.	Villa de Guadalajara.
Valde a. e. . a. o	— de id.
Valde a. e. . o	— de Madrid.
Valde . a. a. . e. o.	— de Badajoz.
Valde . a. a.	— de Cáceres.
Valde . o. . a	— de Guadalajara
Valde . a. . a	— de Albacete.
Valde . a. u. a	— de Madrid.
Valde . a. . o	— de Huelva.
Valde . a. . o	— de Ciudad-Real
Valde . a. u. e. a	— de Madrid.
Valde . o. o	— de id.
Valde . e. a.	— de Ciudad-Real
Valde . a.	— de León.
Valde . e. a.	— de Ciudad-Real

dill: José y la mujer de Putifar, que forma un bonito volumen ilustrado con cromos.

EL VASO Y LA CUCHARA

Fué un ama de llaves á comprar ciertos menesteres para la mesa, y se fijó en un vaso y una cuchara que en el aparador de la tienda estaban.
—¿Cuánto vale este vaso?—preguntó el ama.
—Dos pesetas más de lo que vale la cuchara,—respondió el tendero.
—¿Y el vaso y la cuchara juntos?
—Dos pesetas y media.
—Entonces la cuchara valdrá media peseta.
—No, señora,—replicó el tendero.
—¿Pues cuánto vale?
—Pregúnteselo usted á los lectores de HOJAS SELECTAS, y como son tan amables como ingeniosos, le responderán satisfactoriamente.

El solucionista premiado lo será con un ejemplar de la narración bíblica, de D. Antonio Alta-

Los dos solucionistas agraciados recibirán un ejemplar de la famosa novela: Pablo y Virginia.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

1.ª Para evitar abusos, y con objeto de simplificar el trabajo en nuestras oficinas, rogamos á los señores solucionistas se sirvan remitirnos las respectivas soluciones acompañadas del adjunto *sello-etiqueta*, que al efecto reproducimos en cada número. No será admitida solución alguna que no lleve adherido este sello en el ángulo superior derecho del papel en que venga escrita.

2.ª Finido el plazo de admisión, serán sorteados entre los autores de las soluciones exactas recibidas los

premios ofrecidos en cada problema.

3.ª Los autores de las soluciones recibidas fuera del plazo señalado, no podrán entrar en suerte.

4.ª No será devuelta ninguna solución, aunque llegue fuera del plazo y el reclame el interesado.

5.ª Las soluciones habrán de ir siempre acompañadas del nombre y residencia del interesado, escritos con la mayor claridad, el cual cuando resulte agraciado con algún premio, se dirigirá á la Administración para recogerlo en el término de 3 meses.

En el número de Abril se insertarán las soluciones exactas recibidas, con el nombre de sus autores.



SOLUCIONES

CORRESPONDIENTES Á LA SECCIÓN DE PASATIEMPOS DEL MES DE Octubre.

LA PERMUTACIÓN DE LOS PANES

Es infinito el número de movimientos que pueden hacerse para ir pasando los panes de un taburete á otro, según las condiciones exigidas por el enunciado; sin embargo, el menor número de movimientos posibles para irlos pasando, no para pasarlos todos de una vez, asciende á 33, conforme se ve en la explicación siguiente:

Numérense los panes de 1 á 8, de menor á mayor. Después se colocan los cuatro primeros sobre el segundo taburete; otra pila de tres panes (del 5 al 7) en el tercer banquillo. Ahora se muda el pan número 8 al cuarto taburete; los números 5 á 7, del tercero al cuarto; y finalmente, los números 1 al 4, del segundo al cuarto.

También se puede colocar una pila de cinco panes en el segundo taburete y otra de dos en el tercero.

Sin embargo, los señores cuyos nombres se relacionan á continuación, han hallado en su fecundo ingenio diversas permutaciones, que les

ENFERMEDADES NERVIOSAS
Curación Infalible
POR EL

Jarabe Henry Mure

Completo éxito según lo demuestran 15 años de experiencias en los Hospitales de París.

PARA LA CURACIÓN DE

EPILEPSIA-HISTÉRICO	VERTIGOS
HISTERO-EPILEPSIA	CRISIS NERVIOSAS
BAILE de SAN VICTOR	JAQUECAS
Enfermedades del CEREBRO	DESVANECIMIENTOS
y de la Médula Espinal	CONGESTIONES Cerebrales
DIABETIS AZUCARADA	INSOMNIOS
CONVULSIONES	ESPERMATORREA

Se envía gratuitamente una nota instructiva é impresa, muy interesante, para las personas que la pidan.

HENRY MURE, 80 Pont-Saint-Esprit (Francia).

Un **REMEDIO MARAVILLOSO** que **ESTÓMAGO**
 fue bautizado: **SALVADOR** del
 por los que ha curado, es la

ROYÉRINE DUPUY

*Fácil de tomar,
 Alivia inmediatamente, - Digiere todo,
 Permite de comer todo lo que se apetece.*

Presentada bajo la forma de pequeñas obleas, la ROYÉRINE DUPUY es empleada con el mayor éxito en todos los casos de *Digestiones difíciles*, contra las diferentes formas de las *Dispepsias*, *Gastritis* y *Gastralgias*. Hace desaparecer rápidamente los *Dolores del Estómago*, *Quemazones*, *Acidez*, *Hinchazón del Vientre*, *Dilataciones del Estómago*, *Gáses*, *Cólicos*, *Vómitos*, *Diarreas crónicas*.

LA CAJA DE 40 OBLEAS : 3^{fr} 50 EN FRANCE.

FARMACIA **A. DUPUY**, 225, rue Saint-Martin - PARIS

De venta en Barcelona: Vda. de Salvador Alsina, Pasaje del Crédito, 4, y en todas las farmacias y droguerías.

hacen acreedores á ser considerados como solucionistas de este entretenido pasatiempo.

Así, pues, lo han resuelto: D. Manuel Martínez de Huete, de Llagostera (Gerona); Claudio González, de Madrid; F. Heras, de Burgos; Adolfo Caamaño, de Cambados; Joaquín Celma, de Brieva (Logroño); Antonio G. Escobar, de Madrid; Pío de Pazos, de Melilla; Salud Menacho, de Montellano (Sevilla).

En el sorteo, efectuado con arreglo á las condiciones prescritas, resultaron agraciados los señores D. Adolfo Caamaño, de Cambados (Pontevedra), y D. Manuel Martínez de Huete, de Llagostera (Gerona).

CHARADA

Pe-lo-te-ra

Acertada por los señores: D. Manuel Martínez de Huete, de Llagostera (Gerona); B. H. Morey, de Málaga; Claudio González, de Madrid; F. H. F., de Manresa; Consuelo Cavaller, de Tortosa; F. Heras, de Burgos; Antonio J. de Uceda Vargas, de Jaén; Adolfo Caamaño, de Cambados; Antonio G. Escobar, de Madrid; Julio Llorente, de Segovia.

Han correspondido los dos premios ofrecidos á D. F. Heras, de Burgos, y á D. Antonio G. Escobar, de Madrid.

FABRICA DE GORRAS

de

Alfonso, Simó y C.^a

Primera en España

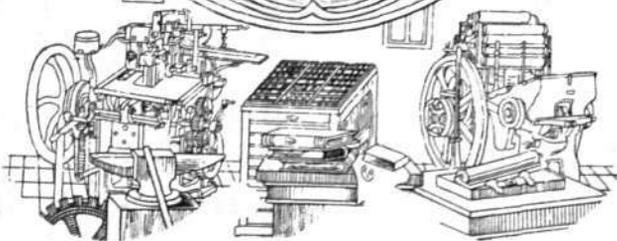
Exportación
 á Provincias y Ultramar

✻ JÁTIVA ✻





Fundición Tipográfica
RICHARD GANS
 Madrid Nº Princesa, 85



VENTA EXCLUSIVA
 de máquinas de las
 fábricas siguientes

Schnellpressen- & Fabrik Frankenthal, Hilbert & C.
 Sociedad anónima. - Máquinas tipográficas de todas clases, rotativas para periódicos e ilustraciones, máquinas litográficas y de fonotipia, como para la rotapampa en hoja de lata, etc.

Rochetron & H. & Schmidt Nf.
 Sociedad anónima en Dresden. - Fábrica de la "Victoria"

H. Bogenforer, en Leipzig. - Fábrica de la "Diamante"

VENTA EXCLUSIVA
 de máquinas de las
 fábricas siguientes

Karl Krause, Leipzig. - Máquinas para la fabricación de papel, para el corte de cajas de carton y para encuadernación.

Preuss & C. en Leipzig. - Máquinas para cueros con alambres, especialidad en plásticos, etc.

Benz & C. Mannheim. - Motores a gas y gasolina

Schumann & Elektrizitätswerk en Leipzig. - Motores eléctricos y dinamos

Grabado en madera de punzones
 Estereotipia

Galvanoplastia

fotograbado

Griles de todas clases para los artes gráficos
 Cinta para imprenta, etc.

Almacén de toda clase de Maquinaria para Imprenta. Litografía e industrias similares

Incandescencia por el gas * **Mechero Fénix** * Sistema privilegiado

DE
PEDRO SAURÍ, calle de Aribau, 10, bajos, BARCELONA

♦ ♦ ♦ Venta exclusiva para toda España del mechero FÉNIX IDEAL ♦ ♦ ♦

Especial para fábricas y talleres donde se acumulan el polvo, la borra y el serrín
* ú otras materias perjudiciales á los demás mecheros de incandescencia *

♦ ♦ ♦ Muelles especiales para evitar la trepidación por grande que sea ♦ ♦ ♦

LISTA DE LOS SRES. CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO encargados de la subscripción y venta de HOJAS SELECTAS

ALEMANIA		PARÍS.	Vda. de Bouret, 23, rue Visconti.
MAGUNCIA. . . .	Saarbachs News Exchange.	—	H. Gautier, 11, rue Gaillon.
AUSTRIA		—	Boyveau y Chevillet, 22, rue de la Banque.
VIENA.	Gerold y C. ^a , Stefanplatz, 8.	INGLATERRA	
BÉLGICA		LIVERPOOL. . . .	C. Scholl, 35, South Castle Street.
AMBERES.	O. Forst, 69, place de Meir.	LONDRES.	Nilsson y C. ^a , 16, Wardour street.
BRUSELAS.	Oscar Schepens y C. ^a , 16, rue Treurenberg.	—	Delizy, Davies y C. ^a , 23, Finch Lane Cornhill.
—	Dechenne y C. ^a , 20, rue du Persil.	ITALIA	
GANTE.	A. Hoste, rue des Champs, 47.	ROMA.	Modes y Mendel.
ESTADOS UNIDOS		MARRUECOS	
NUEVA-YORK.	Libr. Brentano's, Union Square.	TÁNGER.	Antonio Arévalo, librero.
FRANCIA		PORTUGAL	
BURDEOS.	Luis Laborde, rue Margaux, 8	LISBOA.	Augusto Rodrigues Midoes.
ORÁN (Argelia).	A. Torregrosa, 7, rue Tlemcén	RUMANIA	
PARÍS.	Haar y Steinert, 21, rue Jacob.	BUCAREST. . . .	León Alcalay, Calea Victoriei, 37.
—	J. Alcaide, 22, Chaussée d'Antin.		

Berrens y Soulé

INGENIEROS CONSTRUCTORES

ARTÍCULOS PARA LA FOTOGRAFÍA

TARJETAS POSTALES

* * CATÁLOGOS GRATIS * *

◆ ◆ Calle de Fernando VII, 32 — BARCELONA ◆ ◆

BOLETÍN DE SUBSCRIPCIÓN

D. _____
residente en _____ calle _____
n.º _____ desea subscribirse por un año á la revista HOJAS SELECTAS.
Incluye diez pesetas en (*) _____

(*) Pueden mandarse en libranza del Giro Mutuo, letra de fácil cobro, sellos de correo ó en sobre-monedero.

CORTAR ESTA PAPELETA Y REMITIRLA BAJO SOBRE Á LOS SRES. SALVAT Y C.^a, S. EN C., EDITORES

N.º 25. E. IV

Alfonso Juyol. BARCELONA 51 MUNTANER 51

Taller de trabajos arquitectónicos & escultóricos en toda clase de piedras & mármoles. Modelos en yeso.

AGENCIA == COLUBI

CONCESIONARIA DE LA PUBLICIDAD

en las Compañías de los Ferrocarriles de

Madrid, Zaragoza, Alicante, Mallorca y Montserrat

PÍDANSE NOTAS DE PRECIOS

Calle de Balmes, 7, pral. == Barcelona



BIBLIOTECA SALVAT

HISTORIA DE LA UNIDAD ITALIANA

Se reparte por cuadernos semanales.

Le COURRIER de la PRESSE
BUREAU de COUPURES de JOURNAUX
21, Boulevard Montmartre. PARIS 2^e
Fondé en 1889

DIRECTEUR : **A. GALLOIS**

Adresse Télégr.: COUPURES PARIS — TÉLÉPHONE 101.50

Lit, découpe, traduit et fournit les articles de Journaux et Revues du Monde entier, sur tous sujets et personnalités. Est le collaborateur indispensable des Artistes, Littérateurs, Compositeurs, Savants, Hommes politiques, Diplomates, Commerçants, Industriels, Financiers, Jurisconsultes, Erudits, Inventeurs, Gens du Monde, Entrepreneurs, Explorateurs, Sportsmen, etc., en les tenant au courant de ce qui paraît dans tous les Journaux et Revues, sur Eux-mêmes et sur tous les sujets qui les intéressent.

TARIF : 0 fr. 30 par Coupure

Tarif réduit, paiement d'avance, sans période de temps limité.	} Par 100 Coupures, 25 francs	> 250	> 55
		> 500	> 105
		> 1000	> 200

On traite à forfait pour 3 mois, 6 mois, un an

Tous les ordres sont valables jusqu'à avis contraire

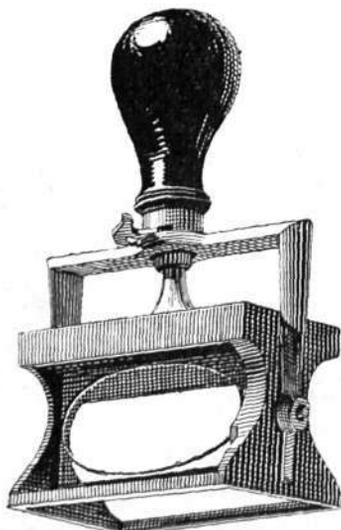
CASIER PARLEMENTAIRE

Relevé des Scrutins de votes et Nomenclature des Travaux des Sénateurs, Députés, Conseillers Municipaux et Conseillers Généraux

Répertoire du Journal Officiel de la République française

PUBLICATION MENSUELLE : 12 FRANCS PAR AN

SELLOS DE CAOUTCHOUÇ



SELLOS DE CAOUTCHOUÇ

Primera fábrica en España. Se solicitan agentes, concediéndose grandes descuentos. Envíanse catálogos a quien los pida.

Eugenio de Torres

SEVILLA

Gran Fábrica de Mosaicos, Baldosines Grè y Refractario

* Hijos de Miguel Nolla = Valencia *

Dirección telegráfica: NOLLA - VALENCIA

Mosaicos Las más altas recompensas en cuantas Exposiciones se han presentado y un informe de la Academia de Ciencias de París reconociendo este pavimento como el mejor del mundo por su gran solidez, poco peso y el infinito número de combinaciones á que se presta.

* * * * *

Refractario. Artículo superior á las mejores marcas extranjeras. Aseveración que hacemos, no por pretender saber más que otros, pero sí porque la naturaleza nos ha proporcionado en esta Provincia minerales especiales para esta industria, contando con los últimos adelantos en fabricación y cochura.

LOS ARCOS

FABRICA DE HARINAS Á GILINDROS



FÁBRICA DE NAVAJAS Y PUÑALES

Sistema DAVERIO

Movida por electricidad

JUSTO ARCOS Y AROCA

Calle San Antonio, 14 y 16. ♦ ALBACETE ♦ Exportación á provincias

Magnífica colección de postales HOJAS SELECTAS

EN TRICROMIA Y FOTOTIPIA

HACIAMOS de publicar ocho series, de seis tarjetas cada una, reproducción esmerada de los mejores grabados publicados ó que se han de publicar en las páginas de la Revista. Creemos que éste será su más completo elogio para nuestros entusiastas favorecedores.

60 céntimos cada serie ♦ 2 pesetas cuatro series ♦ 4 pesetas ocho series

Los señores subscriptores de la *Biblioteca Salvat* (así de la Revista como de cualquiera de las obras literarias y científicas que tiene en publicación) podrán adquirirlas con el 50% de rebaja, ó sean:

2 pesetas ocho series ♦ 1 peseta cuatro series ♦ 30 céntimos una serie

De venta en la administración de Barcelona (calle de Mallorca, 294, chaflán Balmes), adonde habrán de dirigirse precisamente todos los pedidos de provincias, acompañando su importe en sellos

TAPAS PARA LA ENCUADERNACIÓN

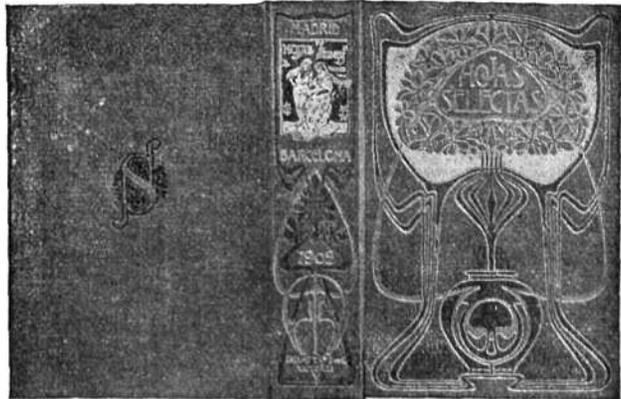
DE

HOJAS SELECTAS

(dibujadas por J. M. TRIADÓ)

	PRECIOS
Tapas sueltas.	2'50 p.
Tapas y encuadernación.	3'50 »
Un ejemplar encuadernado del segundo año	15'50 »
El mismo, para los subscriptores del tercero	13'50 »

Pídanse en la Administración (Madrid, calle de Prim, 15; Barcelona, calle de Mallorca, 220) ó en casa de nuestros corresponsales.



Gran licor * Sámely *

EL MEJOR DIGESTIVO

EL MÁS RECREATIVO

— AL PALADAR —

Exportación á todas partes ♦ José Carulla. = LÉRIDA

ARCAS Y BÁSCULAS

FELIU

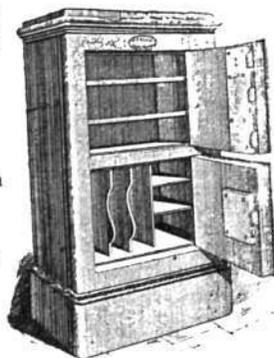
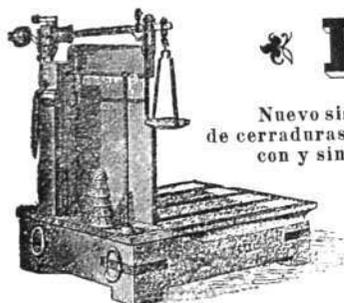
Nuevo sistema
de cerraduras eléctricas
con y sin llave.

Básculas que imprimen
el peso al estar
la romana en el fiel.

Patentes n.ºs. 21.254, 27.930 y 32.064

299, calle Consejo de Ciento, 299

• BARCELONA •



LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS A PRIMA FIJA

Autorizada por Real Decreto de 25 de Agosto de 1865 (38 AÑOS DE EXISTENCIA)

DOMICILIADA EN BARCELONA:

Dormitorio de San Francisco, núm. 5, pral.

GARANTÍAS

Capital social. Ptas. 5.000.000 / 19.664.748'56
Reservas y primas. » 14.664.748'56
Capitales asegurados en 31 de Diciembre de 1902: Ptas. 1.496.378.984'76

FONDOS COLOCADOS EN INMUEBLES EN BARCELONA Y EN VALORES DE MAYOR GARANTÍA

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE

Sr. D. Casimiro Girona y Agrafel, propietario.

VOCALES

Excmo. Sr. D. Federico Nicolau y Condeminas,
ex Senador del reino y ex Diputado á cortes
Sr. D. Antonio Bach de Portolá, abogado y
propietario.
Sr. D. Juan Coma y Cros, de la razón social
Coma, Clivillés y Clavell.
Sr. D. José Carreras y Xuriach, propietario.
Excmo. Sr. Marqués de Sentmenat.

Sr. D. Joaquín N. Carreras y Xuriach, pro-
pietario.
Sr. D. Francisco Casades y Xinxó, fabricante
y propietario.
Sr. Marqués de Alella.

DIRECCIÓN

Sr. D. Fernando de Delás, ex Diputado á Cor-
tes, abogado y propietario.
Sr. D. José M.ª de Delás, abogado.

SECRETARIO

Sr. D. Félix M.ª de Brocá, abogado.

Siniestros satisfechos: 6.861, que importan 8.146.949'80 pesetas.

REPRESENTACIONES EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE GORRAS DE TODAS CLASES

EXPORTACIÓN
á provincias y ultramar.
Precios sin competencia

— AL POR MAYOR —

ESPECIALIDAD
en gorras fantasía
para niños y niñas

Tomás L. de la Torre

CÁDIZ. Calles de Cabrera, de Nevare y Cristóbal Colón, 9. CÁDIZ

Los Sres. ROLDÓS y C.ª, de Barcelona, son los encargados de recibir los anuncios.